

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BAJA CALIFORNIA
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES CULTURALES-MUSEO



“FILICIDIO”
NARRATIVAS DE VIOLENCIA, MUJERES EN RECLUSIÓN
Y SUBJETIVIDAD FEMENINA

TESIS

QUE PARA OBTENER EL GRADO DE
DOCTOR EN ESTUDIOS SOCIOCULTURALES

PRESENTA:

JAIME OLIVERA HERNÁNDEZ

BAJO LA DIRECCIÓN DE
DRA. LILIAN PAOLA OVALLE MARROQUÍN

MEXICALI, B.C., DICIEMBRE DE 2016.

*Dedicada con mucho cariño, admiración y respeto a mis informantes-colaboradoras,
por su valor y disposición de ayudarme al relatar sus vidas:
Glorimar, Pamela y, muy especialmente, Blanca Estela,
personaje central de esta inacabada historia.*

*A mi mamá, Rosa María Hernández Meza, por todo su amor, tiempo y dedicación
brindados a mi hermana y a mí; por ser “el gran” ejemplo en nuestras vidas;
por mostrarnos una maternidad responsable, divertida, amable, amorosa.
A mi “Garry”, por ser la mejor mamá para nosotros dos.*

*A Silvia, mi hermana, por ser –como ella dice– una mamá para mí cuando
la nuestra ha estado ausente. Porque además es, también,
madre de dos increíbles niños y ahora sabe lo difícil
y hermoso que es convertirse en y ser mamá.*

ÍNDICE

Agradecimientos.....	5
-----------------------------	----------

Introducción.....	7
--------------------------	----------

- Antecedentes
- Estado del arte
- Planteamiento del problema
- Objetivos
- Justificación (apartado epistemológico)
- Apartado teórico conceptual
- Apartado metodológico

Capítulo 1

Narrativas de violencia: poder y sistema patriarcal.....	41
---	-----------

- La detención: el inicio de la trama
- El hecho: las notas en el cuaderno
- Trayectoria de vida
 - *Los primeros años ¡Cuando realmente era feliz!*
 - *Hacerse adulto o el fin de la infancia*
- Narrativas de violencia

Capítulo 2

Mundo de Vida: el lugar de la cultura y los espacios de encierro..... 69

- El pasado adverso..... 69
 - *Familia, hogar y violencia*
 - *Un sistema cultural violento: la pareja y el amor*
 - *Desigualdad estructural*
 - *Espacios de ocio y placer*
- El “necro-presente” 87
 - *El panóptico: disciplina y cotidianidad*
 - *Familia, exclusión y abandono*
 - *Necropolítica: el biopoder en exceso*
 - *Emociones encerradas*

Capítulo 3

Del *instinto materno* al *amor maternal*: mujer, maternidad y subjetividad femenina..... 109

- El filicidio: aniquilación del miembro más débil de la familia
- Cuando la agresión termina con la muerte
- Mujer, género y violencia
- Maternidad, feminidad y poder

Reflexiones finales..... 128

Bibliografía..... 134

AGRADECIMIENTOS

El esfuerzo que requiere pensar, investigar y redactar una tesis, no es solamente de quien la presenta, sino de todo un conjunto de personas e instituciones. En este sentido, quiero agradecer a todos ellos por haber sido parte de este largo recorrido que significa mucho para mí. En primer lugar, quiero agradecer al Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (CONACyT), por haber financiado, en gran medida, mis estudios de posgrado (maestría y doctorado) facilitando mi propio desarrollo intelectual y científico. También, y en este mismo tenor, agradezco muy especialmente a todas y todos los miembros y autoridades del Instituto de Investigaciones Culturales – Museo, de la Universidad Autónoma de Baja California, por haber sido parte importante y significativa en este proceso. Así mismo, les agradezco porque me apoyaron siempre y alentaron a no desistir en el intento, al hacerme saber participe de una comunidad de conocimiento.

Muy especial e infinitamente, le agradezco a mi directora de tesis, Lilian Paola Ovalle Marroquín, por no sólo ser una guía y figura de autoridad en mi proceso, sino por ser la aliada que tanto se necesita al vivir la experiencia de estudiar un posgrado. Paola, no sólo trató conmigo en su cubículo o mesas de café, sino que pudimos compartir muchas otras experiencias fuera de la interacción que significa la relación: maestra/alumno. Una de éstas fue, por ejemplo, el compartir, lamentablemente, la pérdida de otro querido profesor y amigo: Luis Arturo Ongay Flores, “Dr. LAOF”, a quien considero un ejemplo de entrega y dedicación por el trabajo académico y administrativo, el cual llevó a cabo durante su gestión como director del IIC-MUSEO. Él fue, sin duda, un gran apoyo y aliciente durante mi etapa como alumno de este instituto. Como lo mencioné, lamentablemente perdió la vida en un trágico accidente y por eso le dedico, respetuosamente, este humilde trabajo.

No quiero dejar pasar la oportunidad para agradecer, también, a mis profesores tanto de maestría como de doctorado, quienes me dejaron grandes ejemplos y conocimientos de lo que es la investigación sociocultural, así como de su importancia a nivel epistemológico, ético, político y social. Como mencioné al principio, para que este trabajo pudiera verse concluido fue necesaria la participación de más personas: con su lectura, cuatro académicos en su papel de investigadores y con una gran

experiencia, amabilidad y disposición, me hicieron comentarios y recomendaciones necesarias para que el trabajo adquiriera su forma final. En verdad, muchas gracias a ellos: Dr. Fernando Vizcarra Shumm, Dr. Jorge Mendoza García, Dra. Mónica Ayala Mira y al Dr. José Luis Molina Hernández.

Aunado a este agradecimiento, sumo mi dicha por compartir el espacio de generación de conocimiento con mis tres compañeros y amigos, partícipes de esta misma aventura: Morrella del Carmen Alvarado Miquilena (mi More), Sheila Azalia Morales Flores y Alejandro José Peimbert Duarte. Definitivamente, todo fue mejor con ellos al lado: clases, coloquios, congresos, talleres, presentaciones, entregas, desveladas, desayunos, comidas, cenas, festejos, cantinas. Así, al hablar de amigos no puedo dejar de pensar y agradecer a todos ellos, tanto en Mexicali como en la Ciudad de México. Y lo mismo para toda mi familia, gracias por apoyarme con su especial manera. No los nombro aquí porque sería una lista interminable, pero todos saben –familia y amigos– que fueron un estímulo constante para mí, al preguntarme infatigablemente por los avances de mi tesis. Varios de ellos me escucharon atentos, ayudándome con eso a permanecer pensando mi trabajo.

Por último, pero no menos importante, les agradezco con todo mi amor, y por todo su amor y apoyo incondicional, a mis padres Rosa María Hernández Meza y Jaime Olivera Balderas. Sin ellos, todo hubiera sido mucho más difícil. Les agradezco por soportar, al igual que yo, la distancia y todo lo que eso significa. Durante el posgrado perdí a varias mujeres miembros de mi familia, todas ellas muy cercanas a mí de quienes, por esta misma distancia, no pude despedir sus restos en persona: mi abuela materna, “mi abue”, Carmen Meza; mi tía, hermana de mi padre, “mamá Elia”; mi prima hermana “Tía Lolis”; mi sobrina, pero que para mí era como mi prima, July; y su pequeña hija, mi sobrinita Renata. A todas ellas les dedico también esta tesis, por ser un gran ejemplo de maternidades amorosas.

No puedo dejar sin agradecimiento, por supuesto, a mi hermana Silvia Olivera Hernández, por estar también, constantemente, brindándome su apoyo y estímulo para no darme por vencido en el camino. Ella me conoce como pocas personas y eso la convierte en el ser humano más cercano a mí; siempre, constantemente, dándome ánimos para no perder la confianza. A los pequeños Leonardo y Bernardo Fuentes Olivera, también, muchas gracias por ser ahora parte de mi vida.

INTRODUCCIÓN

La idea de estudiar lo culturalmente significativo de un tema relacionado con la violencia femenina, me la dio una situación de entrevista con tres mujeres en reclusión acusadas de filicidio¹. Tales entrevistas las realicé en abril de 2011, a internas del M15 (Módulo 15, ahora Módulo 6) del CERESO de la ciudad de Mexicali, B.C., como parte del trabajo de campo para mi tesis de maestría titulada: *“De entre lo malo lo justo. Narrativas de violencia: sicarios y trayectorias de vida”*. El objetivo de esa tesis fue interpretar las narrativas de cinco *sicarios* en reclusión², tanto de sus trayectorias de vida como acerca de sus espacios de ocio y de placer. Me enfoqué, sobre todo, en sus “narrativas de violencia”. Es decir, los *correlatos* que aparecen dentro de la misma narración de los sujetos, y que versan sobre violencia. No obstante, estas tres mujeres no cumplieron con el perfil necesario para considerarlas como informantes clave de dicha investigación: estar sentenciadas por el delito de homicidio relacionado al crimen organizado.

Tiempo después (y con la intención de escribir un anteproyecto para postular al doctorado), volví a escuchar las entrevistas. Mi propósito era descubrir en ellas algún dato o indicio que me permitiera pensar en un tema cardinal y relevante. En efecto, un tema en el que la violencia asomara su rostro innegable. Pensé, entonces, que un hecho relacionado con la violencia femenina sería pertinente y de gran interés científico, debido a la importancia actual del enfoque de “género”. Este paradigma aparece como un campo fértil dentro de las ciencias sociales, su interpretación ha permitido observar que dicha construcción impacta desde las estructuras sociales hasta la manera de agenciarnos el poder³. Por ejemplo, “la comprensión de cómo la simbolización de la diferencia sexual estructura la vida material y simbólica es ese tipo

¹ Dentro del marco legal, específicamente en el código penal, el filicidio es visto como un delito calificado dentro del artículo 327, y se considera como: “homicidio en razón de parentesco o relación”. Asimismo, dentro del ámbito jurídico se especifican las diferencias entre “infanticidio”, “aborto” y “filicidio” (Cámara de diputados del H. Congreso de la Unión. Código Penal, 2013).

² Recluidos dentro del CERESO estatal “El Hongo I”, ubicado en el Municipio de Tecate, Baja California.

³ Sin embargo, el hecho de que este enfoque haya sido abordado generalmente por mujeres, y que yo, como hombre que reconoce la construcción cultural de la diferencia sexual (Lamas, 2013), pueda tener ciertas barreras para acercarme a esta realidad, no impide que lo haga de manera objetiva, alejándome del sentido común (Bourdieu et. al., 2002; Bachelard, 1997), pero, ojo, sin pasarlo por alto.

de cortes (*breaks*) epistemológicos que Stuart Hall considera importantes y significativos [...]” (Lamas, 2003: 328).

Al hablar de epistemología es inevitable traer a colación el problema de cómo se genera y se valida el conocimiento de las ciencias. El conocimiento significa, para Johannes Hessen (1989), una relación entre un sujeto (*cognoscente*) y un objeto (*cognoscible*), lo que quiere decir que se da inicio a una interacción donde el objeto (los informantes o, en todo caso, los sentidos y significados que le dan a sus vidas), por ejemplo, dentro de las investigaciones de corte cualitativo) es aprehendido por el sujeto (o sea, el investigador). En ese sentido, la epistemología –puesto que estudia el conocimiento, los elementos que participan en él y la forma en que éste es estructurado– tiene que ver con el análisis de los preceptos que se emplean para justificar los datos científicos, considerando los factores sociales, psicológicos e históricos que entran en juego. De tal forma, se puede establecer de manera más clara aún, que la epistemología de lo que se encarga es de abordar el conocimiento a través de la respuesta a diversas preguntas de vital importancia como: ¿qué es el conocimiento?, ¿cómo se conoce?, ¿cómo es el proceso de razonamiento en los seres humanos?, ¿se puede conocer la verdad? Es importante, por lo tanto, comprender que tales respuestas ofrecen información sobre las causas del conocimiento, para así poder explicar y/o comprender (según el paradigma) mejor sus efectos.

Así nació mi interés por investigar, comprender, analizar e interpretar la historia de vida de una mujer en reclusión “acusada” de asesinar a sus dos pequeñas hijas, ubicada en el contexto de una *modernidad tardía* (Giddens, 1994; Beriain, 1996; Beck, 2002). Dos niñas que estuvieron bajo su cuidado al brindarles alimentación, cobijo, educación y tiempo, hasta probablemente el desarrollo de afecto. El homicidio se vuelve, entonces, mucho más complejo, ya que es cometido por mujeres que cumplen, generalmente, con largas sentencias en la cárcel debido a este delito. Algo interesante es que estas mujeres han sido “clasificadas”, además, como “normales” (es decir, mujeres que fueron sentenciadas sin habérseles encontrado o al menos comprobado un estado de perturbación mental). Ante todo esto, se puede comprobar que dichas mujeres son y han sido, generalmente, juzgadas con dureza tanto por las leyes como por la sociedad en general, considerándolas “malas madres” (Azaola, 1997).

Lo interesante de este fenómeno, lo ha conducido a ser abordado por diferentes disciplinas y perspectivas. Específicamente, han sido la psicología, la psiquiatría, la

criminología y el trabajo social, las que se han encargado de prestar una mayor atención sobre el tema. Asimismo, el enfoque teórico bajo el cual lo han estudiado ha sido, principalmente, el de género. No obstante, mi interés se centra en abordar el tema desde los estudios socioculturales⁴. Éstos, destacan por la necesidad de obtener un carácter metodológicamente más abierto y dispuesto a adaptarse a las necesidades de sus objetos de estudio. Se caracterizan, también, por analizar dichos objetos poniendo en juego la interconexión de tres conceptos fundamentales: “la subjetividad”, “el poder” y “la cultura” (Reguillo, 2004).

Partiendo de esta consideración, presento algunos trabajos que han investigado el tema de una forma similar a la que intento realizar. Uno de ellos es el de Matilde Blas Huerta, titulado “Madres filicidas”. Este estudio tiene por interés central: comprender e interpretar los sentidos, los significados y las motivaciones que llevan a una madre a cometer este acto (el filicidio). Así como a construir y reconstruir su biografía individual, al conocer qué fue lo que pasó en su proceso de vida que la llevó a convertirse en homicida/filicida. El marco teórico que utiliza la autora, como base para interpretar dicho fenómeno, parte de cuatro perspectivas: la mitología, el marco legal, la criminalidad femenina y la perspectiva psicosocial.

En cuanto a la metodología utilizada para lograr sus objetivos, Blas Huerta, hace uso del método cualitativo, al que considera el más adecuado para poder comprender el problema que se propuso investigar. Recurre así, a la técnica de la narrativa oral para concederles la palabra a las mujeres filicidas y escucharlas atentamente para poder darle sentido a la muerte de sus hijos. Es importante señalar que fueron cinco diferentes categorías (género, violencia, lo económico, el juicio social y el espacio), las que sirvieron para el análisis y la interpretación de esta investigación. Así, lo que ofrece la autora en este trabajo, son las historias de vida de cuatro mujeres recluidas en el “Centro Femenil de Readaptación Social de Tepepan”, en la ciudad de México.

⁴ “Los “estudios culturales” al desmarcarse de anclajes disciplinarios van a constituirse como una “comunidad de hablantes” que traen a la escena de la discusión marcos diferenciales desde los cuales hacen visible las intersecciones entre tres asuntos que van a resultar claves: la importancia central del sujeto que actúa en un marco constreñido por el poder; la necesidad de “deconstruir” los procesos de normalización que históricamente contruidos han definido como “naturales” los procesos de exclusión, marginación, dominación; y, la vinculación clave entre los “productos” de la cultura y sus productores, de donde viene el énfasis que se pone en ciertas perspectivas de los estudios culturales en el análisis cultural situado” (Reguillo, 2004: 3).

Para Blas Huerta, la intención de este trabajo no fue dar conclusiones finales acerca del tema. No obstante, los hallazgos encontrados en él, muestran que: por una parte, resulta significativo el hecho de que muchas mujeres presas, se encuentran en esa situación por ignorancia, por falta de educación, de información, y de oportunidades reales de empleo. En segundo lugar, la autora considera al amor maternal como un mito, puesto que es una construcción social que nace dentro de las sociedades y que puede ser diferente según la sociedad donde toque vivir. No existen, para la autora –como lo describe al interior de este trabajo– comportamientos unívocos de como “ser” madre sino que, por el contrario, se evidencian conductas sumamente volubles, cambiantes, que tienen que ver con sus creencias culturales, sus ambiciones, sus sentimientos. Por qué no llegar a partir de esto –se cuestiona la autora– a la conclusión de que el amor maternal es sólo un sentimiento y como todo sentimiento débil, contingente, frágil (aunque parezca un poco cruel), éste es un sentimiento que puede aparecer o desaparecer, existir o no.

En estas mismas internas apareció, por otra parte, una gran necesidad de ser escuchadas y comprendidas; de que conozcamos sus motivos, sus circunstancias. Para esta autora, es importante dejar de considerar que la mujer que mata a sus hijos lo ha hecho premeditadamente, con alevosía, con cálculo perfecto, con extrema frialdad, sin considerar sus circunstancias de vida. Porque pareciera ser que las autoridades que las condenan, perciben los acontecimientos sin razón alguna dando por sentado que el único motivo que pudo haber conducido al desenlace de estos fatales hechos es la anormalidad u enfermedad de la mujer, afirma. Este trabajo evidencia, también, el lugar privilegiado que nuestra sociedad, nuestra cultura (occidental), otorga a la maternidad: lugar de privilegio que al poner en duda la ambivalencia que le es inherente a la maternidad, recibe las condenas, los castigos, las culpas más severas. Así, para la autora, las mujeres que relatan su historia de vida en este trabajo, son mujeres cuyos perfiles pudieran estar dentro de la exclusión social.

Otra de estas investigaciones es la tesis de licenciatura en Trabajo Social de Rita Boscán y Adriana Reyes, dos estudiantes de la Universidad Central de Venezuela. En su trabajo titulado “Dos estudios de casos de mujeres filicidas recluidas en instituciones del Estado” (2011), las autoras apuntan que el filicidio materno es un fenómeno impactante que ocurre en todas las culturas y en todos los tiempos. De esta forma, y siguiendo a John Elster (1991), dado que todo acontecimiento puede ser

descrito de diferentes maneras, en las explicaciones narrativas, por ejemplo, se presupone que sólo las características relevantes del acontecimiento, en lo causal, son las que se utilizan para identificarlo. Si esto es así, algo que es necesario considerar para la interpretación del fenómeno, tiene que ver con la centralidad que adquieren los acontecimientos anteriores al hecho filicida en la vida de mis informantes.

En este sentido, y con respecto a la pregunta: ¿cuáles son las explicaciones causales que rodean al problema de investigación?, me parece que –al igual que los resultados de diversas investigaciones consultadas por Boscán y Reyes– son las dificultades económicas que, a su vez, conllevan a bajos niveles educativos. Pero por otra parte, lo son, también, ciertas dinámicas familiares destructivas donde opera una suerte de “escalera de la violencia”. Donde las personas aprenden a violentar a los más débiles que ellas, a través de su propia experiencia como víctimas de algunos miembros de su familia que se adjudican o arrogan cierto poder, constituyendo de esta manera, un ambiente propicio para la gestación de la violencia, especialmente contra la integridad de los hijos.

Así, esta investigación aborda el tema del filicidio materno, visto como un tema complejo, muy delicado, poco estudiado y que causa rechazo en el común de las personas. Se podría decir que es un tema tabú, debido a las implicaciones religiosas, psicológicas y sociales que entraña. Para las autoras, por lo tanto, el filicidio se trata de un concepto que contradice el estereotipo de la maternidad como sinónimo de amor y que, en ese término, está implícito el cuidar y proteger a “la prole” por sobre todas las cosas. Estos antecedentes constituyen, entonces, el punto de partida de dicha investigación. Su objetivo, además de indagar sobre las causas, los antecedentes y las características de madres que han acabado con la vida de sus hijos, es ofrecer un poco de luz sobre cómo prevenir este acto; explorar los sentimientos y pensamientos de las madres filicidas; y explorar hasta qué punto la terapia y tratamiento recibido han cambiado su percepción sobre sí mismas y sobre las condiciones que las impulsaron a cometer ese acto.

Dicho estudio es de tipo descriptivo-exploratorio y el número de informantes fue de dos madres filicidas que están recluidas en dos instituciones del Estado: el “Hospital Psiquiátrico de Caracas” y el “Instituto Nacional de Orientación Femenina”. La primera informante, inimputable por enfermedad mental, y la segunda, condenada por el filicidio. Por otra parte, en cuanto al método llevado a cabo para recoger los

datos, las investigadoras aplicaron entrevistas en profundidad a las dos mujeres y entrevistaron a personas adscritas a las instituciones involucradas. Esta metodología permitió encontrar no solamente testimonios que permitieran responder a los objetivos planteados sino también revelar otros aspectos resaltantes relacionados al problema de investigación.

Para el análisis de los datos, la información fue dividida en categorías relacionadas con los objetivos de la investigación y la estructura teórica, reforzada con fragmentos de los relatos de ambas mujeres. Tales categorías (infancia y familia; educación y expectativas de vida; primer embarazo y vida en pareja), permitieron poner de manifiesto las semejanzas, diferencias y relaciones significativas entre los diferentes aspectos que llevaron, finalmente, a establecer las conclusiones obtenidas a partir del análisis del discurso de las mujeres y del total de la información recolectada. Los resultados arrojaron que las dos mujeres tienen un bajo nivel socioeconómico, sufrieron violencia conyugal y estaban bajo un alto grado de tensión antes de cometer el hecho. Ambas madres crecieron en núcleos familiares disfuncionales, donde tratar de cubrir las necesidades básicas supeditó la atención integral hacia ellas. Hoy en día han ganado madurez y seguridad; pero, el sentimiento de culpa siempre está gravitante. Esto mismo parece suceder, y se podrá ver más adelante, en el caso de la historia de vida que quiero presentar.

Otro trabajo que representa a los estudios que se han realizado sobre el tema del filicidio (y que a diferencia de los dos anteriores no es un trabajo empírico), es el artículo titulado “Filicidio: una revisión”, de Ricardo de la Espriella Guerrero (2006). En dicho artículo –situado en el campo de la psiquiatría– el autor presenta la introducción de una investigación más amplia sobre historias de vida de mujeres filicidas inimputables (quien al cometer un delito no comprende su ilicitud), por enfermedad mental. Para este investigador, el filicidio es un hecho impactante que ocurre en todas las culturas, como acto aislado o sistemático. Debido a esto, su interpretación es específica para cada cultura. Un dato relevante que muestra De la Espriella (y que sirve un poco como justificación de una aportación de esta tesis), es que en años recientes el filicidio ha sido retomado sólo por la literatura psiquiátrica. El objetivo general de este artículo es evaluar los factores históricos y culturales asociados al filicidio, poniendo énfasis en el filicidio materno y la enfermedad mental.

De esta manera y mediante la revisión de la literatura (buscada principalmente en la base de datos MedLine, así como en libros y revistas de bibliotecas médicas –

específicamente en literatura psicoanalítica– y de los buscadores Google® y Altavista®, de donde se rescataron artículos, bibliografía y direcciones electrónicas), el autor establece el conocimiento actual sobre el tema y los diferentes abordajes teóricos. Uno de ellos es el del psicoanálisis, el cual, a través de diversos reportes de casos, asume que el filicidio cometido por mujeres tiende a estar asociado a cuadros psicóticos, en oposición a los cometidos por hombres, quienes se diagnostican más frecuentemente con trastornos de la personalidad. Así, para la psiquiatría, el filicidio es una expresión rara de la enfermedad mental que está asociado, principalmente, a la depresión posparto y es, quizás, la manifestación más dramática de esta patología.

En este trabajo, el autor presenta una gama de abordajes desde donde ha sido estudiado el filicidio. Además de la psiquiatría, otros de los campos de estudio del tema son la antropología, el psicoanálisis y la epidemiología. De esta forma, el autor presenta una serie de trabajos de científicos tanto sociales como naturales, que han aportado a la discusión de tan incomprensible fenómeno para el sentido común⁵. Así, en sus conclusiones, De la Espriella coincide con Boscán y Reyes, en que el filicidio es un hecho que ha ocurrido en todas las culturas, ya sea en forma aislada o como práctica sistemática con interpretación específica para cada comunidad. Por otra parte, afirma que el filicidio es un hecho que tiende a estar subregistrado que, incluso para la psiquiatría, ha sido un tema poco tratado e investigado.

Por último, otro de los trabajos que han aparecido sobre el tema del filicidio es el texto titulado: “El Filicidio: tema que horroriza” (1987). En enero de 1984 –explica Teresita de Barbieri– al finalizar una de las juntas semanales de la dirección colectiva de la revista *Fem.*, se quedaron platicando Ángeles Mastretta, Tununa Mercado y la propia Teresita, impresionadas ante las noticias aparecidas en la prensa de esos días sobre varias mujeres jóvenes que habían matado a sus hijos. Las tres llegaron a la

⁵ El hombre, en su afán por alcanzar la objetividad, ha creado diversas tendencias con respecto al proceso del conocimiento, la verdad y su validez. No obstante, aunque el avance del conocimiento a través de la historia se puede resumir como una imposición de la razón sobre el mito, existen autores que han reconocido dos tipos de conocimiento: uno pre-científico y otro científico (Bourdieu et. al., 2002; Bachelard, 1997, Jarquín: 1998). Esto tiene que ver con la cuestión de la razón primera y la razón segunda, en donde la primera se relaciona con el conocimiento pre-científico, es decir, el mito y la magia; y la segunda se relaciona con el conocimiento científico, esto es: teoría y técnica. Lo relevante de esto es que la razón es utilizada, sin embargo, en los dos tipos de conocimiento.

conclusión de que el problema exigía ser tratado con seriedad y desde varias perspectivas.

De esta forma, de Barbieri se hizo responsable del proyecto convocando a una mesa redonda a la cual no pudieron asistir ni una filósofa ni una abogada que habían sido invitadas: Silvia Catalá y Aída Reboredo, respectivamente. Sin embargo, hicieron llegar un perfil (a las demás participantes), de las mujeres encarceladas durante 1982 en el reclusorio de mujeres de la Ciudad de México, acusadas por el delito de filicidio. En consecuencia, la mesa redonda se convirtió en una plática a tres bandas entre Antonieta Torres Arias, psicoanalista, Elsa Malvido, historiadora y Teresita de Barbieri. Esta mesa redonda fue publicada en 1987, en el texto que menciono.

En él, las autoras expresan que en ese año (1982), existía dentro del reclusorio femenino, un “no despreciable” veinticinco por ciento de mujeres acusadas de filicidio, provenientes de los sectores medios y altos. Para estas investigadoras, resultó importante tomar en consideración que las mujeres de los sectores medios y altos tienen otros recursos para esconder el delito y evitar el peso de la ley. Así, centrándose en el fenómeno del filicidio urbano (real o simbólico), se preguntan: ¿cuál es más recurrente?, ¿el cometido por los padres o, por el contrario, el que llevan a cabo las propias madres?

Para Antonieta Torres Arias, si se piensa en el nivel de la teoría psicoanalítica, el filicidio no ha sido suficientemente tratado. No obstante, estas investigadoras piensan el fenómeno desde varias aristas. Una de ellas es desde la “maternidad”, la cual se puede pensar como un lugar de desplazamiento y condensación de una serie de fenómenos sociales, psíquicos, biológicos, complejos. Desplazamiento, porque se ponen ahí una serie de conflictos, expectativas, deseos, anhelos, sentimientos. Y se condensan en ese punto: la sexualidad, la relación de pareja, la situación social. Es un momento muy crítico.

Por otra parte, según la información de que dispone Elsa Malvido, el filicidio aparece en México a partir de la época colonial con la monogamia. En la época prehispánica existe en ciertos grupos el sacrificio de los niños, pero es una respuesta ritual que tiene que ver con la cosmovisión general. Es decir, no se puede hacer una generalización del comportamiento de las sociedades porque la cultura era distinta. También es interesante ver que no ha sido un tema de particular interés para los historiadores, porque –según la investigadora– estas grandes vergüenzas de la humanidad, en su mayoría no están consignadas en documentos. De esta forma se

preguntan ¿qué le pasa a las mujeres abandonadas por el hombre?, ¿a quién le dirigen el odio cuando maltratan al hijo? La respuesta es: a quien las embarazó y a la propia madre que las hizo mujeres. Pero así como reducir el filicidio a situaciones económicas es muy simplista, reducirlo a una ecuación psíquica también es parcial.

Bajo este contexto, estas tres investigadoras se preguntan si ¿es posible, en las condiciones actuales, prevenir el filicidio?, y si es así, ¿qué se debería hacer? Para Elsa Malvido, lo que pasa es que esto no sólo ocurre en las familias marginadas; se da en toda la sociedad, cruza todas las clases, aunque sea más claro en las familias constituidas alrededor de la mujer. En este mismo tenor, Antonieta Torres Arias, afirma que la familia es el receptáculo de la frustración social: impone un tipo de sexualidad y de vida. El maltrato en nuestra sociedad, entonces, y sobre todo en la clase baja lo recibe el niño en su casa.

Así, afirman que es la familia el lugar donde el sujeto estalla. Así que al final del documento se pregunten ¿de dónde la sorpresa de que en un momento dado se llegue a cometer un crimen? ¿En qué medida el cuerpo social puede ayudar a esto, si de todos lados hay control y sustracción de sí mismo? ¿Cuál es la solución? Para las autoras la respuesta es, quizá, una politización, una concientización política, porque estos problemas son también políticos, y mientras se acuse *per se* a la mujer filicida como homicida y se le encarcele –aunque el compañero haya colaborado como cómplice– este problema seguirá tan oscuro como ahora. ¿Puede, entonces, el Estado hacerse cargo de estos hijos de padres alcohólicos, de padres desempleados, de madres maltratadas? ¿Qué hace el Estado ante esto? Nada. Pero si tú estallas ahí toda esta frustración y miseria humana a todos los niveles–dicen las autoras– se te castiga. De esta forma, estas tres investigadoras concluyen que al filicidio también lo podemos entender como un acto que habla de algo y de muchas mujeres, no de una.

Planteamiento del Problema

"...la infancia tiene un lado hermoso y amable, exaltado universalmente por los poetas. Pero la historia de la infancia es también una pesadilla de la que sólo recientemente estamos comenzando a despertar [...] Las relaciones paterno-filiales están gobernadas por una cierta ambivalencia; coexisten en los padres los anhelos tiernos y amorosos –que permiten la supervivencia del hijo– con los instintos filicidas.

Mientras las tendencias protectoras son universalmente exaltadas, las tendencias destructivas y denigratorias –el filicidio– son sistemáticamente ignoradas y la resistencia a admitirlas dificulta su esclarecimiento..."

Arnaldo Rascovsky

Tratar de hacer inteligible la estructura interna del "mundo de vida" de los actores sociales, visto como un texto –en este caso como narrativas– conduce a la pregunta por el sentido que tiene para mí dicho texto; es decir, las narrativas de mi informante. De ahí la importancia de la pregunta: ¿cómo se relaciona el conocimiento adquirido a través de estas narrativas, con el contexto del mundo en el que vivimos los actores del presente? El tema de la teoría cobra, aquí, una particular relevancia. Así, una de las cuestiones más interesantes con respecto a este tema, es el de la delimitación del problema. Para Niklas Luhmann, la delimitación del planteamiento del problema –sin duda, la parte fundamental de toda investigación, pues es de donde se inicia– ha formado parte de un largo proceso de trabajo con teorías. De ahí que sea considerada como parte de ellas, "como una comprensión adecuada del conocimiento de la teoría que presupone la delimitación del problema que le sirve de orientación" (2009: 17).

Para que una disciplina adquiera carácter *universal* no es necesario que esté constituida por objetos del mundo real, sino por la delimitación de un problema, afirma Luhmann. Bajo esta perspectiva, se puede hablar de cualquier objeto posible, así, la ciencia, "ya no deberá su unidad a un ámbito de objetos previamente seleccionados, sino a sí misma" (2009: 18). De ahí que sea autorreferencial. Por lo tanto, se puede responder a la pregunta: ¿es posible que la epistemología esté a lo largo de esta investigación, autoreferenciándose?, que sí, sí es posible, puesto que "la epistemología, para constituirse, ya se había remitido a sí misma a la unidad de una problematización" (Luhmann, 2009: 18).

El problema que me he planteado investigar, entonces, está relacionado con el filicidio, el cual, forma parte de un tema más general: la violencia. Al hablar de violencia –signo distintivo de la realidad social actual– es inevitable percatarse de su aumento, tanto en cifras como en lo abyecto de su expresión. En cualquier parte del mundo; al interior de cualquier institución social que se piense. La violencia está presente en la cotidianidad: la sufren mujeres y hombres, particularmente, niñas y niños; algunos en la calle, muchos en la escuela; otros en casa: en la familia; a través de los padres. No obstante, a veces, es sufrida por causa específica de la madre, la cual se convierte en asesina de sus propios hijos al provocarles la muerte.

De ahí que, alrededor de este contexto, se pueden observar algunos de los rasgos del poder. Pero de un poder que ha dado ya un giro significativo, al dejar de considerar al Estado como fundamento de su análisis. Para Foucault, antes que el poder estatal se encuentran las “relaciones materiales específicas de poder que hicieron y aun hacen posible las formas de explotación y de dominación” (1999: 20). El espacio de la familia, por ejemplo, es el gran escenario donde las relaciones de dominación, vistas, a su vez, como relaciones de poder, se hacen presentes. Sin embargo, aunque la familia es una institución social, “[...] el poder no es una institución, y no es una estructura, no es una cierta potencia de la que algunos estarían dotados: *es el nombre que se le presta a una situación estratégica compleja en una situación dada*” (Foucault, 1976; en García, 2006: 84). El poder, entonces, ya no será más visto en términos de ley sino en términos de tecnologías, tácticas y estrategias.

Así, cuando se leen los diarios, cuando se ven los noticieros por televisión o se escuchan por la radio, o se navega en internet, observamos que ocurren actos violentos ejecutados contra niños y niñas. Hechos que se encargan de dar cuenta de una realidad que se presenta a menudo y que hace pensar en la idea de “locura” y “monstruosidad” representada por los padres: el filicidio. Existe el filicidio causado por el padre y el filicidio causado por la madre. En algunos casos, es llevado a cabo por los dos progenitores. No obstante, el filicidio materno es el que llama más la atención debido a las implicaciones morales que operan o pueden operar en cada cultura, como es en el caso de la mexicana.

Como manifestación de la violencia, y como lo muestran algunos trabajos del Estado del Arte, el filicidio es un fenómeno que ha ocurrido en todas las culturas y en todos los tiempos⁶. En el mundo actual, esto no es la excepción. Ocurre en todos los estratos sociales; tanto en ciudades como en zonas rurales del país, afectando la dinámica propia de éstas, pues “la violencia transforma el mapa psicológico de las urbes” (Monsiváis, 2003: 418). Esta problemática constituye, entonces, el punto de partida de esta investigación, la cual se propone indagar:

⁶ Ya desde el año 431 a.C., Eurípides (1993) trató el tema en una de sus tragedias: Medea, donde humaniza a sus personajes, traídos de leyendas y mitos de un tiempo muy lejano al suyo, haciéndolos parecer tan actuales como los actores de algunos episodios de nuestro tiempo. Tal es uno de los casos más famosos de filicidio: el de Susan Leigh Vaughan Smith, una mujer estadounidense condenada a cadena perpetua por el asesinato de sus hijos en octubre de 1994 (Amara, 1998).

- ¿Cuáles son los sentidos y significados que mujeres en reclusión, acusadas (y sentenciadas) de asesinar a sus hijos, le otorgan al hecho de vivir experiencias marcadas por la violencia, la injusticia, el estigma, el encierro y la exclusión?

Y, en ese sentido:

- ¿Cómo pensar una maternidad no violenta en una historia de vida atravesada por múltiples violencias?

Objetivos

General:

- Identificar e interpretar los relatos acerca de la historia de vida de una mujer en reclusión acusada de asesinar a sus dos hijas.

Específicos:

1. Ubicar, producir e interpretar las “narrativas de violencia”, entendidas como correlatos de la trayectoria de vida de mujeres en reclusión, estructurantes y ejemplo visible del sistema patriarcal, el poder y las violencias en la familia.
2. Conocer, describir y analizar el mundo de vida de mujeres en reclusión, como expresión de su cotidianidad representada por un sistema cultural violento, a través de la exclusión y el abandono.
3. Comprender, analizar e interpretar la subjetividad de mujeres en reclusión en torno a las maneras de su construcción como mujer y sus discursos sobre lo que le representa y significa ser madre desde el encierro.

Justificación

El conocimiento de lo social aparece a partir del “otro”.

Los científicos sociales como seres humanos que actúan e interactúan dentro de una sociedad, la cual forma parte, a su vez, de una cultura, tienen la responsabilidad social de teorizar para generar conocimiento. No obstante, al tratar con el fenómeno del conocimiento, es ineludible que se presenten problemas. El conocimiento es una relación entre un sujeto (en este caso, el investigador) y un objeto (los actores sociales), donde el primero aprehende al segundo y en la que opera una interacción particular entre estos. Dicha interacción tiene que ver, entonces, con el problema del conocimiento, el cual se divide, según Hessen (1989), en cinco problemas parciales al trabajar con los datos fenomenológicos: 1) la cuestión de la posibilidad del conocimiento humano; 2) la cuestión del origen del conocimiento; 3) la cuestión de la esencia del conocimiento humano; 4) la cuestión de las formas del conocimiento humano; y 5) la cuestión del criterio de verdad.

No obstante, es sabido que los actores sociales, a la vez que son el objeto de estudio de los investigadores, son, también, sujetos y parte fundamental del proceso de conocimiento. Y, en ese sentido, de la reproducción del mundo puesto que permiten la entrada en juego de tres elementos centrales: la cultura, la sociedad y la personalidad (la subjetividad tanto del investigador como del informante). Se puede hablar aquí, en todo caso, de la transubjetividad, pero como una propuesta epistemológica alternativa. Para hablar de ella, Miguel Jarquín recurre a la noción de “momento histórico”. Para este autor, la historia del hombre no puede ser dividida por años; en todo caso, por actitudes. Así, las formas en como el hombre se acerque a la realidad, dependerán de la concepción que cada época tenga del mundo. En ese sentido, “el momento histórico depende de una cosmovisión determinada” (1998: 40). Por supuesto, este postulado es muy interesante, ya que se relaciona con el momento histórico-social que vivimos actualmente, y en el cual se encuentra inmersa esta investigación; es decir, el de la globalización. La globalización está reestructurando nuestros modos de vivir, y de forma muy profunda; por ejemplo:

Es un error pensar que la globalización sólo concierne a los grandes sistemas, como el orden financiero mundial. La globalización no tiene que ver sólo con lo que hay

“ahí afuera”, remoto y alejado del individuo. Es también un fenómeno de “aquí adentro”, que influye en los aspectos íntimos y personales de nuestras vidas (Giddens, 2000: 24-25).

Por otra parte, dentro de este estudio el tema de la objetividad se vuelve central como en todas las investigaciones y continúa siendo de vital importancia en cuanto a la construcción de conocimiento. Para muchos científicos sociales, para que un trabajo pueda ser considerado como científico, es necesario que sea objetivo; es decir, que no se vea influenciado por las cuestiones subjetivas. De ahí la importancia, para este tipo de ciencia, de alejarse de las emociones y de otro tipo de valoraciones que nos hagan inclinarnos por ciertas posturas y, entonces, ver con cierta parcialidad el fenómeno que tratamos de interpretar. No obstante, para Adolfo Sánchez Vázquez (2004), esto no debería de ser así.

De ahí la pregunta: ¿cómo resolver la condición de la científicidad dentro de la investigación? Como este mismo autor afirma, aunque si bien es verdad que existen diferencias metodológicas entre las ciencias naturales y las ciencias sociales, y una creencia generalizada en una cierta inferioridad por parte de éstas últimas con respecto a las primeras, “la especificidad de las ciencias sociales no puede eludir las exigencias de científicidad” (Sánchez, 2004: 139). Esto me hace poner atención, nuevamente, en el tema de la condición de científicidad. La cuestión de ¿cómo ser objetivo al tratar con la subjetividad de las mujeres en reclusión, acusadas de asesinar a sus hijos?

Así, un intento por alcanzar la objetividad dentro de las ciencias sociales (una de sus características centrales), tiene que ver, por ejemplo, con superar la doctrina de la “*neutralidad ideológica*” (Sánchez, 2004), la cual, obviamente, se apoya en justificaciones de tipo ideológico. El tema tiene que ver con ¿qué tan neutrales podemos ser, como investigadores, al realizar las interpretaciones de nuestras investigaciones? Hay que considerar, sin embargo, lo difícil que puede resultarle a un investigador el alejarse de su manera de ser, de pensar; aun la objetividad, permite la existencia de lo subjetivo: la incorporación del ser humano total.

En este sentido es que Jarquín (1998), expone los principios básicos de la transubjetividad: 1) *no voy a hablar de mí, pero sí desde mí*, –esto quiere decir que el ser se antepone al yo; 2) *mi verdad no es la verdad, pero sé que participa de ella*; lo cual significa que lo que yo sé no abarca la totalidad del ser sobre el cual hablo. Aquí

vuelve a aparecer el tema del conocimiento del sentido común y de la posibilidad de dejar la puerta abierta al universo no sólo científico, el cual es tan sólo una manera de considerar las cosas, más no el único posible; 3) *no puedo obligar a que otros vean mi verdad*; es decir, el respeto hacia el otro como persona es lo único que permite tratar al otro como un tú, y de esta manera cuidar de su existencia como alguien diferente que piensa y vive diferente; y 4) *nadie me puede obligar a ver su verdad*, en todo caso, de esto es lo que se trata la transubjetividad, de la trascendencia del yo y del respeto del otro para lograr acercarse al conocimiento de una forma mucho más plural. La subjetividad, es la razón primera y el mundo es lo que yo decido en mi interior. Si esto es así, las formas de acercarse al conocimiento van a depender, en gran medida, de la forma en que nos acerquemos a nuestros objetos.

La pregunta: ¿cómo se objetiviza la subjetividad en la propuesta teórico-metodológica de mi investigación?, puede ser respondida, sencillamente, relacionando la teoría con la empiria. Aunque para Sánchez Vázquez la experiencia directa no es ciencia, y afirma que “cuando se pretende captar la realidad social o histórica, los hechos sociales o humanos, por un desplazamiento a la experiencia directa, vivida del objeto, se cierra el paso a la ciencia social como conocimiento racional y objetivo” (2004: 142). Para este autor, esto “es lo que sucede, por ejemplo, con el método de la comprensión [...] ya que no podemos determinar si es fiable el estado subjetivo que valida o verifica una teoría” (2004: 142). No obstante, al estar dentro de las ciencias sociales, la objetividad toma un sesgo específico, pero, sin quedar abolida.

La objetividad del método es indispensable en toda actividad científica. No hay ciencia sin método. Esto trae a colación el tema de la “ruptura epistemológica”, concepto que abordan los sociólogos Pierre Bourdieu, Jean-Claude Chamboredon y Jean-Claude Passeron (2002). Para estos autores, es de vital importancia poner atención en el método, instrumento de acercamiento al conocimiento y por ende, a la verdad. Para ellos, el método no se puede estudiar por separado de la investigación misma, en la cual será utilizado. En tal caso, se estaría hablando de una investigación que no lograría sus objetivos.

No es posible, entonces, separar el método del estudio filosófico de las ciencias, es decir, de la epistemología. En otras palabras, no es posible realizar esta investigación sin someterla, constantemente, a una rigurosa vigilancia del método y las formas en las que construyo y re-construyo el conocimiento. El conocimiento, para

estos mismos autores, no consiste en descubrir una realidad que existe de antemano y que se presenta de manera tan clara, sino que, por el contrario, dicha realidad debe ser re-construida por medio de la teoría. Especialmente, la teoría del conocimiento sociológico.

Cobra, entonces, cierta relevancia el poner atención en las cuestiones epistemológicas de la investigación. Puesto que el objetivo esencial del método es lograr "un buen sistema de hábitos intelectuales", el dominarlo surge de la necesidad de no descuidar los instrumentos técnicos y conceptuales que otorgan fuerza y rigor a la empiria. El interiorizar y domeñar tales hábitos, es lo que permite hablar del "oficio del sociólogo", entendido como la suma de capacidades intelectuales que favorecen una manera de colocarse frente a la realidad para dar cuenta de ella o, que permiten tener una mirada "sociológica" ante los hechos histórico-sociales.

Es interesante destacar la recuperación que realiza Pierre Bourdieu de la obra de Emile Durkheim. Mientras que para el segundo, el sociólogo debe adoptar una "actitud de sospecha" sobre los datos inmediatos para acceder a las cosas mismas (al estilo Cartesiano); para el primero, esta misma tarea se realizaría mediante la "vigilancia epistemológica", actitud que implica no sólo una reflexión sobre la realidad a estudiar sino también en relación a la propia práctica científica. En efecto, "la captación de un hecho inesperado supone, al menos, la decisión de prestar una atención metódica a lo inesperado [...]" (Bourdieu et al., 2002: 29). Allí comienza la ciencia, que en términos de Durkheim es una reflexión crítica, metódica y permanente; donde "el hecho científico se conquista, construye, comprueba" (Bourdieu et al., 2002: 25).

De esta manera, para Bourdieu es necesaria una relación entre la construcción de una definición del hecho social –en tanto proceso riguroso y a la vez creativo– con el principio de la "no-conciencia". Es decir, el hecho de que los sujetos estén insertos en la trama de sus prácticas no los hace conscientes de ellas; y en relación a esto la tarea del sociólogo es descubrir el velo que se interpone entre las cosas y nosotros para, de esta forma, interrogarlas. De esta forma, el principio de la no-conciencia "promueve que se construya un sistema de relaciones objetivas en el que los individuos se hallan insertos y que se expresa mucho más adecuadamente en la economía o en la morfología de los grupos que en las opiniones e intenciones declaradas de los sujetos" (Bourdieu et al., 2002: 34).

No obstante, y como se mencionó al principio, la ciencia o el proceso mediante el cual se llega a el conocimiento, contiene obstáculos. En este sentido, el primer obstáculo metodológico para el investigador sociocultural, es la cercanía y familiaridad con el mundo social; es decir, con la propia gente. De ahí, la dificultad para separar el sentido común o las opiniones –como las entiende Gaston Bachelard– del discurso científico. Así, con respecto a la *opinión*, “al designar a los objetos por su utilidad, ella se prohíbe el conocerlos. Nada puede fundarse sobre la opinión: ante todo es necesario destruirla”, (Bachelard, 1997: 16). Un obstáculo epistemológico es el que no permite formular un conocimiento y al igual que Bourdieu, Chamboredon y Passeron, Bachelard habla de la necesidad de alejarse de un “empirismo inmediato”.

Sin duda, estas consideraciones han provocando una autoreflexión más profunda y aguda sobre este trabajo, en cuanto al rigor metodológico. Me he percatado de la necesidad de alcanzar una “ruptura epistemológica”, en el sentido que estos autores plantean. Es decir, lograr un quebranto con las preconcepciones, con las nociones del sentido común. De ahí la necesidad de no dejarse llevar –como investigador– por las tentaciones de realizar investigaciones rápidas, fáciles, sin rigurosidad metodológica, que más que acercarse a los hechos, lo hace hacia las percepciones, a las explicaciones fáciles y carentes de sentido. De ahí, entonces, la importancia de la ciencia.

Sin embargo, el tema de la ciencia abarca mucho más que los temas hasta aquí tratados. Para Bachelard, la ciencia no debe creer tener la única llave al saber definitivo; para progresar –y esto es lo más importante al construir conocimiento– el conocimiento científico debe cuestionarse todo el tiempo sus propias construcciones, es decir, su método. A pesar de todo, este modelo de racionalidad o paradigma dominante de las ciencias, también es criticado. Para pensadores como Boaventura de Sousa Santos, el paradigma de la ciencia moderna y al cual se adscriben los autores anteriores, está viviendo una crisis. Dicho modelo de racionalidad es un modelo que caracteriza el orden científico hegemónico, el cual gana en rigor científico, lo que pierde en valor humano, esto es: los límites de esta forma de acercarse al conocimiento son cualitativos. En este sentido, “el sujeto, que la ciencia moderna lanzará en la diáspora del conocimiento irracional, regresa investido de la tarea de erigir sobre sí un nuevo orden científico” (Santos, 2009: 45). Resalta así la importancia que los estudios socioculturales, además de la sociología y la antropología, le dan a la voz de los propios actores.

El problema de la objetividad, sin embargo, no se reduce al aspecto metodológico. La objetividad radica, también, en los resultados integrados como verdades, leyes y teorías. La objetividad se da “en una relación peculiar del objeto teórico (verdad, teoría, ley) con el objeto real” (Sánchez, 2004: 143). Para que estos objetos teóricos sean objetivos, es necesario que representen, reproduzcan o reconstruyan algo real a través de un pensamiento conceptual. Así, para este autor, “lo objetivo está en el objeto teórico en cuanto que reproduce como objeto pensado (o en el pensamiento) lo real” (Sánchez, 2004: 143).

En este sentido, no puede haber una verdad subjetiva. Decir objetivo es decir verdadero; no puede haber otro tipo de verdad que no sea, una verdad objetiva. “El contenido de las verdades o teorías no es subjetivo; pero esta independencia respecto del sujeto, condición necesaria de la objetividad, no es la objetividad misma” (Sánchez, 2004: 143). La objetividad es la que permite caracterizar a las ciencias sociales, precisamente, como ciencias. Así, la objetividad radica, en primer lugar, en el hecho de que sus resultados teóricos no son una simple proyección o expresión del sujeto cognoscente, es decir, no radica solamente en las narrativas de mis informantes.

Marco Teórico-Conceptual

Por lo complejo que implica el abordaje del filicidio, este tema que “horroriza” (de Barbieri, et. al., 1987), es difícil abrazar una sola teoría que permita desarrollar una sólida interpretación sobre el tema. Para un trabajo que pretende comprender los sentidos y significados asignados al acto de asesinar a un hijo, son necesarios diversos enfoques teóricos. Algunos de ellos son elaborados por parte de otras disciplinas y otros paradigmas que no son propiamente los de la sociología ni de la antropología (consideradas como disciplinas eje de los estudios socioculturales). De esta forma, esta investigación requiere –más que de la interdisciplinariedad– de la integración de varias miradas con las cuales observar e interpretar el fenómeno. Uno de estos enfoques, por ejemplo, es el de la psicología social, en cuanto a que destaca más “la inclusión de los elementos ideológicos de lo aparentemente subjetivo” (Mora, 2002:1).

Sin embargo, aunque dicho enfoque será utilizado, así como el de género, la base teórica de esta investigación estará sustentada (de forma predominante), en las teorías de la acción social, específicamente en la fenomenología. No hace mucho que la ciencia y la técnica aparecieron como instrumentos de aproximación y dominio del universo. Así entendida, la ciencia no sería más que un instrumento que permite llegar al conocimiento. De ahí la lucha generada por diferentes métodos científicos, incluyendo el método fenomenológico, con el cual pretendo construir y/o re-construir a mi objeto de estudio. Dicho método “aspira a aprender la esencia general en el fenómeno concreto” (Hessen, 1998: 23). Así, éste método consiste en la auto reflexión de lo experimentado cuando se habla del conocimiento.

Lo interesante es ver cómo las características principales del conocimiento se presentan de diversas formas, desde la perspectiva de Johannes Hessen, al utilizar el método fenomenológico. Para este autor, la primera de las esencias del conocimiento, es la existencia de una dualidad entre el objeto y el sujeto. En el caso concreto de esta investigación, por ejemplo, el objeto son las narrativas acerca de la historia de vida de una mujer en reclusión sentenciada por filicidio. El sujeto, por otra parte, soy yo, como investigador. Dicha dualidad significa que existe una correlación entre estos dos elementos del proceso de conocimiento, puesto que el objeto siempre será objeto para mí (el sujeto), y viceversa. Esto significa que el fenómeno del filicidio materno siempre será mi objeto de investigación, y nunca yo de él, resultando ser interdependientes. Pero, además, una tercera forma en que se presenta el conocimiento es cuando el objeto se mantiene trascendente al sujeto pero siendo, a su vez, parte de él; es decir, cuando el sujeto se ha formado ya “una imagen del objeto” (Hessen, 1998:24).

No obstante, relacionado con la esencia del conocimiento, se presenta el concepto de verdad. El tema de la verdad en el conocimiento, consiste en la concordancia de la “imagen” con el sujeto. Es decir, cuando un conocimiento es verdadero, es cuando su contenido coincide con el objeto. El concepto de la verdad sería, entonces, el concepto de una relación existente entre el contenido del pensamiento (de la “imagen”), y el propio objeto. Sin embargo, en este punto se presenta otra cuestión; el objeto no es ni verdadero ni falso; sino que se encuentra más allá de la verdad y la falsedad.

No es suficiente que un conocimiento sea verdadero, sino que, además, es necesario asegurarse de que sea verdadero. De esta máxima se desprende el siguiente cuestionamiento: ¿cómo podemos saber si un conocimiento es verdadero?

Esta es la cuestión del criterio de verdad. Sin embargo, según Hessen, los datos fenomenológicos, no dicen nada sobre la existencia real de un criterio como este. De esta forma, llama la atención el hecho de que el fenómeno del conocimiento implica una supuesta existencia; pero no su existencia real. Lo cual conduce a preguntarse qué tan real es lo que investigo.

Por eso la pertinencia de las teorías de la acción, puesto que se caracterizan por dirigir la mirada, precisamente, a la acción e interacción –piezas fundamentales para la comprensión de la subjetividad– de los miembros de la sociedad, quienes son, a su vez, los que forman las estructuras que influyen en el comportamiento humano (Weber, 1964; Schütz, y Luckmann, 2003; Schütz, 2003 y 1993). Estas teorías, por otra parte, se confrontan con la teoría funcionalista de Talcott Parsons, por ejemplo, quien sugiere que el funcionamiento de la sociedad se debe a estructuras externas al individuo, que son las que determinan su acción. De esta manera, la tesis que afirma que las estructuras sociales determinan las conductas individuales comienza a ceder el paso a su antítesis: la *reflexividad* de la acción social de los actores mismos (Giddens, 2006; Alexander, 1990).

Así, la subjetividad ha aparecido en la escena de las nuevas teorizaciones y se ha convertido en un personaje protagónico. Esta investigación se centra así, en el reconocimiento de la importancia que tiene, para las ciencias sociales, lo que se ha dado en llamar: el punto de vista del actor. Esta perspectiva ha tenido un desarrollo específico bajo dos corrientes disciplinarias: la sociológica y la antropológica, las cuales se unen dentro de la perspectiva sociocultural. Uno de los rasgos que permiten diferenciar este enfoque de otros más positivos, por ejemplo, es analizar y/o implementar acciones centradas en el actor.

Existe un vínculo, también, con un conjunto de movimientos sociales que buscan recuperar e incorporar la palabra del “otro” dentro del juego de poderes dominantes. Pero, además, estas corrientes teóricas no sólo revalidaron al actor como unidad de descripción y análisis, sino que lo ven, también, como “agente transformador”, como un actor que produce la estructura y los significados y que no se conforma sólo con reproducirlos. De esta manera, la relevancia tanto académica como social de este trabajo de investigación, se centra en dos aspectos: por un lado, decir que sobre el tema de la violencia se ha dicho ya mucho pero no lo suficiente, es decir, hace falta abordarlo de otra forma y desde otra perspectiva.

Es a partir de los años ochenta, y enmarcado dentro del campo de los estudios culturales, cuando “aparece el concepto de violencia cultural, aquellos aspectos simbólicos de la cultura, sus formas no materiales, como son el lenguaje y la comunicación, que inciden en la justificación de situaciones violentas” (Lagunas y Lencina, 2010: 123). No obstante, el papel que han jugado los estudios culturales –en especial los latinoamericanos– como campo interdisciplinario capaz de representar las coordenadas del imaginario social intersectado por la violencia, ha sido muy pobre al intentar fraguar un discurso que relate los pormenores de una violencia perturbadora que parece escabullirse a las interpretaciones tradicionales del discurso narrativo. Acaso, sólo han aparecido una serie de estudios que representan un antecedente sobre ese complejo fenómeno que se ha instalado tanto en Latinoamérica como en México: la *violencia*.

Sin embargo, la aparición académica de los “violentólogos” no deja de ser una casi idiosincrática situación colombiana. Hay escaso desarrollo de la cuestión en el resto del subcontinente, y nos vemos en la obligación de buscar explicaciones a tan llamativa y sintomática carencia (Follari, 2007: 1).

De igual forma, existen otros trabajos que abordan el tema desde la literatura (sobre todo colombiana), y desde los trabajos periodísticos. En ambos casos, asistimos a la popularización de estas visiones fantasmagóricas o extasiadas de una violencia cuya representación crítica queda, entonces, en manos de otros discursos como puede ser el de los estudios culturales. En ese sentido es que investigaciones como la que intento desarrollar son necesarias para las ciencias sociales, puesto que situaciones que ocupan permanentemente los titulares de los periódicos, las conversaciones familiares y laborales, no son objeto privilegiado de análisis por parte de quienes trabajan en las ciencias sociales. Es obvio, entonces, que tal opacidad en estos hechos llame la atención a la investigación académica.

No vivimos tiempos carentes de violencia en Latinoamérica. Desde aquélla en que se mezcla lo político (caso Colombia), a la de corte netamente ligada al delito, o a la que se ejerce en sitios públicos (p.ej. estadios de fútbol), la violencia es en el subcontinente un ejercicio cotidiano que en algunos países –caso Argentina– crece en progresión geométrica durante los últimos años, produciendo alarma en las clases medias y altas,

y aumentando la propensión al autoritarismo en lo cotidiano y lo institucional (Follari, 2007: 1).

En este contexto, resulta innegable que nos encontramos ante situaciones que son socialmente decisivas en cuanto a la modificación de las condiciones y expectativas vitales de los individuos. Dar explicaciones de ellas en términos teóricos, tanto como posibles vías de mejoramiento, son exigencias ineludibles para los científicos sociales. De no serlo o no otorgarles la importancia debida, las ciencias sociales estarían mostrando una peculiar irrelevancia, y quedarían imposibilitadas de aportar socialmente a una redefinición del sentido común de la población. De esta forma, hechos tan abyectos (como el filicidio), constituyen, en general, un tema de estudio que representa cierta incomodidad para abordarlo desde las disciplinas de las ciencias sociales.

Por ello se prefiere trabajar la pobreza, por ej., antes que el delito. Aun cuando en algunos casos los actores de ambos espacios temáticos coincidan, si se trabaja la primer temática se lo hace de acuerdo a una inveterada apuesta académica en Latinoamérica, la de oponerse a la miseria y la exclusión sociales. En cambio, en el segundo caso se entra a un terreno desconocido, riesgoso (no sólo en términos teóricos) y decididamente ajeno a la cotidianeidad universitaria (Follari, 2007: 1-2).

No obstante, por otro lado, está la cuestión de la aportación significativa a la generación de un conocimiento que permite entender mejor la realidad. Es decir, un contenido que leído e interpretado adecuadamente nos abre las puertas al conocimiento de diversos aspectos y fenómenos de la vida social. De ahí, como se puede entender, la pertinencia de abordar el tema desde el enfoque sociocultural, que junto con la antropología y la sociología, le conceden a la cultura una gran relevancia en el estudio de este fenómeno.

A lo largo del tiempo han estado ocurriendo eventos con un alto grado de “aniquilación”, pues presenciamos “un nuevo orden mundial de la desdicha, la miseria y el dolor y vamos descubriendo con asombro [...] que siempre aparece una forma inédita de violencia; pareciera que la imaginación humana no tiene límites para inventar nuevas manifestaciones de la misma” (Silva, 2006: 665). Aunque si bien – como ya he mencionado antes– el filicidio es un fenómeno nada novedoso; sí, por lo

menos, pareciera serlo por su invisibilidad con la que es tratado por parte de la sociedad. En este sentido, entiendo como uno de estos eventos, el asesinato de niños y niñas a cargo de sus propias madres. Estas mujeres –actores principales de la violencia– son consideradas, de forma estigmatizada, como “mujeres filicidas”: “mujeres condenadas por las llamadas ‘causas de menores’, lo que en la mayoría de la bibliografía criminológica se denomina ‘infanticidios’ o ‘filicidios’” (Cravero, 2012: 34).

Así, este fenómeno “del latín filius: hijo y cidium, cide: matar, está definido como muerte dada por un padre o una madre a su hijo” (de la Espriella, 2006: 72). En ese mismo tenor, dentro del marco legal, específicamente en el Código Penal Federal mexicano (2013), el filicidio es visto como un delito calificado dentro del artículo 323, considerado como “homicidio en razón de parentesco o relación”. ¿Pero de qué sirve saber esto? Sirve de preámbulo para hacerse otras preguntas, una vez sabiendo esto: ¿qué ocurre después de la acción violenta?, ¿podemos los científicos sociales comunicar tal experiencia o nos enfrentamos a lo inexplicable, a lo inefable; es decir, a aquella experiencia o acto incapaz de ser narrado?

Me inclino a pensar, como Hannah Arendt, “que gran parte de la glorificación actual de la violencia encuentra su causa en el mundo moderno” (1970: 74). Un mundo quebrantado y cada vez más inhabitable, donde los espacios de socialización y convivencia han colapsado debido a que “el miedo, la inseguridad y la violencia incrementan su presencia en los imaginarios sociales latinoamericanos, esos marcos intersubjetivos que participan en la definición de los sentidos de la vida cotidiana” (Valenzuela, 2012: 13) Esto quiere decir que el mundo de la vida cotidiana es un mundo en el que nos movemos fácilmente, pues nos es común a todos nosotros, ya que nacimos en él y por lo tanto, no es necesario comprobarlo. La intersubjetividad es la condición misma que hace posible el mundo de la vida. Al respecto, Schutz y Luckmann afirman:

[...] presupongo simplemente, que otros hombres también existen en este mundo mío, y, en verdad, no sólo de manera corporal y entre otros objetos, sino más bien como dotados de una conciencia que es esencialmente igual a la mía. Así, desde el comienzo, mi mundo cotidiano es no mi mundo privado, sino más bien un mundo intersubjetivo (2003: 26).

De esta manera, la intersubjetividad es una de las características más importantes para definir el concepto del mundo de la vida.

Esto implica, por un lado, que este mundo no es mío privado sino común a todos nosotros; y por el otro, que en él existen semejantes con quienes me vinculan muchas relaciones sociales. No sólo actúo sobre cosas inanimadas, sino también sobre mis semejantes; ellos me inducen a actuar y yo los induzco a reaccionar (Schütz, 2003: 206).

Aquí, vale la pena detenerse un poco para escudriñar en la fenomenología con el propósito de conocer sus límites en cuanto al conocimiento de lo social; es decir, a algunas cuestiones fundamentales del conocimiento de la estructura de las ciencias sociales. En este sentido, una de las ideas de Husserl que Alfred Schutz recupera, tiene que ver con la objetividad de la ciencia al estudiar fenómenos subjetivos, puesto que “[...] dedicarse a observar científicamente este mundo de la vida significa decidir no situarse ni situar su propia condición de interés como centro de este mundo, sino adoptar otro origen de coordenadas para la orientación de los fenómenos del mundo de la vida” (Schutz, 2003: 140-141).

De esta forma, se torna importante el hecho que sean las propias mujeres las que, por medio de sus narrativas⁷ y descripciones acerca de su mundo de vida, nos permitan tener una mirada más abarcadora para comprender los sentidos y significados que le otorgan al acto filicida. De esta forma, “el mundo de la vida, como objeto de investigación científica, será para el investigador, como hombre de ciencia, predominantemente el mundo de la vida de otros, los observados” (Schutz, 2003: 141). Aparece, entonces, el tema de la subjetividad y su relación con el reconocimiento de la importancia que tiene, para las ciencias sociales, lo que se ha dado en llamar: el punto de vista del actor. Así:

⁷ Para Dennis Mumby, “la expresión de los actores sociales bajo el aspecto del *homo narrans* constituye una alternativa para oponer al modelo de racionalidad que ha caracterizado al pensamiento occidental desde Descartes hasta el presente. La última y más eficaz reiteración de este paradigma es el modelo de la ciencia social, que busca obtener enunciados comprobables y verificables partiendo de la observación del comportamiento humano” (1997: 11). Así, el recurso de este “paradigma narrativo”, brinda la posibilidad de un acercamiento, más literario, a la comunicación humana.

Al permanecer en medio de dos o más lecturas, salimos de la moderna psicopatología para inscribirnos en un contexto cercano a la tragedia griega, donde el protagonista está siempre impulsado o limitado por los otros, perdido en la heteronomía, dominado por una parentela de dioses, almas y circunstancias. Y con ello nos acercamos a un saber que consiste en caminar, con prudencia y delicadeza, hacia la trama interpersonal donde se encuentra la encrucijada (Restrepo, 2005: 13).

Pero, además, estas corrientes teóricas no sólo revalidaron al actor como unidad de descripción y análisis, sino que lo ven, también, como “agente transformador”, como un actor que produce la estructura y los significados y no se conforma sólo con reproducirlos. Por esta razón, el actor social dispone de cierto grado de autonomía y es, en ese sentido, que para Gilberto Giménez se define por el lugar que ocupa en la estructura social, pues “[...] participa de las normas, reglas y funciones de los procesos sociales; toma parte de los dramas de la historia, así como también en la producción y dirección de la sociedad” (2006: 146).

No es un secreto que en la familia,⁸ institución definida como “un grupo de personas directamente ligadas por nexos de parentesco, cuyos miembros adultos asumen la responsabilidad del cuidado de los hijos” (Giddens, 2000b: 191), se ejerce violencia. No es, tampoco, un descubrimiento de una realidad reciente. No obstante, en el transcurso del tiempo han estado ocurriendo eventos con un alto grado de “aniquilación”, pues como afirma Alejandrina Silva:

Asistimos a un nuevo orden mundial de la desdicha, la miseria y el dolor y vamos descubriendo con asombro [...] que siempre aparece una forma inédita de violencia; pareciera que la imaginación humana no tiene límites para inventar nuevas manifestaciones de la misma (2006: 665).

Así, algunos de estos eventos están relacionados con el asesinato de niños a cargo de sus propias madres. En este sentido, algunos de los actores principales de este

⁸ “Lo que comúnmente llamamos la ‘familia’ no es por lo tanto un fenómeno biológico natural sino un tipo de cultura de grupo pequeño que se produce estratégicamente en discursos, como lo son las historias familiares. Estas historias familiares no son simples representaciones de una historia familiar preexistente; y narrar historias familiares tampoco es una mera realización estética o un descarga socioemocional para los miembros de la familia. Más bien, la narración de historias familiares nomina prácticas de control social. Las historias y su narración generan y reproducen ‘la familia’ al legitimar sentidos y relaciones de poder que privilegian, por ejemplo, a los padres sobre los hijos, a los hombres sobre las mujeres y a la familia de clase media blanca sobre estructuras familiares diferentes” (Langellier, K. y Peterson, E., 1997: 72-73).

tipo de violencia son los sujetos de esta investigación, es decir, mujeres filicidas,⁹ quienes se muestran de dos maneras: víctimas y victimarias. Así, dentro de este estudio, dichas mujeres serán reconocidas como “agentes”¹⁰ de la acción violenta. De esta manera, son estas mujeres quienes –mediante los relatos de su “mundo de vida”– posibilitan profundizar en el estudio de este fenómeno donde se ejerce la violencia: el filicidio. Este fenómeno “del latín *filius*: hijo y *cidium*, *cide*: matar, está definido como muerte dada por un padre o una madre a su hijo” (de la Espriella, 2006: 72). Sin embargo:

Más que el asesinato mismo –acto que en su mecánica se revela sencillo– lo que nos cautiva son los espectros que lo rodean, los fantasmas que urden la trama, las exigencias simbólicas que culminan en el crimen. Pero ellos están escondidos –tal como lo estuvieron antes del desenlace fatal– y sería imperdonable dejarnos encandilar por la materialidad del delito, cubriendo con una cortina de sangre los detalles de la trama interpersonal que lo alimentan (Restrepo, 2005: 10).

Asimismo, se torna importante el hecho de que sean las propias “agentes” las que –por medio de sus narrativas¹¹ y descripciones, es decir, las “representaciones de objetos o de personajes” (Gennette, 2008: 204), que hagan acerca de su “mundo de vida”¹²– permiten tener una mirada más abarcadora sobre el tema de la violencia

⁹ Se pueden definir como “mujeres condenadas por las llamadas “causas de menores”, lo que en la mayoría de la bibliografía criminológica se denomina “infanticidios” o “filicidios” (Cravero, 2012: 34). Es interesante destacar que para la sociedad, según Matilde Blas, “las madres que cometen filicidio no entran dentro de una conducta “normal”, sino que son portadoras de conductas “desviadas”. Nuestra sociedad, o al menos la sociedad mexicana actual no tolera estos crímenes y estas mujeres son vistas como nocivas para la sociedad. El hecho de que una madre dé muerte a su hijo es simplemente la forma en como se asimila y se transmite la sociedad (s/f: 29-30).

¹⁰ Para A. Giddens (2006), los sujetos pueden ser ubicados como “agentes”, en relación al poder de *agencia* que los propios sujetos somos capaces de desarrollar.

¹¹ Para Dennis Mumby, “la expresión de los actores sociales bajo el aspecto del *homo narrans* constituye una alternativa para oponer al modelo de racionalidad que ha caracterizado al pensamiento occidental desde Descartes hasta el presente. La última y más eficaz reiteración de este paradigma es el modelo de la ciencia social, que busca obtener enunciados comprobables y verificables partiendo de la observación del comportamiento humano” (1997: 11). Así, el recurso de este “paradigma narrativo”, brinda la posibilidad de un acercamiento, más literario, a la comunicación humana.

¹² Entendido bajo la definición de Alfred Schütz como el punto de partida de cualquier relación social, el mundo de la vida se refiere al ámbito donde “podemos ser comprendidos por nuestros semejantes, y sólo en él podemos actuar junto con ellos. Únicamente en el mundo de la vida cotidiana puede constituirse un mundo circundante, común y comunicativo. El mundo de la vida cotidiana es, por consiguiente, la realidad fundamental y eminente del hombre [...] [*De esta forma*] mi mundo cotidiano no es mi mundo privado, sino más bien un mundo intersubjetivo [...] La realidad cotidiana del mundo de la vida incluye no sólo la ‘naturaleza’ experimentada por mí, sino también el mundo social (y por ende el mundo cultural) en el cual me encuentro [...] El mundo de la vida, entendido en su totalidad, como mundo natural y social, es el escenario y lo que pone límites

relacionada al filicidio. En este sentido, el objetivo de este trabajo es: *conocer e interpretar los relatos*¹³ *de mujeres filicidas en reclusión, sobre sus historias de vida*. Particularmente, me interesa realizar una interpretación de sus “narrativas de violencia”¹⁴. Una violencia abarcadora: desde aquella de la que fueron objeto, hasta esa otra que ellas mismas fueron capaces de implementar: la “violencia absoluta” a la que se refiere Wolfgang Sofsky (2004).

Aquí, la narrativa adquiere sentido sólo en cuanto desempeña un papel en la reconstrucción del contexto sociocultural como espacio de significación en el que están involucrados los actores mismos. De esta forma, las “narrativas de violencia” se desenvuelven como el elemento central de esta investigación. Como el eje articulador de la trama de significación y sentido del accionar violento (Olivera, 2012: 108).

Apartado Metodológico

La metodología utilizada en esta investigación se centra en el escenario simbólico; esto es, en la subjetividad de los propios actores de la acción. Un actor, dice Gilberto Giménez, “puede ser un individuo, una red de sociabilidad, un grupo, un colectivo (en el sentido de Merton) o una sociedad” (2006: 146). Y, además, puesto que cuenta con cierto margen de autonomía, el actor social se puede definir, entonces:

Por su posición en la estructura social [...] participa de las normas, reglas y funciones de los procesos sociales; toma parte de los dramas de la historia, así como también en la producción y dirección de la sociedad. Pero todo ello con cierto margen de

a mi acción y a nuestra acción recíproca [...] De acuerdo con esto, no sólo actuamos y operamos dentro del mundo de la vida sino también sobre él [...] I” (Schütz y Luckmann, 2003: 25-28).

¹³ Para Claude Bremond, “todo relato consiste en un discurso que integra una sucesión de acontecimientos de interés humano en la unidad de una misma acción” (2008: 102). En este mismo sentido, Gerard Genette considera que “si aceptamos, por convención, atenernos al campo de la expresión literaria, definiremos sin dificultad el relato como la representación de un acontecimiento o de una serie de acontecimientos, reales o ficticios, por medio del lenguaje, y más particularmente del lenguaje escrito” (2008: 199).

¹⁴ “Dichas narrativas aparecen como estructuras de significado donde el lenguaje, los discursos y los relatos ordenan y narran la experiencia de la violencia” (Olivera, 2012: 72). Entendiendo por “estructuras de significado”: estructuras cognitivas que asimilan los seres humanos para canalizar su experiencia del mundo y de sí mismas.

posibilidades de acción que le es propio y que jamás responde exactamente a determinaciones estructurales. Como señala Alain Touraine, hay que rechazar vigorosamente la reducción del sistema al actor, o a la inversa, del actor al sistema (“escenarios sociales vacíos, sin actores”) (Giménez, 2006: 146).

Por lo tanto –y siguiendo con el pensamiento de este autor– más que sujeto o agente, a quien participa como informante clave en esta investigación, la consideró como un actor social que se encuentra siempre entre el determinismo y la libertad. En este sentido –y puesto que en las investigaciones de corte cualitativo los actores sociales a la vez que son sujetos, son también objetos de investigación– me acerco a mi objeto de estudio desde los métodos cualitativos, tanto para realizar el trabajo de campo como para el análisis de los datos. “Los métodos cualitativos son necesarios en una investigación que produce datos descriptivos e interpretativos mediante la cual las personas hablan o escriben con sus propias palabras el comportamiento observado” (Berríos en Chárriez, 2012: 50).

De ahí que, para una investigación que se centra en la perspectiva del actor, la metodología más adecuada para recabar y analizar los datos sea cualitativa. Este tipo de investigaciones se encuentran “en un proceso continuo de proliferación con la aparición de nuevos enfoques y métodos; y cada vez más disciplinas la adoptan como una parte central de su currículum” (Flick, 2004: 11). Este es el caso de los estudios socioculturales, en los que el uso del método cualitativo busca, en términos generales, construir un conocimiento desde los significados y sentidos presentes en la acción de las personas y grupos. Para Max Weber (1964), por ejemplo, el sentido de una acción es definido como la mixtura del “sentido mentado”, que no es más que la explicación que el propio individuo da a su acción; con el “sentido subjetivo”, es decir, la explicación interna de la acción del individuo. En todo caso, una acción con sentido es una conducta comprensible.

La investigación cualitativa, entonces, “tiene relevancia específica para el estudio de las relaciones sociales, debido al hecho de la pluralización de los mundos vitales” (Flick, 2004: 15). Así, puesto que el objetivo general de mi investigación es identificar e interpretar los relatos acerca de la historia de vida de mujeres en reclusión acusadas de asesinar a sus hijos, el método biográfico es, entonces, el más adecuado para alcanzarlo. De ahí la importancia de considerar el recorrido de los sujetos de investigación a lo largo de su historia y a través de su mundo de vida, por medio de

sus propias narrativas. “La narrativa es un acto *socialmente* simbólico en un doble aspecto: a) adquiere sentido sólo en un contexto social, y b) desempeña un papel en la construcción de ese contexto social como espacio de significación en el que están involucrados los actores sociales” (Mumby, 1997: 16). Todo esto posibilita entender las formas en que se entrelaza la violencia en la cotidianidad.

La importancia que representa, por lo tanto, el acceso al campo donde se realizará el estudio es crucial dentro de la investigación cualitativa. Dentro de este tipo de investigación se busca un contacto más cercano e intenso con los informantes, en parte, debido a que en una situación de entrevista es necesario que investigador y entrevistado se relacionen de manera más estrecha que en una simple sesión de responder a un cuestionario, por ejemplo. “A qué información tenga acceso un investigador y de cuál quede excluido depende esencialmente del éxito en la asunción de un rol o puesto apropiado” (Flick, 2004: 69). Pero además del problema que representa lograr asumir un rol frente al informante, el investigador se enfrenta a otro quizá igual de importante en investigaciones que, como la mía, se llevan a cabo dentro de una institución. Tiene que ver más que con el acceso a información, con la cuestión de cómo acercarse para generar una relación de confianza y apoyo. Así lo muestra Uwe Flick, cuando menciona que:

Al investigar instituciones [...] este problema se hace más complicado. En general, en la regulación del acceso están implicados niveles diferentes. En primer lugar, está el nivel de las personas responsables de autorizar la investigación [...] En segundo lugar, encontramos el nivel de aquellos a los que se va a entrevistar u observar, que invertirán su tiempo, su buena voluntad (2004: 70).

Así, y tomando en consideración estos puntos, el procedimiento para la selección de informantes consistió, por lo tanto, en solicitar (durante el año 2014), a la *Coordinación de Enlace y Seguimiento de la Subsecretaría del Sistema Estatal Penitenciario, de la Secretaría de Seguridad Pública del Estado de Baja California*, un permiso para realizar una serie de entrevistas a mujeres en reclusión, acusadas y sentenciadas por el delito de homicidio en relación de parentesco (filicidio). Solicité, de esta forma, entrevistar a tres mujeres específicamente, a quienes, en el año 2011, entrevisté azarosamente sobre su trayectoria de vida¹⁵. Esto, sin duda, tiene que ver con el

¹⁵ Al inicio del texto menciono cómo es que me encuentro con estas tres mujeres.

problema de cómo resolver el acceso a los informantes. Es aquí donde se muestra la cuestión de tomar decisiones con respecto al muestreo en el proceso de investigación.

En un estudio de entrevista, se relaciona con la decisión sobre qué personas entrevistar (el muestreo de los casos) y de qué grupos deben provenir (el muestreo de los grupos de caso). Surge además junto a la decisión sobre cuál de las entrevistas debe recibir un tratamiento más minucioso, es decir, cuál se ha de transcribir e interpretar (el muestreo del material). Durante la interpretación de los datos, la cuestión se presenta de nuevo unida a la decisión sobre las partes de un texto que deben seleccionarse para la interpretación en general y para interpretaciones detalladas particulares (el muestreo dentro del material). Por último, surge al presentar los hallazgos: ¿Qué casos o partes del texto es mejor utilizar para demostrar los hallazgos (el muestreo para la presentación)? (Flick, 2004: 75).

Sin embargo, y considerando el primer tipo de muestreo que presenta Flick, es decir, el muestreo de los casos, utilicé el *muestreo teórico* de Glaser y Strauss. Aquí “las decisiones sobre la elección y reunión del material empírico (casos, grupos, instituciones, etc.) se toman en el proceso de recoger e interpretar los datos” (2004: 78). Escogí esta estrategia debido a que ya no me fue posible entrevistar a dos de las tres informantes de 2011 por cuestiones institucionales. Decidí, en consecuencia, y a pesar de que el CERESO me propuso entrevistar a dos informantes nuevas continuar entrevistando solamente a Blanca Estela, una de las tres mujeres entrevistadas anteriormente.

La decisión la tomé considerando dos cosas: una fue la presentación que me dieron las autoridades del CERESO sobre el caso de Blanca Estela. Un caso ocurrido hace más de ocho años, pero el cual causó asombro e indignación en la sociedad mexicalense debido a su exposición en los medios de comunicación. La segunda razón es que debido a lo interesante del caso y luego de haber escuchado y transcrito la entrevista que corresponde a la trayectoria de vida de Blanca Estela, me pareció lo más adecuado para mi investigación, escribir su historia de vida. El muestreo teórico fue, entonces, el más adecuado para elegir mi caso de estudio debido a que “procede según la relevancia de los casos, en lugar de hacerlo según su representatividad” (Flick, 2004: 81)

Lo interesante de las historias de vida, es que aportan otro punto de vista a los estudios de las ciencias sociales, puesto que empiezan a cobrar importancia temas

que en otros momentos fueron considerados como secundarios o simplemente irrelevantes. Para Matilde Blas, por ejemplo, “con las historias de vida uno vuelve la mirada hacia el sentido común, pues no se trata de buscar ‘personajes’ que hayan sido relevantes para la sociedad sino que, dentro de sí, son portadoras de un conocimiento social, sujetos en donde se pone a prueba el funcionamiento ‘normal’ de la sociedad” (s/f: 36). Por lo tanto, la metodología cualitativa permite trabajar la realidad desde una perspectiva humanista ya que hunde sus raíces en los fundamentos de la fenomenología y la hermenéutica, tratando de comprender la conducta humana desde el propio marco de referencia de las personas.

Por eso es posible decir que, en cuanto a la historia de vida como metodología cualitativa, lo que busca es “capturar tal proceso de interpretación, viendo las cosas desde la perspectiva de las personas, quienes están continuamente interpretándose y definiéndose en diferentes situaciones” (Taylor y Bogdan en Chárriez, 2012: 51). De esta forma el investigador trata de aprehender las experiencias destacadas de la vida de una persona y las definiciones que esa persona aplica a tales experiencias con sus propias palabras y, en gran medida, como una autobiografía común. Una característica de esta metodología es que en todos los casos, los investigadores establecen “rapport” con los informantes a través de repetidos contactos a lo largo de cierto tiempo, y desarrollan una comprensión detallada de sus experiencias y perspectivas. En este sentido, la historia de vida, como investigación cualitativa busca:

Descubrir la relación dialéctica, la negociación cotidiana entre aspiración y posibilidad, entre utopía y realidad, entre creación y aceptación; por ello, sus datos provienen de la vida cotidiana, del sentido común, de las explicaciones y reconstrucciones que el individuo efectúa para vivir y sobrevivir diariamente (Ruiz en Chárriez, 2012: 50).

Por lo tanto, la historia de vida es uno de los métodos de investigación social más adecuado para conocer cómo es el mundo social que rodea a las personas y con dicho conocimiento poder interpretar mejor su acción. En este sentido, para recoger y registrar la información utilicé la técnica de la entrevista en profundidad o *narrativa* por considerarla la más adecuada para lograr mis objetivos. Dado que lo que me interesa es utilizar las narraciones de los entrevistados como datos, la entrevista narrativa es un buen ejemplo de este tipo de enfoque. Entiendo la narrativa, por lo tanto, “no como

un fenómeno de comunicación fijo y estable sino más bien como parte de un terreno complejo y cambiante de sentido que constituye el mundo social" (Mumby, 1997: 14).

De esta forma, las narraciones dan la posibilidad de acercarse a las experiencias de los actores sociales de una forma más abarcadora (Flick, 2004). Así, la entrevista narrativa, lo hace a través de reiterados encuentros cara a cara entre el investigador y los informantes, dirigidos hacia la comprensión de las perspectivas que tienen los informantes respecto de sus vidas, experiencias o situaciones, tal como las expresan con sus propias palabras. Por esta razón son relatos que se centran en aspectos específicos y significativos de la vida del entrevistado. La novedad de esta aproximación no reside en el uso del método biográfico para el análisis de las trayectorias de vida, sino en dar mayor realce a la exposición de los relatos recopilados, frente al momento explicativo para abrir el círculo de la interpretación a los lectores. De ahí que este tipo de entrevista debe ser abierta, flexible y dinámica; por lo tanto: no directiva, no estructurada y no estandarizada.

En la entrevista narrativa, se pide al informante que presente la historia de un área de interés, en la que participó el entrevistado, en una narración improvisada... La tarea del investigador es hacer que el informante cuente la historia del área de interés en cuestión como un relato coherente de todos los acontecimientos relevantes desde su principio hasta su final (Hermanns en Flick, 2004: 111).

La técnica de la entrevista narrativa se concreta, entonces, en la producción de relatos modulados en los que las narraciones del entrevistado son moduladas a través de las preguntas y de los intereses del investigador. Este tipo de entrevista sigue el modelo de una conversación entre iguales, y no de un intercambio formal de preguntas y respuestas. Así que, lejos de ser un simple recolector de datos utilizando un protocolo o formulario de entrevista, es el propio investigador, el instrumento de la investigación. No obstante, como lo exige cualquier tipo de entrevista, fue necesario desarrollar más que un guión, una guía.

Dicha guía es utilizada más que como un listado de preguntas, como una guía general de temas, presentados en un párrafo introductorio de una conversación entre el investigador y el informante. La guía puede considerarse, en todo caso, como una ayuda de memoria para el entrevistador, tanto en un sentido temático (ayuda a recordar los temas de la entrevista) como conceptual (en el que se presentan los

tópicos de la entrevista en un lenguaje cotidiano, propio de las personas entrevistadas). Por lo tanto, y en correspondencia al tipo de entrevista narrativa que utilizo en esta investigación, la guía es flexible y permite dar cabida al surgimiento de nuevas preguntas e incluso nuevos temas durante el desarrollo de la entrevista. Cuando esto sucede, la guía debe ser modificada para posteriores entrevistas, incluyendo los nuevos tópicos y/o excluyendo los que no parecen relevantes.

En este sentido, elaboré dos guías, una de entrevista (que utilizaré para alcanzar los tres objetivos específicos de este trabajo), y otra de observación (la cual utilizaré para complementar lo último objetivo específico). Tales guías me permitieron adentrarme en los temas y categorías de mi interés y aparecen en el apartado de anexos de este trabajo. En total, tengo ocho horas de grabación con las narraciones de Blanca Estela y que pertenecen a las tres entrevistas realizadas recientemente (durante el mes de mayo de 2014), así como a la entrevista que le realicé en el 2011.

En esta primera entrevista me concentré en la subcategoría: “trayectoria de vida”, de donde obtuve las narraciones acerca de: su infancia, adolescencia, edad adulta; sus relaciones de pareja, de familia y amistosas; así como los periodos de educación formal y sus diferentes trabajos. En todas estas etapas se pueden ubicar, también, las formas de violencia de las que ha sido tanto víctima como victimaria. Descifrar tales formas es necesario, precisamente, para poder interpretar los correlatos o “narrativas de violencia” (la primera de mis categorías de investigación), que aparecen y han aparecido durante toda su vida.

No obstante, en las tres entrevistas recientes hemos tratado el tema de la experiencia de estar en la cárcel. Es decir ¿cómo ha sido la experiencia de su vida al encontrarse reclusa en ese lugar? Pero también algunas narraciones sobre su familia y la relación con sus hermanos tanto en libertad como en prisión. Además de algunas primeras ideas sobre el hecho de ser mujer, en el caso de Blanca Estela. Dichas entrevistas, las utilizaré para indagar y rescatar temas que sean de relevancia para esta investigación y que, a su vez, me permitan focalizar las siguientes entrevistas tanto a ellas como a algunos miembros de su familia.

Por otra parte, como mencione anteriormente, una metodología cualitativa no sólo se distingue por el trabajo de campo, sino también por el de análisis de los datos. Para llevarlo a cabo utilizaré el enfoque narrativo, el cual se acerca a los textos desde la perspectiva de los estudios literarios y específicamente del universo del relato. El análisis de datos cualitativos se basa, principalmente, en la lectura (textual o visual)

como instrumento de recogida de información. Sin embargo, a diferencia de la lectura común esta debe ser, sistemática, objetiva, replicable, y válida. Esto adquiere sentido si se considera que “los métodos cualitativos acentúan las diversas formas en las que podemos situarnos para dar respuesta adecuada a las situaciones concretas que se irán demarcando en el proceso investigativo” (Chárriez, 2012: 50).

El tipo de análisis de textos que realizaré será, por lo tanto, *holístico–contenido*. Este modelo se caracteriza por: 1) considerar a las y a las personas como un todo y se focaliza en el contenido; y 2) cuando usa secciones del texto las analiza en función del conjunto; es decir, se centra en la relación de las partes con el todo. Este tipo de análisis se usa regularmente en estudios de caso. Como ya mencioné, anteriormente, me encuentro en plena etapa de obtención de datos y en ese sentido, el análisis aún no lo realizado tan sistemáticamente como debiera. Sin embargo, lo que he podido hacer con la primera entrevista realizada a Blanca Estela, han sido dos primeras fases de este tipo de análisis y sólo con el código “infancia” de la subcategoría “trayectoria de vida”: 1) el análisis preliminar que consta de: a) una lectura de inmersión, b) identificación de historias, c) identificación de temas, d) resumen de las historias y secuencias; y 2) el micro-análisis: a) eventos y procesos específicos, b) selección de segmentos de texto para los micro-análisis, c) transformación de texto en estrofas, d) identificación de voces, e) análisis de la estructura.

A pesar de ello, intento organizar y agrupar toda la información en un solo texto. Los datos narrativizados y textualizados en un único texto, deben de entenderse como reconstrucciones significantes de las trayectorias de vida marcadas por situaciones que rayan en la exclusión social obtenidas mediante una historia de vida. Presento a continuación, la transcripción editada de la primera entrevista con Blanca Estela el 04 de abril de 2011, la cual comprende su trayectoria de vida hasta antes de entrar a prisión y de la cual realizo un primer ensayo del tipo de análisis que acabo de describir.

CAPÍTULO 1

NARRATIVAS DE VIOLENCIA PODER Y SISTEMA PATRIARCAL

La detención: el inicio de la trama

“Me detuvieron hace ocho años y feriecita”, expresó Blanca Estela un viernes por la mañana, sentada en una silla dentro de una oficina del área técnica del CERESO de Mexicali, vigilada por una oficial de seguridad embarazada. Recuerdo que pensé en lo presente que se debe de tener un día como ese, en el que esta mujer de apariencia amable, ojos color café claro, y de mirada penetrante y triste a la vez, vivió la “fría” experiencia de ser detenida por la policía. *“Fue en navidad; estaba frío”*, me dijo el dieciséis de mayo de 2014, día en el que ingresé por segunda vez al CERESO para continuar las entrevistas (iniciadas tres años atrás), a tres internas de dicho centro. Ese día inicié el trabajo de campo de esta investigación, pero no era la primera vez que veía a Blanca Estela.

A Blanca Estela la conocí un cuatro de abril de 2011, cuando la entrevisté junto a otras dos mujeres al intentar reunir datos para mi tesis de maestría. En esa ocasión mi objeto de estudio era la violencia relacionada al tráfico ilegal de drogas, por lo que sus historias no fueron relevantes en ese momento. No obstante, tiempo después, aquellas entrevistas que versaban sobre sus trayectorias de vida, me dieron la pauta para pensar en esta investigación. Decidí, por cuestiones metodológicas, analizar e interpretar solamente la historia de Blanca Estela debido a la imposibilidad de charlar nuevamente con las otras dos mujeres por razones institucionales.

En consecuencia, y a pesar de que las autoridades del CERESO me permitieron entrevistar a dos mujeres más, tomé la decisión de concentrarme en esta historia considerando dos cosas. La primera tuvo que ver con la presentación que me hicieron dichas autoridades, sobre el caso de Blanca Estela. Un caso ocurrido hace más de diez años, el cual causó asombro e indignación en la sociedad mexicalense

debido a su exposición en los medios de comunicación¹⁶. La segunda razón fue que debido a lo interesante de su caso –y luego de haber escuchado y transcrito la entrevista sobre su trayectoria de vida– me pareció de lo más pertinente para mi investigación.

“Fueron los judiciales los que me detuvieron y la verdad sí fue como un poquito difícil el pasar por todo esto”, me continuó diciendo. Su narración apuntaba a la *“difícil”* experiencia que le significa haber sido detenida y privada de su libertad –en un primer momento– en calidad de sospechosa, *“durante doce o trece días bajo arraigo”*. Al continuar escuchando el relato de Blanca Estela me seguía sorprendiendo su historia, aunque cada vez la comprendía mejor. Es decir, me seguía mostrando poco a poco las piezas de un gran rompecabezas. Recuerdo que yo me preguntaba y trataba de imaginarme, todo el tiempo, lo que debe sentirse estar en su lugar:

Quando nos detuvieron no me dijeron nada; a él lo agarraron y luego, luego, nos esposaron y nos subieron a un carro. A mí nada más me pidieron una identificación; les di la identificación y ya, no me dijeron nada hasta que llegamos ahí. Pero yo ya más o menos sabía [*con su tono de voz afirmó que ese acto no la sorprendió; como si fuera algo de esperarse*]. Como te estaba comentando, una vecina ya me había dicho. Entonces yo no le quise decir nada a él porque pensaba: “si esta es la manera de ponerle un alto a todo lo que está pasando, pues adelante”. Y yo no le quise decir nada a él, nada más yo supe que nos andaban buscando los judiciales.

Pero ¿qué es lo que está pasando?, ¿a qué se refiere cuando desea poner un alto? Cuando Blanca Estela mencionó que ya sabía que la buscaban era porque los policías judiciales habían ido hasta su casa en días pasados. La estrategia –me imagino– era preguntar por otra persona para no levantar sospecha y tener oportunidad de observar más detenidamente el lugar. Ella, sin mucho sobresalto, me contó cómo fue el momento en que la detuvieron:

Yo estaba en la calle, iba en el carro. Iba con el muchacho que me detuvieron [*su voz se puso tensa, se notó nerviosa, pero continuó*]; nos detuvieron ¡a los dos! Fue cuando salimos de mi casa: llegaron las “sirenas” [*se refiere a patrullas con la torreta*

¹⁶ Por mantener el anonimato de mi informante-colaboradora, no me es posible indagar la fuente hemerográfica que da cuenta de la noticia de lo ocurrido. Sólo puedo decir que dicho acontecimiento fue seguido por un periódico de circulación local.

encendida]. Entonces yo sabía que no andaban preguntando por otra persona; yo sabía que era por nosotros.

Una vez detenidos al primer lugar donde los llevaron fue a *“las oficinas del ‘Centro Cívico’, a ‘Homicidios dolosos”*. De ahí, una vez que realizaron su declaración y todo lo que eso conlleva, y en lo que las autoridades judiciales realizaban las investigaciones, los llevaron a un hotel y los pusieron bajo arraigo:

Nada más nos sacaron y tomaron la declaración; ya de ahí nos sacaron y nos llevaron al Hotel. No me dijeron nada como: “aquí te vas a quedar tantos días”, ni nada. Nada más: “súbete al carro”, “vente para acá”, “súbete”, “aquí te vas a quedar”, y ya; nada más. No dan explicaciones de nada.

Definitivamente este procedimiento no fue legal y aparece como una clara muestra de un tipo particular de violencia: la violencia institucional. Esta se distingue, entre otras cosas, por la implementación de diferentes acciones coercitivas por parte del Estado (Valenzuela, 2005). El arraigo, el encierro forzado de una persona sospechosa de haber cometido un delito, no estaba (sino hasta hace muy poco) contemplado en la Constitución Mexicana. Su ausencia dentro de la “carta magna” hacía pensarlo por parte de algunos grupos de la sociedad como un abuso de las propias autoridades y, por lo tanto, una implementación que afectaba los derechos humanos de los inculpados.

Debido a estas discusiones y para evitar abusos ha entrado en vigor – particularmente en Baja California, apenas hace unos meses atrás– un ‘Nuevo Sistema de Justicia Penal’ que considera que “el arraigo sólo podrá decretarlo un juez, siempre que sea necesario para el éxito de la investigación, la protección de bienes o personas, o cuando exista riesgo fundado de que el inculpado escape de la acción de la justicia” (INACIPE, s/f: 45). No obstante, y aunque en el caso de Blanca Estela, esto hubiera sido necesario, no se debe pasar por alto el hecho de que el arraigo sólo procederá –según el nuevo documento– en casos de delincuencia organizada, delito por el que esta mujer no fue sentenciada; ni siquiera acusada.

De cualquier forma, los llevaron al ‘Hotel Boulevard’, ubicado –según se acuerda– *“donde está la central [de autobuses], donde está el puente, en la ‘López Mateos”*. Ahí, durante dos semanas a solas, encerrada y custodiada, “a veces

sentada, a veces acostada y esposada de los pies”, porque a veces las manos si se las soltaban, Blanca Estela podía hacer muy pocas cosas: *“me la pasaba llorando [me dijo mientras reía] me metía a bañar; pues no podía hacer nada, porque pues estaba sólo en la cama*”. Como ella lo comenta, en una situación como esta no se puede hacer mucho, quizá sólo bañarse y llorar. No hay espacio en la mente para nada más, no hay espacio para la televisión por cable y su ‘programación basura’ típica en un hotel; ni siquiera se puede pensar en comer. Esto lo pienso a raíz de sus propias palabras:

Porque sí me acuerdo que también no quería comer; no quería comer absolutamente nada. Me llevaban de todas las comidas; me decían: “come, porque luego ya no vas poder comer ¡eh!, porque ya no vas a tener allá adentro y vas a desear esto”. Pero pues yo no tenía hambre, así me llevaran lo que me llevaran yo no iba a comer.

La oficial que la vigilaba dentro y fuera del cuarto, no la engañaba. Sus palabras resuenan todas las noches cuando, a veces, Blanca Estela, no puede dormir por hambre. Más adelante, en el capítulo dos, expongo parte de las rutinas y dinámicas que Blanca Estela vive como interna del CERESO. Ahí, al presentar su mundo de vida en el interior de la prisión, el tema de la comida cobra una singular relevancia. Al preguntarle, por ejemplo, si platicaba de algo con las oficiales que la custodiaban, ella resaltó la insistencia de éstas en el tema de su alimentación: *“una de las muchachas me dijo: ‘no te preocupes, estate tranquila –porque te digo que no comía– come, trata de comer’ y así; pero nunca trataron de ofenderme*”. Las y los policías conocen muy bien el lugar que aguardaba a Blanca Estela; trataban de mostrarle lo que estaba por vivir. Para las investigadoras Megan Bastik y Laurel Townhead:

Los sistemas y regímenes penitenciarios están casi invariablemente diseñados para una mayoría masculina –desde la arquitectura de las cárceles, los procedimientos de seguridad, las instalaciones de atención a la salud, hasta el contacto con la familia, el trabajo y la capacitación. Las cárceles para mujeres son una adaptación de las cárceles para hombres. Como consecuencia de esto, las cárceles tienden a no satisfacer las necesidades de las reclusas de sexo femenino; las mujeres en la cárcel se ven afectadas por el encarcelamiento de un modo particularmente duro. Con demasiada frecuencia, los derechos humanos y la dignidad básica de las mujeres que están en prisión son violados de manera sistemática (2008: 1).

Así, la noticia que estaba por recibir, definitivamente, fue un evento que marcó su subjetividad convirtiéndose en un punto cardinal de su vida¹⁷. Me refiero a la visita –al término de las dos semanas en arraigo– de un alto mando de la procuraduría de justicia del estado. Ese hombre le comunicaba que pasaría un largo tiempo en prisión; le comunicaba que la encontraban culpable de un delito que ella, según afirma, no cometió. La declararon responsable de homicidio culposo y esa noticia, ese momento, no los olvida; esas palabras se le quedaron grabadas en los recovecos de su memoria. Al activarla, al ponerla en marcha, me expresó:

Lo que sí me acuerdo mucho, yo creo que se me quedó grabado ¿no?, que en ese tiempo vino, no me acuerdo si era un fiscal o no sé qué, pero era uno mismo del gobierno. Yo creo que de los rangos altos. Lo único que me dijo, fue: “si no estuvieras aquí, si estuvieras al otro lado, todo hubiera sido totalmente diferente”. Recuerdo que él me dijo: “a lo mucho te van a dar unos diez años”; recuerdo muy bien sus palabras. Me dijo que él ya sabía por lo que yo venía y todo. Fue todo lo que me dijo. Y sí, recuerdo muy bien sus palabras porque dije: “ah, diez años”; dije: “¡ay no, diez años es mucho tiempo!”; pero pues no, ¡fueron cincuenta! [*Aunque lanzó una sonrisa ligera, su mirada reflejaba una especie de sufrimiento*]. Fueron cinco veces lo que él me dijo. Entonces sí, sí me quedaron muy grabadas sus palabras y creo que hasta el día de hoy las recuerdo.

Durante la narración, Blanca Estela, haciendo uso de lo que Anthony Giddens (2006) denomina ‘conciencia discursiva’, demostró una capacidad para ordenar y darle sentido a sus palabras. Recordó, también, que ese día –y antes de ser ingresada al CERESO– la llevaron ante “las cámaras de televisión”. Aunque tanto la ‘conciencia práctica’ como la ‘conciencia discursiva’ manifiestan mecanismos que estimulan el recuerdo, esta última, específicamente “connota las formas de recordación que el actor es capaz de expresar verbalmente” (Giddens, 2006: 84). Es decir, sólo a través de la conciencia discursiva (recuerdo, memoria y narración), Blanca estela es capaz de recapitular sus experiencias pasadas y orientarlas hacia el ejercicio reflexivo sobre su propia conducta.

¹⁷ En el capítulo 3 “Del “instinto materno” al “amor maternal”: mujer, maternidad y subjetividad femenina, abordo el tema.

La reflexividad refiere que al describir se define y constituye; es decir, “la reflexividad señala la íntima relación entre la comprensión y la expresión de dicha comprensión. El relato es el soporte y el vehículo de esa intimidad” (Guber, 2015: 43). Debido a este ejercicio reflexivo Blanca Estela y, en general los actores sociales, son capaces de comprender y darle sentido a la realidad social. Así, con una cara de angustia me dijo:

¡Ay, sí! Pues yo creo que sí fue muy, muy feo, muy doloroso. De hecho yo al principio no sabía, nada más dijeron: “que al rato y que no sé qué”, pues hablando entre ellos. Y se había quedado un hombre conmigo y me dijo: “sabes qué, van a ir a presentarte ante las cámaras”. Él me dijo: “tú nada más no digas nada”, y entonces ya cuando nos llevaban, pues yo ya sabía.

Cuando la sacaron del hotel para presentarla ante los medios de comunicación se la llevaron esposada de pies y manos, pero al exhibirla ante los reporteros: *“en ningún momento me esposaron, yo iba caminando normal, al principio; ya luego, al terminar, me esposaron”*, me dijo. Y continuó: *“nada más recuerdo que a él le preguntaban quién las había matado, que si había sido él o si había sido yo. Nada más recuerdo que dijo que había sido él y no dijo nada más, nada más”*. VIOLENCIA HOMICIDA

Jaime: ¿Quién o quiénes les hacían las preguntas?

Blanca Estela: Los mismos de los medios. No recuerdo cuánto [tiempo] exactamente, pero no fue mucho, un minuto nada más.

El hecho: las notas en el cuaderno

A Blanca Estela la denunció su mamá. *“Bueno, vengo a demandar a mi hija [porque] quiero ver a mis nietas; porque hace mucho que no las veo y están siendo golpeadas por la pareja de mi hija, y quiero verlas. Yo como abuela tengo derecho a ver a mis nietas y quiero verlas, porque no sé en dónde están”*, les dijo a las autoridades. Según los cálculos de Blanca Estela, su mamá puso la demanda en el mismo mes de diciembre: *“yo creo que, igual, como te digo, una semana antes, o unos quince días antes [de la detención]”*, me dijo.

Al conocer quien denunció a Blanca Estela, mi sentido común se dislocó por un instante, y me cuestioné sobre ¿qué tiene que pasar para que la relación entre una madre y su hija fuera tan distante?; ¿qué es lo que pasa al interior de una familia, como para que dos niñas dejen de ser vistas de la noche a la mañana por sus familiares más cercanos (abuela, tías y tíos)? Para algunos la respuesta es el resquebrajamiento de lo familiar; es decir, la idea de que la familia como núcleo de la estructura social está desapareciendo poco a poco. Las razones tienen que ver con: “tempo presto, prisa social, salarios, condominios, corrupción, mendacidad, ruptura de generaciones, incomunicación, explosión demográfica, desacralización [...]” (Oriol, 1975: 46). No obstante, Blanca Estela, sin saber sobre mis cuestionamientos internos y en silencio, respondió las interrogantes al contarme que cuando su mamá puso la demanda fue porque:

Pues yo duré mucho tiempo sin ver a mi mamá, años, porque él no me lo permitía, así que fue bastantito tiempo. Después de un tiempo así, en cuanto yo tenía la oportunidad –por ejemplo cuando él se iba a trabajar– me le escapaba y me iba para con mi mamá. Pero ahí, mi mamá me empezaba a preguntar por mis niñas, que: “dónde están”; entonces yo le decía: “ah, están al otro lado, con una hermana de él”, y las seguía negando. Entonces mi mamá se empezó a preocupar: “dónde están las niñas y dónde están las niñas” y ya, pues así quedó.

Los oficiales que los detuvieron no les preguntaron nada con respecto al paradero de sus dos pequeñas hijas. Los cuestionamientos sobre el paradero de las niñas vinieron sólo hasta que llegaron a las oficinas de homicidios dolosos, en el Centro Cívico, y después de exhibirlos ante los medios de comunicación:

Cuando llegamos allá, fue cuando ya nos preguntaron, que dónde estaban las niñas; y pues como no les dije nada, al principio, pues me empezaron a golpear. Me empezaron a golpear y pues subían y bajaban –porque pues a él lo tenían en otro lugar. Y ya, pues él les dijo lo que había pasado y yo también; y me pedían detalles, los cuales les decía, realmente, pues qué era lo que había pasado. Y yo les dije: *“pues no, no sé, no les puedo decir lo que yo no sé, no les puedo decir”*. Entonces, pues me golpeaban, pues, para que yo les dijera, pero dije: *“pues es que yo no te puedo decir lo que no sé”*.

Después de eso, Blanca Estela no recuerda más, sólo que al padrastro de sus niñas, lo sacaron de ahí y se enfocaron, por un momento, sólo en él, pues me contó angustiada que a él: *“lo sacaban de esas oficinas y le preguntaban mientras lo estaban golpeando”*. A ella sólo la dejaron *“sentada en una silla”*. Lamentablemente, y como me lo contó la abuela (mamá de Blanca Estela) –llorando dolorosamente y sentada a la mesa de una cafetería– cuando los detuvieron:

Ya las niñas estaban muertas, ya las había matado él a las dos; ella, ya pensaba irse para el otro lado. Han de haber dicho: “nos vamos para allá y ya, mi mamá va a estar pensando que allá están las niñas”. Entonces, para eso me dice: “amá, ya se está llegando navidad y yo creo va a ser la última vez que la vea, ya me voy a ir para allá, con las niñas, pa’ San Diego” [U] “ah, bueno, está bien”. Yo ya sabía, estaba todo listo, pues ya nada más querían agarrarlos a los dos juntos. O sea, porque siempre era él solo o ella sola, pero los querían a los dos. Y sí, resulta que primero mató a la más chiquita, y fue y la enterró en la colonia Hidalgo.

“No fue igual con las dos niñas”, reafirmó Blanca Estela; *“primero fue una y luego la otra”*, me continuó diciendo:

Yo sí estuve cuando pasó con la niña más chiquita: él le estaba dando de comer y la niña no quería comer. Entonces yo le decía: “déjala, pues si no quiere comer déjala, al rato que le dé hambre ella va a querer comer”. Yo nomás me acuerdo que la acostó y le tapó su boca, entonces yo quise ir a levantar a la niña y cuando quise ir a levantarla, pues a mí me dio uno [*se refiere a un golpe*] y hasta allá fui a dar. Entonces, ya para cuando pude reaccionar –porque me alcancé a pegar en la nariz– agarré a la niña y ya no estaba respirando. Yo le dije a él: “la niña ya no está respirando”, y él trató de darle respiración de boca a boca, pero la niña ya no reaccionó. Y de la otra niña yo no supe, porque yo no estaba en la casa, no fue el mismo día.

Al escuchar la narración de Blanca Estela sobre la forma en que sus dos pequeñas hijas murieron, me quedé perturbado, intentando no mostrar esta emoción. ¿Cómo es posible que una madre le pierda el rastro a su hija de no más de cinco años, si estaba en casa?, ¿acaso no le importó dar con su paradero?, ¿qué le impidió buscarla?, fueron las preguntas que me saltaron de pronto. Al preguntarle sobre el paradero de su otra hija, la mayor, me respondió lo siguiente:

Pues hasta que yo caí aquí [*se refiere al CERESO*] supe lo que realmente pasó con ella; me di cuenta que a una de ellas [*la mayor*] él la había aventado a un canal. La otra, la tenía enterrada en un lote, era la más chiquita y [*de ella*] yo sí sabía que estaba en ese lote. Sí, porque cuando me detuvieron –porque me agarraron y me llevaron a homicidios culposos, aquí en el Centro Cívico– me enseñaron la foto de mi niña. Ahí fue cuando yo dije: “ah, pues ya sé lo que pasó con ella”. Porque yo no sabía, porque él nunca me decía nada y yo no podía preguntarle “que esto y que lo otro”, porque me golpeaba. Él fue la última persona con la que yo estuve. Voy a cumplir seis años en el CERESO [*esto en el 2011, actualmente serán once*].

Para Blanca Estela, el motivo por el cual no indagó o no pudo indagar más sobre el paradero de su hija mayor fue el miedo; miedo hacia su pareja quien, después de un tiempo de buenos tratos hacia ellas, empezó a cambiar. Obligaba a las niñas a que comieran, las golpeaba; tampoco ella se salvaba, me contó angustiada y visiblemente afectada. “*Todo empezó a cambiar y, en una de esas, él las mató, a mis dos hijas*”, exclamó. Pero si ella no mató a sus hijas, ¿por qué es entonces considerada como culpable? ¿Por qué una mujer, madre, soltera, joven, vulnerable, con escasa formación escolar, sin un empleo fijo, con salarios precarios y habitante de colonias consideradas de alta peligrosidad, termina en prisión?

Esto no es tan raro si consideramos que hoy en día, en casi todo el mundo, se reproduce el modelo punitivo de los Estados Unidos. Quiere decir que se han modificado de manera significativa y siguiendo este modelo, las políticas estatales que diseñan la imagen de las sociedades actuales (sobre todo en Europa y Latinoamérica). Para Loïc Wacquant, desde hace más de tres lustros, el objeto de dichas políticas tiene que ver con “la delincuencia de los ‘jóvenes’, las ‘violencias urbanas’, los múltiples desórdenes cuyo crisol serían los ‘barrios sensibles’, y las faltas de urbanidad de los que sus habitantes son presuntamente las mayores víctimas y, a la vez, los primeros culpables” (2000: 21).

Sin embargo, Blanca Estela es contundente con sus propias interpretaciones: “*por eso es por lo que yo estoy aquí, porque como yo soy la mamá de las niñas, y me quedé callada cuando él las mató*”, asentó. ¿Por qué no decir o hacer algo para haberlo impedido? El miedo nuevamente aparece como la razón principal para no hacer mucho, aunque para varias mujeres madres libres y hombres, también, esta

justificación no sea válida¹⁸. Para muchas personas el miedo no es una razón suficiente para que una madre no proteja a sus hijos. ¿Pero acaso todos han experimentado el miedo?, ¿Y si la respuesta es afirmativa, saben identificar e interpretar su reacción ante él? ¿Saben, acaso, que hay distintos tipos de miedo? Aunque existen distintas formas en que el miedo se expresa, los seres humanos –a través de la cultura– nos enfrentamos con un temor en ‘segundo grado’; un miedo que puede definirse como:

“[...] un fotograma fijo de la mente que podemos describir (mejor que de ningún otro modo) como el sentimiento de ser *susceptible* al peligro: una sensación de inseguridad (el mundo está lleno de peligros que pueden caer sobre nosotros y materializarse en cualquier momento sin apenas mediar aviso) y de vulnerabilidad (si el peligro nos agrede, habrá pocas o nulas posibilidades de escapar a él o de hacerle frente con una defensa eficaz; la suposición de nuestra vulnerabilidad frente a los peligros no depende tanto del volumen o la naturaleza de las amenazas reales como de la ausencia de confianza en las defensas disponibles). Una persona que haya interiorizado semejante visión del mundo, en la que se incluyen la inseguridad y la vulnerabilidad, recurrirá de forma rutinaria (incluso en ausencia de amenaza auténtica) a respuestas propias de un encuentro cara a cara con el peligro; ‘el miedo derivativo’ adquiere así capacidad autopropulsora” (Bauman, 2007: 11-12).

Sin embargo, para ella, los golpes y las amenazas eran razón suficiente para paralizarse. A la par que me contaba esto, logré percibir que expresaba una fuerte angustia, lo cual hacía evidente que no le es fácil hablar del tema. En esos momentos me sentí incómodo y traté de disimularlo acomodándome en la silla, No sé si lo logré, porque ella reafirmó sus razones: *“él me golpeaba y me amenazaba con que también iba a matar a mi mamá y a mi familia, [por eso] me quedé callada”*. Es importante advertir que para ella, su pareja representaba un miedo real, no imaginario: la amenazó con matar a otros miembros de su familia si lo denunciaba. Le decía a cada rato: *“a mí se me va a hacer tan fácil, nada más voy y le echo un cerillo al tanque de gas del carro y ahí explotan, ahí se mueren todos”*.

¹⁸ Me refiero a distintas personas que a lo largo de coloquios, congresos, conferencias y/o charlas informales, han expresado que ellos hubieran actuado diferente. Para todos y todas ellos, una mujer que no hace nada por defender a sus hijos, no es una “buena madre”.

Ante eso y ante el temor de la muerte, entendida como lo “Irreparable...Irremediable... Irreversible... Irrevocable... Sin reversión o remedio posible... El punto sin retorno... El final... Lo definitivo... El *fin de todo*” (Bauman, 2007: 45), Blanca Estela se quedó inmóvil, se volvió incapaz de enfrentar semejante problema al punto de decir: “*ay, no, qué hago*”. El miedo a la muerte existe porque al presentarse, todo deja de ocurrir; porque todo lo que alguna vez fue, ya no será. La muerte nos descubre, entonces, vulnerables.

El miedo que se experimenta en situaciones como esta es un miedo innato y ‘derivativo’, el cual no se refiere a otra cosa más que a nuestra propia incertidumbre; es decir a nuestra propia “*ignorancia* con respecto a la amenaza y a lo que hay que *hacer* –a lo que puede y no puede hacerse– para detenerla en seco, o para combatirla, si pararla es algo que está ya más allá de nuestro alcance” (Bauman, 2007: 10). Para Blanca Estela, dicha amenaza proviene de su propia familia, de su propia pareja, lo cual la convierte más compleja y difusa. Por lo tanto, quizá la única culpa que tuvo en todo esto haya sido no darse cuenta del peligro que corría al interior de su propio hogar. BOURDIEU – LA DOMINACIÓN MASCULINA

Así, al insistir en por qué es ella la que aparece como culpable de la muerte de sus hijas, la propia interpretación de Blanca Estela es contundente:

Él está diciendo que yo no tengo nada que ver, que yo no les hice nada; pero como me quedé callada, por eso estoy aquí [en prisión]. O sea, la autoridad me está dejando mi delito como “homicidio”, no como omisión de cuidados, ni como complicidad. A ellos no les importó lo que yo pasé, todo lo que él me hacía; o sea, ellos me lo están tomando como si yo también lo hubiera hecho. Me lo están dejando como “homicidio agravado en relación de parentesco” (*filicidio*) con todas las agravantes y me dieron cincuenta años. A él también le dieron los mismos años que a mí.

¿Pero cómo se supo de la muerte de sus hijas? ¿Qué hizo pensar a la abuela, a doña Estela, que sus nietas estaban en peligro y que, quizá, hasta muertas podrían estar? ¿Por qué es la propia madre de las niñas la que aparece como sospechosa de la desaparición de sus dos pequeñas hijas? La mamá de Blanca Estela me aclaró que al no saber nada de sus nietas durante dos años o más, se le hizo raro y comenzó a investigar por su propia cuenta. De esta forma, al no detenerse en dicha empresa, “*escarbó y escarbó*” hasta que su hija Karla, ocho años menor que Blanca Estela, se

fue a vivir con ella debido a que se quería ir de su casa. Karla era la mejor amiga de Blanca Estela debido a que convivían mucho. Así que entonces le dijo:

“Karla, no te vayas, espérate, pero no. Cerca de mi casa le renté un cuartito, así que se iba para mi casa y, en una de esas, la dejé sola y encontró un cuaderno. Había veces que yo escribía en ese cuaderno, y le decía a él que ¿por qué?, pues; que ¿por qué había hecho todo lo que había hecho?, y que yo me sentía muy culpable.

En ese cuaderno Blanca Estela le decía a su pareja que lo quería mucho para que él no pensara que ella se quería ir y que por eso se estaba alejando. Entonces, ella le decía: *“no, pues te quiero mucho”*; pero también le decía ahí que se sentía culpable por todo lo que había pasado. Le decía que ella sabía que él lo había hecho pero que, sin embargo, se sentía culpable por no haber podido evitar todo esto debido al miedo. *“¿Por qué pudo más el miedo en ese momento?, a lo mejor por todo lo que estaba pasando, pudo más que el valor de decir: ‘¿sabes qué?, pues me voy, agarro a mis niñas y me voy’. No sé, pudo más el miedo que una reacción mía”*, me volvió a decir.

Entonces, su hermana vio el cuaderno y se lo llevó a su mamá. Y así fue como levantaron la denuncia. Porque *“en sí, ahí no decía que las niñas estaban muertas, no decía nada; pero, o sea, yo lo daba a entender con lo que yo había escrito en ese cuaderno”*, concluyó.

Trayectoria de vida

*Soy borde, frontera, límite, espacio por ser, siempre siendo...
exiliada, insiliada... buscando la narrativa para decir...*

Rossana Reguillo

Blanca Estela es una mujer de treinta y siete años, nacida en Mexicali, B.C. y recluida en prisión acusada de ‘homicidio agravado por relación de parentesco’, debido al asesinato de sus dos hijas. Actualmente está soltera pero ha experimentado la “crisis” de un divorcio [su tono de voz durante el relato denotó que así fue]. Su máximo grado escolar –antes de ser detenida– fue tercero de secundaria; sin embargo, ahora en reclusión la ha concluido. Recientemente obtuvo, también, el certificado de

preparatoria luego de cinco años de cursarla; las materias que más le gustaron fueron: inglés, textos filosóficos y textos científicos. Fue la tercera y más cariñosa de siete hermanos, quienes la han abandonado en su reclusión. Desde niña fue muy trabajadora e inteligente pero un poco “mentirosa” (según su mamá). Aún tiene un hijo de veinte años, al que no había visto desde que él tenía diez. Dentro de prisión, cambió la religión católica por el cristianismo. Está condenada, entre otras cosas, a cincuenta años de cárcel (de los cuales ya ha cumplido con diez) y a la muy probable imposibilidad de volver a ser madre en y desde el encierro¹⁹.

¿Por qué es necesario describir y, en consecuencia, interpretar la reflexividad propia de los actores en la reconstrucción de sus trayectorias de vida? ¿Qué es la trayectoria de vida? Como lo he mencionado en otra parte, al referirme a ‘trayectorias de vida’, quiero destacar “la ‘reconstrucción’ narrada del recorrido, a través del tiempo, de la historia personal de cada uno de los propios actores” (Olivera, 2012: 40). Así, deviene necesario que sean estos los que narren el fluir de sus trayectorias de vida, como una forma de representación de la ‘propia vida’. Esta necesidad, desde luego, tiene que ver con el propósito de mostrar un panorama contextualizado de la vida sociocultural tal y como es vivida y experimentada por los propios actores, para dar cuenta de su cultura particular y de sus maneras de posicionarse ante el mundo.

En este apartado, las circunstancias, acciones y decisiones en las que se vio envuelta Blanca Estela, son contadas a detalle por ella misma. Al provocar la producción de relatos sobre su infancia, adolescencia, juventud y edad adulta, lo que intenté fue propiciar la reflexividad sobre su “*difícil*” historia de vida. El propósito fue conformar una visión de conjunto sobre su cotidianidad y ubicar, en consecuencia, los relatos o “narrativas de violencia”, material biográfico que sirve para comprender e interpretar el o los sentidos de su acción. “De este modo los sujetos producen la racionalidad de sus acciones y transforman la vida social en una realidad coherente y comprensible” (Guber, 2015: 43).

Así, el objetivo de este capítulo es explorar y analizar los correlatos de violencia que aparecen en la historia de vida de Blanca Estela. La intención, al reconstruir momentos de su trayectoria de vida, es mostrar las paradojas en las que se vio

¹⁹ Según Mayra Villanueva, psicóloga de la UNAM “el abandono tiene que ver con el rol que juegan en sus familias. Es decir, una madre que es encarcelada ya no podrá asumir su función de protectora del hogar, por tanto es vista por su esposo, por los hijos como una baja, como una pérdida que además necesita una sustituta” (Muñiz, 2015).

envuelta en su cotidianidad y que pudieron –quizá– posibilitar la situación en la que se encuentra: sentenciada a cincuenta años de cárcel, sinónimo de exclusión social, de encierro, de olvido. De ahí que este capítulo intenta ubicar, describir e interpretar las ‘narrativas de violencia’, las cuales brindan los elementos necesarios para responder a la pregunta: ¿cómo pensar una maternidad no violenta en una historia de vida atravesada por múltiples violencias?

Los primeros años ¡Cuando realmente era feliz!

“Yo creo que la época de mi niñez que más recuerdo, es cuando mis papás vivían juntos”, advirtió Blanca Estela con un ligero tono de tristeza, la primera vez que nos conocimos. Esa fue la primera frase que mencionó al inicio de su relato sobre su historia de vida, el 14 de abril de 2011. Podría definir ese día como la ‘antesala’ de un encuentro ‘caprichoso’ que tuvo como motivo una entrevista dirigida a alguien más²⁰. Recuerdo que una vez instalados en un amplio salón de la ‘zona técnica’ del CERESO, los dos frente a frente (apenas separados por una pequeña mesa de plástico, y acompañados de dos internas más y una oficial de seguridad), nos dispusimos a conversar. Ella –vista por mí hasta ese momento– como una informante clave para mi investigación; yo como un aprendiz de investigador que necesitaba de su ayuda. Ahora, cinco años después, tenemos una relación mucho más cercana; podría decir que, quizá, una amistad. Soy para ella algo así como una llave de un baúl de recuerdos, un desahogo de su rutina carcelaria (por eso he tratado de que nuestros encuentros no se conviertan en eso, en parte de la rutina), un encuentro con el otro²¹.

Al pedirle que iniciara la narración de su trayectoria de vida, los primeros recuerdos que le vinieron a la mente fueron *“los bailables del Kinder”*, en los que le gustaba mucho participar. Recordó que *“tenía como cinco años”* cuando la maestra preguntaba quién quería salir en ellos, a lo que ella siempre respondía levantando la mano: *“yo, yo, yo”*. En ese tiempo, vivían todos juntos: sus padres, sus hermanos y ella. *“Siempre le digo a mi mamá que fueron momentos en los que yo realmente era*

²⁰ Como lo he mencionado anteriormente, la entrevista estaba diseñada para hombres o mujeres en reclusión relacionados al crimen organizado, lo cual, no era el caso de Blanca Estela.

²¹ En el mes de junio, tanto ella como yo cumplimos años, los mismos años. Como cada aniversario, desde que la conozco, me marca por teléfono para felicitarme por si acaso yo no lograba entrar ese día al CERESO, o como ahora, que ha terminado el trabajo de campo y llevo seis meses sin verla. El hecho de haber nacido casi el mismo día, incrementó mi empatía hacia ella.

feliz”, relató mientras yo sospechaba que se había percatado –en ese momento– de lo rápido que pasa y ha pasado el tiempo. Y en efecto, después de un instante, comprobamos dicha rapidez al poner atención en las largas horas que llevábamos conversando, y de lo cual no nos habíamos dado cuenta.

La infancia puede definirse como el primer período de la vida de una persona en el que se adquieren una serie de conocimientos, valores, y normas, necesarias para la vida en sociedad. Tales reglas pueden ser entendidas como “técnicas o procedimientos generalizables que se aplican a la escenificación/reproducción de prácticas sociales” (Giddens, 2006: 57). De esta forma, estos conjuntos de reglas y normas, son las encargadas de guiar la acción de los actores sociales al establecerse más adelante su identidad; por ejemplo, en la adolescencia.²² Así, durante estas primeras etapas de la vida humana (infancia y adolescencia), las instituciones sociales y el grupo social se encargan de determinar la constitución de los valores o reglas que han de seguir dichos actores, dependiendo, además, de las características específicas de cada cultura. Como Blanca Estela lo mencionó más arriba, la etapa de su infancia fue la más feliz para ella, pues durante ésta su familia convivía mucho:

Cuando estaba chiquita, cuando le digo que vivía mi papá con nosotros, pues nos hacían fiesta, pastel, piñata. Nos hacían todo. Fue muy bonito cuando mi papá y mi mamá vivían juntos, dentro de lo que cabe; porque mi papá nos maltrataba y nos pegaba mucho. Pero haciendo a un lado ese momento, sí fue muy bonito.

Llama la atención el hecho de que Blanca Estela disimula el ambiente de violencia explícita –representada por los golpes y maltratos de su padre– frente al valor que le asigna a la unión familiar. Ella percibía a su ambiente más cercano (o se esforzaba por hacerlo), “*como una familia muy unida*”²³ en la que –como ella misma relata– no les faltaba nada, pues: “*teníamos qué comer, teníamos ropa; a la escuela íbamos con*

²² Dentro de las ciencias sociales hay diferentes teorías que le dan una posición particular a los individuos miembros de una sociedad. Estas tienden a reconocerlos tanto como “sujetos”, “agentes” y/o “actores sociales”. Siguiendo a Gilberto Giménez, retomo la teoría del “actor social”, dentro de la cual, se entiende por este tanto a “un individuo, una red de sociabilidad, un grupo, un colectivo (en el sentido de Merton) o una sociedad [y como el mismo Giménez dice] todos estos tipos se imbrican: un individuo puede actuar en función de su especificidad idiosincrática, pero también como representante de diversos grupos o de su sociedad [...] Por lo tanto, el actor social se define ciertamente por su posición en la estructura social (o “espacio social”, como diría Bourdieu); participa de las normas, reglas y funciones de los procesos sociales; toma parte en los dramas de la historia, así como también en la producción y dirección de la sociedad” (2006: 146).

²³ Más adelante, en el capítulo 2, profundizo en este tema: la sobrevaloración de lo familiar por sobre lo personal.

buen dinero; ¡vivíamos bien!”. Así, fue pasando el tiempo hasta que sus padres se separaron, cuando ella tenía ocho años. Esta noticia fue todo un acontecimiento en su vida ya que como ella misma afirma, se quedaba absorta preguntándose, así sin más: *“¿pues qué pasa?”*.

Me pregunto, entonces, ¿qué fue lo que pasó para que esto cambiara?, ¿qué circunstancias propiciaron un resquebrajamiento en la unidad familiar, que culminó con una especie de exclusión de uno de sus miembros? Una pista la ofreció, nuevamente, la memoria de Blanca Estela, pues como recuerda: *“fue pasando el tiempo y pues fui creciendo”*. El crecer representaba enfrentarse a la realidad que estaba por experimentar. De lo primero que recordó fue que a la temprana edad de seis años sus padres la inscribieron a clases de danza con una condición; le dijeron: *“ok, te vamos a apuntar a danza, pero tú te vas a comprometer a traernos buenas calificaciones”*; a lo que ella, según cuenta, no tuvo objeción demostrándoselos con *“puros dieces y reconocimientos”*.

Pero de repente –rememoró aún atónita– la sacaron. Blanca Estela recordó la voz de su padre con un tono autoritario diciéndole: *“ya no vas a ir”*. Después que pasó el tiempo –*“ya de grande”*– supo por qué la sacaron de las clases de danza: porque su mamá se desbalagaba. *“Entonces mi papá me sacó pa’ que mi mamá se estuviera en casa, para que no se le desbalagara”*, me contó entre risas. Lo interesante es que las reglas, como la de ser buena estudiante para poder realizar otras actividades como la danza, y a las que Blanca Estela se comprometió a cumplir, no fueron respetadas por sus padres. Por el contrario, y como lo expresa ella misma, no sólo no fueron respetadas sino que, además, las rompieron de forma violenta.

Desde entonces, su interés por los estudios disminuyó, *“ya no volvió a ser igual”*, me contó. El tono apenas distinguible de su voz, permitió darme cuenta del alto grado de decepción que tuvo en ese momento. Este hecho me parece un parte aguas en la historia de Blanca Estela, ya que pudo ser un motivo para frustrar las pocas o muchas expectativas que tenía sobre la escuela y la educación formal. Así, dentro y desde estos relatos, esta mujer reflexiona al tiempo que recuerda su hogar, a su familia, su infancia (la cual, por cierto, fue muy breve); o simplemente su vida en libertad, en las calles.

Mientras Blanca Estela continúa con la narración de su historia de vida toca, sin pensarlo, uno de los temas cardinales de esta investigación: el de la violencia. ¿Qué es la violencia? ¿Cómo, cuándo y dónde surge? ¿Por qué? ¿Ha existido

siempre? ¿Es algo normal, parte de la vida? ¿Es natural al ser humano? ¿Es inevitable? La violencia no es inevitable; se le puede evadir. Para demostrar que la violencia no es un instinto ni parte de éste, hay que distinguir los términos “agresión” y “violencia”. La agresión, por supuesto, puede conducir a una lesión pero actuando siempre defensiva y adaptativamente (Fromm: 2009). En el caso del ser humano, la agresión es utilizada cuando se ve en peligro la constitución vital del sujeto. La violencia, por el contrario, no necesariamente implica la fuerza y mucho menos se vale de la amenaza, a veces, sólo se ejecuta sin más.

La violencia es un fenómeno exclusivo del ser humano, que aunque está lejos de ser un comportamiento arraigado en todas las personas, es tanto una acción como un fenómeno social aprendidos culturalmente. De ahí la importancia de interpretar las “narrativas de violencia” que aparecen como correlatos de la trayectoria de vida de Blanca Estela. Dichas narrativas dan muestra, no solamente de los actos que describen la muerte de sus dos hijas, sino, también, del maltrato y las violencias a la que fue sometida a lo largo de toda su vida en libertad y, aun, en reclusión. Situaciones a las que estuvo y ha estado expuesta; donde la violencia ha sido expresada de muchas formas (física, sexual, psicológica, económica, simbólica) y de la que fue objeto y/o víctima por parte, tanto de su familia como de sus parejas sentimentales.

Con respecto a esto, me contó apenada: *“mi papá nos pegaba mucho -éramos seis hermanos y la más chiquita, ¿no?, porque pues estaba bebé- siempre nos estaba pegando, maltratando; siempre nos pegaba por todo. [También] golpeaba a mi mamá y [eso era] ¡bien triste!, ¡bien triste!* (Violencia Física). Recuerdo que este momento de la entrevista, fue tremendamente incómodo. Dicha incomodidad representa mi propia imposibilidad para actuar y brindar consuelo; no es más que el reflejo de mi lejanía con las experiencias vividas por ella.

Recuerdo un comentario que me dijo una vez Blanca Estela: *“sabes, la persona que nos ha dicho las palabras más sinceras, estando aquí dentro, ha sido el director; él ha sido el más honesto con respecto a nuestra situación: el estar encerradas”*. Lo que el director del CERESO les dijo fue que: *“ni se imaginaba por lo que ellas estaban pasando”*; es decir, que por más que uno comprenda la situación a la que mujeres como Blanca Estela están sometidas; por más que uno entienda que han sido juzgadas como delincuentes y que el encierro es su castigo; por más que uno se humanice y sea capaz de sentir empatía con ellas, lo cierto es que es muy difícil concebir lo que están pasando estas mujeres. Sin embargo, esto es un ensayo

hermenéutico que trata, a través precisamente de la reflexividad y de la comprensión, de interpretar intersubjetivamente su historia de vida.

La violencia y el poder que esta conlleva, son el signo distintivo de la experiencia vital de Blanca Estela. La aparición de un tipo particular de violencia (de tipo económico), recayó también sobre ella, siendo su propia familia responsable de tal situación. No hay que olvidar que en ese tiempo Blanca Estela era una niña. Por lo tanto, la separación de sus padres modificó de manera sustancial la dinámica y trayectoria propias de su mundo de vida. Tenía ocho años cuando ellos se separaron. Sin embargo, su corta edad no le impidió darse cuenta de los verdaderos problemas que propiciaron el rompimiento de la relación de sus padres, pues me contó que:

Uno está chiquillo pero siempre escucha algunos comentarios. Entonces, una amiguita que iba conmigo en la escuela me preguntó: “oye, ¿ya sabes por qué tu mamá y tu papá se separaron?”, yo le dije: “no sé”; y me dijo: “pues porque tu papá abusó de tu hermana, la más grande”. Yo me quedé así, como [*sorprendida*], pero pues como ya había escuchado comentarios de eso, dije: “no, pues entonces sí es cierto lo que yo escuché”. [Una vez] mi hermana la más grande me dijo: “oye Blanca, ¿tú sabes lo que pasó?, ¿tú sabes por qué mis papás se separaron?”; y yo le dije: “sí”. Me acuerdo que yo estaba como de unos nueve años y le dije: “sí”; y luego me dijo: “¿por qué?”, “por ti”, le dije yo. Nada más me acuerdo que mi hermana agachó la cabeza y nos soltamos llorando abrazadas las dos.

La violencia a la que Blanca Estela era sometida de niña, no sólo era violencia física y económica, sino que, además, fue víctima de violencia sexual al igual que su hermana. La señora Estela Mendoza, su propia madre, me contó cómo es que se dio este hecho mientras se lamentaba el no haber podido darse cuenta a tiempo. Porque *“pues yo no sabía, yo nada más miraba que él la maltrataba mucho a mi hija”*, me dijo entre llanto. Lo que me expresó a continuación, demuestra cómo se ha normalizado este tipo de violencia pero ejecutada no por los padres biológicos, sino por la o las parejas sentimentales de las madres. En este sentido, el hecho de que un padre biológico pueda violar a su hija aún permanece como algo ‘casi’ imposible de ocurrir. Sin embargo, ocurre. Así lo confirma doña Estela:

Y teníamos problemas porque le decía yo: "oye, si no eres su padrastro, eres su papá, ¿por qué la tratas así? Pero por lo mismo que yo estaba siempre ocupada con tantos niños, lavando y haciendo quehacer y todo, no entendía por qué mi hija le huía a él, pues. O sea, no llegaba eso a mi mente, y ahora que llega a mi recuerdo todo eso, decía yo: "qué tonta, por qué no maliciaba que algo andaba mal, por qué no investigaba a mi hija o algo". No, yo no hice nada, no hacía nada, pues; yo 'nomás' miraba y decía: "por qué mi hija le tiene miedo o por qué él va y se sienta en el comedor al lado de mi hija"; y mi hija se paraba y se cambiaba de lugar. Pero yo no miraba por qué; decía: "bueno, yo creo porque le tiene miedo, o le tiene coraje porque la maltrata mucho". La maltrataba, la asustaba para que ella no hablara. O sea que, hasta ahora saco conclusiones y digo: "ah, eso fue".

También eso fue el motivo –como bien lo sabía la pequeña amiga de Blanca Estela– de la separación de sus padres y, por lo tanto, de la debacle económica familiar. Esto se hizo evidente cuando Doña Estela me continuó contando que cuando su esposo violó a su hija, ella tenía siete años. Así, cuando quiso volverla a violar (de más grande) fue cuando ella habló:

No me habló directamente, se salió de la casa y me dejó una carta: que se salía y por qué se salía. Y a él le dejó otra. Lo malo fue que él la leyó primero y por eso también él se fue de la casa, o sea, se fue de la casa. En ese tiempo estábamos muy bien económicamente, porque él tenía muy buen trabajo; teníamos tres carros, teníamos nuestro dinero en el banco; todo estaba muy bien. Entonces cuando él se va, saca todo el dinero del banco y repartió carros, me dejó uno nada más; repartió un carro y el otro me dijo que se lo diera a un sobrino que le ayudaba a trabajar a él, un sobrino mío. Entonces me dejó un carro nada más; entonces ya, al verme yo sola con tantos hijos dije: "qué voy a hacer", pues fue un dolor bien tremendo. Decía yo: "por qué, si era su hija y...por qué y por qué", decía yo; yo me preguntaba: "bueno, a lo mejor a mis demás hijas también". Póngale que no me las haya violado pero si manoseado y eso está todavía en duda. Le doy vueltas a mi cabeza, de hasta dónde llegó esa persona a hacernos daño; que todavía, a la mejor, yo digo: "bueno, a la mejor a mis hijas las más chiquitas también las manoseaba", y de ahí tantas cosas que mis hijas hayan vivido; tan chiquitas y yo sin darme cuenta.

A diferencia de las ideas y representaciones sociales sobre la violación de mujeres, las cuales presentan a la calle y el andar de noche 'por ahí' como un peligro constante

y el factor primordial en la ocurrencia de estos agravios, lo cierto es que las mujeres sufren o corren más peligro de sufrir una violación de su cuerpo (y todos los problemas que esto conlleva) en casa, por parte de algún miembro masculino de su propia familia. Blanca Estela no sufrió lo mismo que su hermana. No obstante, no podemos saber si las dudas de Doña Estela puedan o no ser ciertas. Lo que sí es cierto es que si bien Blanca Estela no sufrió abuso sexual por parte de su papá, sí lo padeció por parte de un “tío político”; es decir, por parte de un cuñado de su mamá, pues recuerda que:

También, cuando estaba yo chiquita –tenía como siete años más o menos– un tío abusaba de mí pero pues yo nunca le dije nada a mi papá, porque mi tío me amenazaba y me daba mucho miedo [*cuando me contó semejante abuso, su voz era tan frágil y baja, que apenas la lograba escuchar; me daba la impresión de resquebrajarse al tiempo que pronunciaba la palabra “miedo”*]. Cuando estuve más grande me di cuenta que ese mismo tío había abusado de una de mis primas. Toda mi familia sabía y no le hicieron nada, se quedaron callados todos. El único que no sabía era mi abuelo, porque si se daba cuenta lo iba a matar. (Violencia Sexual)

La separación de los padres de Blanca Estela fue debida a la violencia o violencias vividas y sufridas por parte de toda la familia. Y digo violencias en plural porque como apunta Silvia Ons, es necesario para “impedir que fenómenos tan dispersos como los que recoge el diario terminen igualados por el común denominador de “la violencia”. Esa “s”, ese excedente, [...] basta para hacernos intuir que tenemos algo diferente entre las manos” (2009: 11-12). Además de la violencia sexual de la que fue víctima, otro de los tipos de violencia al que fue particularmente expuesta Blanca Estela, así como el resto de su familia es la violencia de tipo económico. Dicha violencia se expresa, por ejemplo, en el cambio radical que experimentó la familia, pues como sostiene Blanca Estela, cuando sus padres se separan:

Entonces ya no teníamos qué comer, nos cortaban la luz, no teníamos para tomar agua, estábamos tomando agua de la llave. No teníamos, a veces, jabón para bañarnos; nos bañábamos con jabón de polvo, y así [*el recordar tan precaria situación le provocó un temblor en la voz*]. De repente ya, no sabía qué pasaba, nada más sabía lo que mi mamá me dijo: “tu papá ya se fue de la casa, nos vamos a ir para con tu abuela”.

Toda la familia se fue para la casa de la abuela. Este hecho es otro que marcó la experiencia de vida de Blanca Estela ya que, luego de un tiempo, su mamá buscó trabajo y lo encontró en una fábrica. *“El dinero no alcanzaba, pues, porque éramos seis de familia”*, reafirmó; entonces lo que hizo su hermana –la más grande– fue alterar su acta de nacimiento para poder conseguir empleo. Además, su hermano, también mayor que ella –porque no hay que olvidar que ella fue la tercera hija– se metió a trabajar a la “Ley”, de paquetero. Por lo tanto, al ser la más grande de entre las más chicas, me dijo que: *“pues me tenía que hacer ‘como’ responsable de mis hermanitos”*.

Entonces, siguió pasando el tiempo y a su mamá no le alcanzaba el dinero, así que se metió a trabajar a un bar. Debido a su trabajo había veces que su mamá no llegaba a dormir y Blanca Estela tenía que darles de comer y atender –como ella pudiera– a sus hermanos. Me contó, por ejemplo: *“había veces que mi mamá duraba unos dos o tres días sin ir a la casa, y yo –pues como estaba chica– decía: ‘pues qué hago’”*. En ese entonces la pequeña pero adulta Blanca Estela tenía trece años.

Hacerse adulto o el fin de la infancia

Entonces cuando mi mamá se metió a trabajar al bar ese, había veces que no llegaba a dormir y yo tenía que darles de comer a mis hermanos, a como yo podía. En ese entonces yo tenía trece años, y como yo podía, les daba de comer a mis hermanos y, a veces, me acuerdo que teníamos nopales plantados afuera de la casa, y apenas estaban los nopales así, chiquitos, iba y los cortaba [*aprieta los dientes mientras pronuncia esta última palabra*] y les hacía de comer a mis hermanos. Había veces que yo, a los vecinos, les decía: “ay, présteme unos huevos”, o así, para hacerles de comer.

Había veces que mis tíos, los del otro lado, nos mandaban ropa para mis hermanitos los más chiquitos. Yo me agarraba la ropa esa, y me iba y la vendía para darles de comer a mis hermanos [*justo en esta frase, su tono de voz cambia, se vuelve serio, conmovedor*]. Yo decía: “no le hace que yo no coma”; les decía: “pero coman ustedes”. [A veces] les compraba paquetes de sopa y les hacía sopa; les echaba papás, verduras y de todo, pues para que ellos comieran, era lo principal. Había veces que mi mamá duraba unos dos o tres días sin ir a la casa,

En eso, que llegan unos tíos de la muchacha, de mi amiga, y dijeron: “no, pues ya nos vamos *pa’* Mexicali”. Y en eso pues que me dice mi amiga: “pues aprovecha, *pa’* que te vayas con ellos”; y yo: “pues es que todavía no me quiero ir”. “Ah, bueno,

como tú quieras”, me dijo ella; pero luego pensé: “no, mejor sí me voy a ir, porque si no, mi mamá”, pues ella pensaba que estaba con mis abuelos. Y sí, llegaron [los tíos] y resulta que cuando yo me fui, mi mamá llegó, ahí, con mi amiga [risas]. ¡Fue a buscarme con mi amiga! Pero pues ella le dijo: “no, pues ya se fue, para allá, para Mexicali”.

Luego, toda esa familia llegó al “Ejido Cuernavaca”, llegaron a su casa y de ahí me llevaron. Yo les decía: “acompañenme hasta mi casa, para que mi mamá no me pegue” –porque me pegaba, pues; tenía catorce años yo– y les decía: “acompañenme hasta mi casa”; y sí, me acompañaron hasta mi casa. Hasta eso no me pegó mi mamá, nada más me puso una buena regañada y me dijo: “no lo vuelvas a hacer, cuando te quieras ir mejor dime, dime dónde estás para saber dónde buscarte”. Me le fui dos veces pero, o sea, no hacía nada malo, nada más estábamos ahí, en la casa, y me iba a trabajar con ellos en la mañana, y pues ahí nomás. Convivíamos, pero no hacíamos nada.

Al principio, cuando conocí al papá de mi hijo, se portaba muy bien conmigo. Yo tenía catorce años. Éramos de la misma colonia [se emociona] y ya nos habíamos visto, ya habíamos convivido. Al principio no tanto, pero [conforme] fui creciendo –él me gana por tres años– fue como nos fuimos tratando y todo. Se portaba muy bien conmigo y yo también con él. Se puede decir que nos juntamos, era una manera de salir de todo lo que había vivido en mi casa. Fue como una manera de decir: “me libero de todo eso”. ¡Si lo quería! pero, también, aparte de eso, era como una manera de decir: “ya, ya estoy cansada”. Porque desde muy chiquita yo me tuve que hacer responsable de mis hermanos y de ayudarle a mi mamá en la casa.

Y así llegó el día en que Blanca tenía...catorce años y...mi hija la mayor ya se había ido para el otro lado; ya estaba ella casada allá y me dijo: “debería dejar que se venga Blanca, aquí que me ayude con mi niño, así yo trabajo y ella me ayuda para ya así, ayudarle a usted. Duró allá un año, entonces pues sí.

Blanca Estela tiene los mismos años que yo. En ese entonces (en la primera entrevista) teníamos treinta y dos; ahora ya han pasado otros cuatro años. Aunque no es una mujer que muestre signos claros de envejecimiento, las impresiones en su rostro –que se asoman discretas por el hecho de no contener una sola partícula de maquillaje– son una prueba manifiesta de que, ahí dentro, el tiempo transcurre desigual. El tiempo en reclusión se mueve, entonces, a velocidades más rápidas, tal como lo señala y advierte José Manuel Valenzuela Arce, con su noción de “tiempo social”. Para él, el proceso acelerado de envejecimiento:

[...] puede originarse en una enfermedad, un accidente, una pena, una tragedia, un descalabro, o mediante el exceso de tensión o miedo. Pero también ocurre por condiciones de vida desiguales, las cuales muchas veces implican carencias estructurales [...] condición que establece esperanzas, estilos y calidades de vida diferentes, así como distintas formas de envejecimiento. La intensidad del tiempo [...] se inscribe en el rostro y en el cuerpo, y participa en la definición de proyectos y expectativas personales y sociales (2009: 23-24).

Dicha categoría trata de eliminar la visión generalizada de un “tiempo social” que transcurre homogéneo; permitiendo, a su vez, vislumbrar condiciones de vida desiguales. Esta condición de desigualdad social, representada –entre otras cosas– por el confinamiento en prisión, marca de forma significativa la vida cotidiana de Blanca Estela. No obstante –como se irá vislumbrando a lo largo de su historia– estos rasgos y dispositivos que favorecieron una forma desigual en sus condiciones reales de existencia, han estado presentes desde su infancia.

Después que pasó el tiempo, ya de grande, supe por qué [me sacaron de danza]. Ya de grande me di cuenta de eso. ¡Huy, no!, antes de entrar aquí yo era una persona bien insegura, sentía que no había nada; no podía –si me preguntaban algo– no sabía contestar. No me valoraba, no me quería yo misma, era totalmente otra persona.

Narrativas de Violencia

La violencia permea todos esos niveles, desde el macrosistema hasta la subjetividad individual, pasando por las instituciones de diversa índole y la estructura familiar.

Mi niño estaba acostado en la cama y me acuerdo que mi reacción fue agarrar un cojín y yo le hacía esto [*imita dar un golpe con el cojín*]. Él queriéndome picar y yo le aventaba, le pegaba con el cojín, y yo le gritaba a su hermano, pero su hermano no escuchaba porque tenía la música, siempre le gustaba escuchar la música demasiado fuerte. Entonces, me acuerdo que le gritaba y le gritaba y nada; y en eso se acabó la canción –sentí que grite recio, recio– y en eso llegó, tumbó la puerta y dijo: “¿qué pasa? Le dije lo que su hermano decía y lo que estaba pasando, y me dijo: “vete para

la casa", y pues agarré al niño y me fui para su cuarto, que está en el mismo lote. En eso salió su hermana y todos, y me dijo su hermana: "pues vete a dormir a mi casa", y sí, me fui a dormir para su casa. En cuanto amaneció: "vámonos", dije [*lo pronuncia muy lento*] [*risas*], y me fui para con mi abuela, para el "57".

Yo siempre le preguntaba a él: –porque le digo que todavía duramos tiempo conviviendo– "pero, por qué lo hiciste, dime; yo quiero tener un motivo, una razón; ¿qué te hicieron mis hijas para que tú hicieras eso?". No me decía nada. Cuando yo le preguntaba, a veces me golpeaba [*su voz se quiebra*], y hay veces que yo digo: "pues quiero saber por qué, quiero tratar de comprender por qué, de entender qué fue lo que le pasó", porque se portaba muy bien. Mis hijas se llevaban once meses cada una, porque cuando mi hijo tenía tres años, tuve a una de mis hijas y ellas dos se llevaban once meses de diferencia.

Una vez me acuerdo que me fui y dio conmigo, porque pues no había muchas partes a donde me pudiera ir, pues, y dio conmigo. Entonces me acuerdo que fue por mí y me llevó a la casa; y recuerdo que me apretó bien fuerte de aquí [*señala su brazo*].

Y así, seguí con él hasta que llegó un momento en que nos empezó a golpear, nos empezó a golpear a los tres. Entonces, lo que hice con mi niño el más grandecito, fui y se lo llevé a su papá, le dije: "¿sabes qué?, quiero que te quedes un tiempcito con el niño porque pues ahorita no puedo, se me hace muy duro, muy difícil y ahorita no puedo", y lo dejé con su papá. Y las niñas no, porque pues como su papá andaba mal, no podía dejarle a las niñas.

Entonces el muchacho este, empezó a cambiar y obligaba a mis niñas a que comieran; las golpeaba, me golpeaba a mí [*baja el tono de voz, como si me lo estuviera diciendo en secreto*]. Y todo empezó a cambiar y en una de esas, él mató a mis dos hijas. Por eso es por lo que yo estoy aquí, porque como yo soy la mamá de las niñas, y me quedé callada [cuando] él las mató. Él me golpeaba y me amenazaba con que también iba a matar a mi mamá y a mi familia, [por eso] yo me quedé callada. Entonces es por eso por lo que yo estoy aquí.

Buscó otro lugar a dónde irse, se llevó a las niñas para allá; al niño también se lo llevó y entonces empezaron los golpes. Empezaron a aparecer las niñas con golpes, con moretes y entonces: "Blanca, por qué esto", y "Blanca, por qué aquello". Y me decía: "amá, es que se echó la televisión", para todo encontraba solución, mentiras; pero las niñas no se miraban normales, pues. Todo el tiempo se miraban tristes, todo el tiempo...ya no se reían, su semblante no era normal de unas niña sanas. Entonces ya de ahí, como miraron que nosotros estábamos al pendiente de las niñas, haciendo preguntas, se desaparecen y yo preguntando dónde están y salía en el carro a ver si las miraba, iba al centro a ver si las miraba. Es cuando le digo que se perdió por tres

años.

Así pasó ¿verdad? Y ya, en una ocasión de esas, vinieron mis hermanas, íbamos por la Plaza de Toros cuando...nos encontramos a Blanca con la niña. Yo abracé a la niña y se quejó, y una hermana mía que es bien desconfiada y también la abrazo y la niña hizo lo mismo. Y en cuanto Blanca se descuidó, le subió la blusita; ¿no le va viendo las llagas así, grandotas? Pero mi hermana no me dijo en ese momento, sino hasta que ya, se despidió: "ya me voy, porque si él no me ve...que me va estar esperando y se va a enojar porque ya me tardé mucho", y se despidió de nosotras. Y ya me dice mi hermana: "¿no te diste cuenta, no miraste lo que yo mire?". Le dije yo: "¿qué?" [U] "Pues le alcé la blusa a la Lupita y traía unas llagas así de grandes, de lo que las golpea" [U] "Ay, no me digas eso", le dije. "Sí", me dijo.

Pero tampoco podía porque yo decía: "arriesgo a mi mamá a que le pase algo", porque todo el tiempo él me decía: [*el tono de su voz adquiere un dejo de odio*] "sí, me van a encerrar pero qué, de ahí voy a salir; con dinero salgo y les va a ir peor". Entonces, todo eso como que, psicológicamente, hacía que me frenara, que pensara las cosas: "no, pues si lo va hacer", era lo que yo pensaba: "porque si le hizo eso a mis hijas no se va a detener ante nada". Me acuerdo que agarré y abracé a mi mamá [*el llanto se hace más fuerte*]; le dije que la quería mucho y me "agarré" lloré y lloré; y mi mamá: "qué tienes, qué tienes, no llores".

Él me golpeaba y me amenazaba con que también iba a matar a mi mamá y a mi familia, [por eso] yo me quedé callada. Entonces es por eso por lo que yo estoy aquí.

Por un momento sentí que ya no respiraba y me acuerdo bien que me dijo: "prefiero verte muerta a que te vayas; prefiero tenerte aquí, al lado de mí, aunque estés helada y aunque estén los puros huesos pero aquí te vas a quedar conmigo". Me decía a cada ratito: "a mí se me va a hacer tan fácil, nada más voy y le echo un cerillo al tanque de gas del carro y ahí explotan, ahí se mueren todos". Eso me decía, entonces yo decía: "ay, no, qué hago".

[Al hacer eso], él no se fue, se quedó ahí conmigo; o sea, cuándo él hizo eso, yo todavía duré tiempo conviviendo con él, por lo mismo, pues, porque él me amenazaba. Me acuerdo que una vez me quise ir de la casa y me alcanzó, él estaba dormido pero se alcanzó a dar cuenta que me salí de la casa. Me agarró y me subió al carro y me dijo: "ah sí, con que te quieres ir" —como vivía cerquita de la casa de mi mamá, vivíamos en San Vizcaíno, allá por el lado de la "Coca-Cola", yendo para la [Av.] Lázaro Cárdenas— y se quedó buen rato, cerquita de la casa de mi mamá, esperando a que mi mamá saliera. Cuando vio que mi mamá salió, le dejó ir el carro encima, nomás que mi mamá alcanzó a ver el carro y se alcanzó a hacer para un lado,

si no, si la hubiera atropellado. Que yo sepa, él no consumía drogas. Yo tenía –si él es un año menor que yo– como veintidós años, veintiún años, más o menos y él es un año menor que yo. Pero sí, todo fue así porque no sé qué fue lo que pasó, porque él se portaba muy bien y de repente empezó a cambiar todo [*su voz adquiere un tono de misterio*]

Y de la otra niña yo no supe, porque yo no estaba en la casa; no supe cómo pasó, no supe qué fue lo que hizo, no supe nada. No fue el mismo día. [Así que] no supe absolutamente nada, ya hasta cuando yo caí aquí, porque cuando me agarraron [fue porque] mi mamá fue la que puso la demanda, porque pues yo duré mucho tiempo sin ver a mi mamá, años, porque él no me lo permitía, así que fue bastantito tiempo. Yo iba y visitaba a mi hijo –el más grande, el único que me quedó– a escondidas del muchacho; pero con mi mamá no iba. Entonces, cuando mi mamá se encontraba a mi hijo, él le decía: “¡ay!, vi a mi mamá”, y mi hijo me decía: “mi abuela me preguntó por ti”, y así; pero yo no la miraba a ella.

Pues sí, es que al no hablar yo, al no demandar yo, al no denunciarla yo, él iba a andar afuera y a lo que me decía Blanca, él pensaba matarme a mí, que yo era la que le estorbaba para sus planes, porque él sabía que yo iba a hablar, iba a investigar dónde estaban. Él sabía que si entraba a la cárcel iba a ser por mí, él lo sabía; y dice que andaba buscando una pistola, que porque le decía a Blanca que seguía yo.

Tomaba, fichaba y le pagaban por tomar con los clientes y bailar con ellos. Porque yo me acuerdo que cuando ella llegaba a la casa –porque cuando era tiempo de frío, se usaban unas ¡botas largas, largas!, hasta acá [*señala arriba de su rodilla*] – me decía: “cuenta el dinero, es tanto”, y luego me decía: “traía tantas fichas”. Siempre que ella llegaba, le ayudaba a quitarse su ropa y todo. ¡Porque la esperaba! Entonces, le quitaba sus ropas, le contaba el dinero, le contaba las fichas y le decía: “ah, sí *má*, es tanto”. Era lo que ella hacía.

No me lo gastaba. Así como agarraba mi dinero, se lo daba a mi mamá: “tenga, *má*, tenga el dinero, para mis hermanos”; y para lo que se ocupara en la casa. Porque pues yo comía allá, con la señora; nada más descansaba el domingo, pero pues yo comía allá. Ya para cuando yo llegaba a la casa, ya había desayunado, ya había comido; pero mis hermanos no, porque mis hermanos estaban acá, [en mi casa].

De repente dejó de trabajar y yo le decía: “ponte a trabajar”, porque yo estaba trabajando; yo le decía: “¿sabes qué?, no nada más se trata de que ‘yo me quedo aquí, cuidando a los niños’, mejor ponte a trabajar, porque es mucho: pagar renta, lo de los niños, lo de la comida y todo”. Y él me decía: “no, pues es que sí, voy a ir a buscar trabajo”, y según él iba y buscaba trabajo. Pero decía: “no, no encontré”. Hasta que ya, me acuerdo que una vez, vino el esposo de mi hermana –la que estaba al “otro

lado”— y me celó con él. Me dijo: “es que tú y no sé qué”, me empezó a decir muchas cosas. Entonces, dije: “no, sabes qué, ya estuvo, ya estoy cansada, ya estoy harta; también, a parte, no te pones a trabajar y ya estuvo”, le dije. “No tengo porque estarte aguantando todo”, y ya, pues nos separamos.

Él seguía yéndome a buscar, pero yo dije: “pues ya no”. Después, al tiempo, me acuerdo que una tía del papá de mi hijo, el más grande, me cuidaba a mis tres hijos —pues yo entraba bien temprano a trabajar a la fábrica, a las seis de la mañana. Entonces, como yo trabajaba, pagaba la renta, pagaba todo; pero pues eran tres niños y pagando todo no me alcanzaba, pues, porque nadie me ayudaba, ni el muchacho ese, con el que había tenido las dos niñas. Y el papá de mi hijo, el más grande, me daba ciento cincuenta pesos nada más; no me alcanzaba ni siquiera para nada. Entonces sí era como muy difícil llevar todo, pues, sacar todo adelante sin nadie, porque, prácticamente, no tenía el apoyo de nadie.

Cuando él la violó tenía siete años y cuando quiso volverla a violar fue cuando ella habló. No me habló directamente, se salió de la casa y me dejó una carta: que se salía y por qué se salía. Y a él le dejó otra, lo malo fue que él la leyó primero y por eso también él se fue de la casa, o sea, se fue de la casa. En ese tiempo estábamos muy bien económicamente, porque él tenía muy buen trabajo, teníamos tres carros, teníamos nuestro dinero en el banco; todo estaba muy bien. Entonces cuando él se va, saca todo el dinero del banco y repartió carros, me dejó uno nada más, repartió un carro y el otro me dijo que se lo diera a un sobrino que le ayudaba a trabajar a él, un sobrino mío. Entonces me dejó un carro nada más; entonces ya, al verme yo sola con tantos hijos dije: “qué voy a hacer”.

Pues allá la hizo pasar como amiga de ella, no la hizo pasar como su hermana, con su pareja, le dijo que era su amiga. Ya estaba por quererla poner a trabajar en un billar dónde Blanca trabajaba para estarlo manteniendo. Ella lo estaba manteniendo cuando él mató a la primera niña, no salía a ningún lado, él se la pasaba encerrado y ella era la que trabajaba para él. Y entonces, ya quería que Karla también trabajara para él, entonces, ésta respingó pues, dijo: “¿y por qué?”

Me acuerdo que una vez andaba en el centro y yo me metí a una tienda; dije: “ay, voy a ver”. Porque había veces que ni compraba nada pero, cuando me le escapaba un poquito, decía: “no, pues voy a ir de perdida a ver a las tiendas, a distraerme”.

Me acuerdo que él era bien celoso, demasiado celoso. Nos trataba muy bien, a mí me trataba muy bien, pero era demasiado celoso; tanto que, había veces que iba a la tienda y si me tardaba poquito, ya estaba bien enojado.

Como ella no tuvo una figura paterna, se enfocó mucho a ese hombre y él la manipuló, la manejó mucho, se adueñó de su... la estudió. Tenía esa capacidad, esa persona es una persona muy labiosa, muy así, envuelve a la gente muy fácil. Entonces, yo pienso que se dejó llevar ella por eso y la supo "terapear", la supo manejar hasta adueñarse totalmente de ella, de su mente. Yo pienso así, no sé qué le parezca a usted, si eso fue o...no sé.

CAPÍTULO 2

MUNDO DE VIDA EL LUGAR DE LA CULTURA Y LOS ESPACIOS DE ENCIERRO

El pasado adverso

Familia, hogar y violencia

¿Qué pasa cuando la familia no cumple con su rol asignado socialmente? ¿De qué manera afecta a sus miembros el hecho de que mantengan relaciones interpersonales destructivas? Como lo mencioné en la introducción, no es un secreto que en la familia exista violencia pero, ¿qué es la familia?

La familia de Blanca Estela estaba conformada por su papá, su mamá, “*dos hermanos [hombres] y cinco mujeres*”; aunque con ella son ocho hermanos en total. Pero si hablamos en términos más amplios y concebimos a su familia extensa, es decir, la familia de su mamá (pues con la de su papá dejó de tener contacto cuando éste los abandono), es evidente que Blanca Estela era miembro de una amplia red familiar. Su mamá me mostró el panorama al contarme que en su familia eran diez miembros: “*en total somos seis mujeres y cuatro hombres; unos viven allá en Los Ángeles y otros para acá, para el lado de Arizona; y otros se quedaron ahí, en el Valle [de Mexicali]. Estamos todos regados*”.

Aunque el hecho de que todos vivieran en distintos lugares, haga pensar que nunca o casi nunca se veían, “*había veces que nos juntábamos todos, como en Navidad o en los cumpleaños de mi abuela*”, me comentó Blanca Estela. Me contó también que, aunque su abuelo “*ya falleció*”, la familia se seguía juntando para convivir: “*era bonito, eran de los momentos que yo digo: ‘quisiera convivir otra vez, quisiera volver a vivir esos momentos’*”, pensó por un instante. La historia de la familia de Blanca Estela –como la de muchas familias “cachanillas”– es la historia de una familia migrante, pues como se sabe, “la migración hacia El Norte es tan antigua que

data desde finales del siglo XIX, esta época estaba enmarcada con la polarización de la riqueza en el país y por las movilizaciones políticas en México” (Woo, 2006: 13). Así me lo hizo saber su mamá:

Mi nombre es Estela y soy de Michoacán. Tengo cincuenta y siete años. Mis padres me trajeron [a Mexicali] de cinco años, así que llevo toda mi vida ya aquí. Mis padres migraron porque pues mi papá ya se había cansado de sembrar las tierras allá y le dijeron que acá había mucho trabajo, porque pues allá –dice él– las cosechas eran nada más... pues para comer. Sembraba frijol, puro frijol; y ocupábamos ropa, ocupábamos otras cosas; entonces ya, decidieron venirse para acá. Porque acá había más trabajo, más chance de trabajar por dinero, ya no por hambre; ¿verdad? Algo diferente.

Como lo evidencia doña Estela –y aunque en algunos estados como los fronterizos, existe como parte de la vida cotidiana de la población– la migración no es “una estrategia familiar adoptada por agentes del mercado informados que buscan maximizar sus ingresos [...] sino que responde a causales estructurales, que van más allá de la vida cotidiana de las personas y localidades, por más apartadas que se encuentren” (Márquez, 2012: 66). Esta familia, objeto de asimetrías espaciales y desigualdades sociales provocadas por la falta y disminución de empleos dentro del mercado laboral, fue ejemplo de la exclusión de la que forma parte una gran cantidad de población económicamente activa. Dicha situación provoca que muchos de estos trabajadores busquen nuevos horizontes económicos a través, por ejemplo, del trabajo informal, la criminalidad y/o la migración.

En ese sentido, y por más que “hombres, mujeres y niños emigran y/o son expulsados de su lugar de origen por diversas razones, desde las políticas y económicas hasta por reunificación familiar o cultural” (Woo, 2006: 11), se puede pensar que la migración, sobre todo campo-ciudad, sur-norte, es resultado del subdesarrollo y, por lo tanto, del desempleo estructural que caracteriza a los países en desarrollo como México. De ahí que algunos investigadores documenten que “la pobreza creciente y generalizada, la falta de desarrollo regional y comunitario, y la carencia de un mínimo de bienestar son causa principal de un incremento notable en las migraciones, que ya se dan lo mismo en las zonas rurales, que en las urbanas” (Villaseñor y Moreno, 2006: 116).

Entonces aquí se quedaron, en el Valle de Mexicali, me continuó contando doña Estela: *“nada más a mí –cuándo me casé– me trajeron para acá, para Mexicali. Así que ya no salí, aquí me quedé”*, concluyó. Sin embargo, al preguntarle por la edad en la que contrajo matrimonio, su respuesta (que decidí no editarla por lo fuerte e interesante que es) reflejó el poder del sistema patriarcal al que ella tanto como su hija (Blanca Estela), fueron sometidas, pues me dijo:

Bueno, no me casé, me robaron a los quince años. El papá de mis hijos, el de Blanca; o sea, no era mi novio, él decidió robarme. Antes así se usaba, yo creo; tenían esa costumbre de que si les gustaba una muchacha se la robaban. Así fue como tuve a mis hijos; los tuve bien seguidos; tres de ellas: Blanca, Mónica y Elena se ganan por un año nada más, seguiditas las tres. Yo a él [*al papá de sus hijas*] lo conocía de vista porque pues él me ganaba por once años. Yo le tenía miedo, o sea, yo lo miraba muy grande. Cuando él me robó mi papá no quiso hacer nada, porque era una burla –según eso, ¿verdad?– de que se la llevaran a uno y [luego] la dejaran. Entonces mi papá puso una demanda allá en la comandancia, una demanda de que nos tenían que casar porque yo era menor de edad y pues que él se tenía que casar conmigo. Y así fue como nos casaron, pero si hubiera sido por mí, yo no me hubiera casado, ¡para nada!, pues porque yo tenía mi novio y él no era mi novio. Entonces no lo quería, ¡nunca lo quise! Yo tuve mis hijos y nunca quise a esa persona; además que él nunca hizo nada para que yo llegara a quererlo. Por ejemplo, él era muy... me golpeaba, era muy mujeriego; entonces me golpeaba mucho a mí y pues no.

Como se puede interpretar, la mamá de Blanca Estela, al igual que su hija, tuvo una vida *“bien difícil”*, porque desde muy joven adquirió obligaciones *“que no tenía contempladas”* para ella, al menos, en ese momento. Así que no le quedó de otra que seguir. Y continuó con su relato:

Me obligaba a tener relaciones con él y por eso es de que cada año [me embarazaba], no dejaba que me cuidara para no tener tanta familia. Una vez se me hizo fácil y me tomé unas pastillas para no salir embarazada que me regaló una vecina. Ella miraba la vida que llevaba; entonces me regaló esas pastillas y me dijo: “no seas tonta, tómatelas y escóndelas”. Y yo las escondía; me las tomaba, pues. Yo estaba chica, sin experiencia de nada y yo creo que, en alguna ocasión, me ha de haber visto o me buscó. Yo pienso que me vio que me las tomé o las encontró, o no sé qué. No es que él fuera demasiado grande sino que ya él tenía muchas experiencias, entonces me

encontró esas pastillas y me tumbó al suelo y me empezó a patear toda. Dijo que ya no iba a tomar pastillas, que se me grabara bien, que yo estaba ahí para tener los hijos que Dios me mandara, no para que yo tomara pastillas. Me golpeó y eso pues a mí... me provocó mucho miedo y ya no me quedaron ganas de seguir tomando pastillas.

Así, año tras año tenía un hijo, hasta que sus vecinas le fueron aconsejando: *"no seas tonta"*. Porque lo encontraba con vecinas en su casa, *"en la cama, ahí lo encontraba yo"*, recordó con disgusto doña Estela. Para sus vecinas, estas acciones eran mal vistas, pero como la estimaban le decían: *"no seas tonta, se mete con fulana; cuando te manda a la tienda él las mete a tu cama, no seas tonta"*. Le aconsejaban: *"empiézate a revelar y no te dejes; hazle así y hazle asado"*, pero como ella dice, no se *"rebelaba"* por miedo. Hasta que un día dijo: *"ya, hasta aquí"*.

Como se observa, la familia de Blanca Estela es ejemplo de una familia disfuncional donde priva la violencia. Tanto su madre como ella, pero también sus primas y hermanas, fueron objetos de violencia por parte de algún miembro de la familia. Sin embargo, sobre ella recayó de manera particular una violencia perpetua.

De sus hermanos, fue con la mayor con quien tuvo algunos problemas antes de ser detenida y recluida en la cárcel. Con los demás: Pedro, Moni, Elena (SLR), Karla, Javier y Liz (estos dos últimos, los menores e hijos de la segunda pareja de sus mamá) tuvo problemas, pero que no sobrepasaron las típicas rencillas de hermanos. Así que con su hermana mayor, quien vive al otro lado y que, por cierto, *"todavía está allá, no puede pasar"*, fue con quien –según su propia madre– tuvo un fuerte problema. Resulta que se *"metió"* con el esposo de su hermana; la hermana con la que en algún momento se abrazó llorando, debido a la violación que sufrió por parte de su papá.

Su mamá recuerda que cuando Blanca Estela tenía catorce años, la hermana mayor ya se había ido para *"el otro lado"*. Ya estaba casada cuando le dijo: *"debería dejar que se venga Blanca, aquí que me ayude con mi niño, así yo trabajo y ella me ayuda para yo así, ayudarle a usted"*. Sin preguntarle si quería ir, la mamá decidió que Blanca Estela *"cruzara"*; allá –del *"otro lado"*– la iba a esperar su cuñado. Pedro, su hermano, *"sirvió para distraer a la migra"* pues, como se sabe, "entre las dos fronteras, existe una tierra de nadie donde el inmigrante debe enfrentarse a la vigilancia de las patrullas fronterizas" (Ceballos, s/f: 72). Así que, como lo planearon, *"agarraron a Pedro, y Blanca llegó a donde estaba mi yerno y se la llevó. Duró allá un año"*, me contó la señora.

Todo estaba bien pero *“se viene para atrás Blanca”*, ya no quiso estar allá porque su hermana *“era muy gritona”* con ella y *“la mandaba mucho”*, por lo que *“ya no quería estar allá, y se vino”*. Acá, del lado mexicano, a su regreso, conoció al papá de su primer hijo; *“ya había cumplido los quince años cuando se fue a vivir con él”*. Como era de esperarse, *“pues sí, salió embarazada de su primer niño y el error de este muchachito fue que la llevó a vivir con su mamá”*, expreso doña Estela.

Un sistema cultural violento: la pareja y el amor

Después de un tiempo conocí al papá de mi hijo, y yo decía: “ya quiero escapar de todo esto”. Y según yo dije: “no, pues me voy a casar mejor, ¡ya!, para quitarme todo esto” –según yo escapando– pero pues realmente las cosas [no son así], son de mayor responsabilidad. Cuando me junté con el papá de mi hijo, yo tenía quince años. Nos fuimos a vivir a la casa de su mamá; entonces, ahí comenzaron los problemitas, porque su mamá se metía mucho en la relación. Como que ella me hacía [sentir] menos, por el lugar donde trabajaba mi mamá. Decía: “¡Ay!, que su mamá trabaja en una cantina, y que mira, que al rato si ella esto, y tienes que vivir con eso toda tu vida”, y así. Como que a ella no le pareció, pues, que él decidiera vivir conmigo, y siempre se andaba metiendo, ¡siempre!, ¡siempre! Siempre andaba ahí, metiéndose, y pues por eso nos separamos, por como vivíamos.

Le dije: “¿sabes qué?, mejor ahí nos vemos, porque pues tú vives conmigo pero sigues con tu mamá y el estar aquí a nada nos va a llevar”, y nos separamos. Al principio, cuando conocí al papá de mi hijo, se portaba muy bien conmigo. Yo tenía catorce años. Éramos de la misma colonia y ya nos habíamos visto, ya habíamos convivido. ¡Si lo quería! pero, también, aparte de eso, era como una manera de decir: “ya, ya estoy cansada”. Porque desde muy chiquita yo me tuve que hacer responsable de mis hermanos y de ayudarle a mi mamá en la casa.

Le hacían la vida pesada, llegaba Blanca llorando: “mamá, mi suegra me hizo esto”, “mamá mi suegra me hizo esto otro”, llegaba conmigo. Y yo le decía: “ay, hija, yo que te voy a decir...pues es que están mal ahí con los suegros”. Hasta que se enfadó Blanca y dijo: “no, ma, lo voy a dejar porque ya no aguanto”; y pues ya tenía al niño. Entonces le dije yo: “y ¿cómo lo vas a dejar?, ¿cómo le vas a hacer con el niño?, ¿acaso él te va a ayudar?, porque ya sabes toda la responsabilidad que yo tengo. Y ya, pues sí, resulta que el muchacho no quería hacerse cargo del niño

Y ya, me iba yo y le compraba cajas de nopales, y le hacía bolsitas y ella las vendía y de ahí estuvo manteniendo un tiempo a su niño. Hasta que ya fue a ponerle la demanda al muchacho para que la ayudara, la aconsejaron para que fuera y que pidiera que le ayudara el muchacho. Y sí, poquito pero se estuvo haciendo cargo de ayudarle.

Después de un tiempo me fui con un muchacho, después de haberme separado del papá de mi hijo. Así que me junté con un muchacho pero no sabía que ese era vicioso. Empecé a vivir con él, y al ir conviviendo me fui dando cuenta de cómo era – porque, prácticamente, me fui con él sin conocerlo– y cómo se comportaba y todo. Una vez me acuerdo que –él era pollero y pasaba gente para el otro lado– que su hermano llegó y tocó la puerta. Yo le dije: “¿quién es?”, y me dijo: “pues soy yo, ‘Pifas’” –le decían ‘Pifas’– y yo: “¿qué pasó?, ¿qué quieres?”; y él me dijo: “me regalas poquito jabón para lavar los trastes”; y yo: “ah, sí”. Le abrí la puerta y le di el jabón para que lavara los trastes y así quedó; y de repente, ¡tas! –tocan la puerta bien recio, como queriéndola tumbar. Abrí la puerta y era el muchacho con el que yo vivía: “ah, ya te vi”, y diciéndome un montón de cosas: “estabas con mi hermano, ya vi que te revuelcas con mi hermano”, y yo: “espérate, espérate, qué te pasa, si nada más me vino a pedir jabón”; y él: “yo lo vi, salió de aquí”, y agarró un cuchillo y me quería picar con él.

Después de un tiempo nos cambiamos con mis abuelos, y ahí fue cuando conocí al papá de mis dos hijas. Se portaba muy bien con nosotros; a mi niño lo quería como si fuera su hijo. Pero con el tiempo, se volvió bien celoso; tanto que había veces que iba a la tienda y si me tardaba poquito, ya estaba bien enojado. Me acuerdo que una vez, vino el esposo de mi hermana y me celó con él. Me empezó a decir muchas cosas. Entonces dije: “no, sabes qué, ya estuvo, ya estoy cansada, ya estoy harta. A parte, no te pones a trabajar y ya estuvo”, le dije. Y ya, pues nos separamos. Él seguía yéndome a buscar, pero yo dije: “pues ya no”. Entonces, como yo trabajaba, pagaba la renta, pagaba todo; pero pues eran tres niños y no me alcanzaba, pues. Y el papá de mi hijo me daba ciento cincuenta pesos nada más; no me alcanzaba ni siquiera para nada. Entonces sí era como muy difícil sacar todo adelante sin nadie, porque, prácticamente, no tenía el apoyo de nadie.

Luego se fue a vivir para el ejido; allá había un camión que llevaba a la gente de San Luis a las fábricas, entonces ella se fue a trabajar a San Luis y ella vivía en la casa de mi mamá. Y ya de ahí, conoció al papá de las niñas, allá en las fábricas en San Luis y ya, vivió con él, salió embarazada y tuvo a sus dos niñas. Pues resulta que este muchacho era tan flojo que se acostaba a dormir y le valía el ir a trabajar y pues entonces ella se preocupaba por las niñas, que pues qué iban a comer. Como quiera que sea el niño ya la tenía hecha, porque para el niño había, porque su papá le

ayudaba.

Y, resulta que este muchacho...a mí me daba tanto coraje –a la mejor hice mal en meterme– que mi hija se iba a trabajar y todavía llegaba a la casa a bañar a las niñas, a hacer quehacer. A veces ni a hacer quehacer sino a descansar; vivían en el cochinerito porque él no iba ni a trabajar, ni quería limpiar la casa. Entonces yo...yo soy muy grosera cuando me enoja y pues, llegaba yo enojada y le dije un día a Blanca: "mira nomás –le dije– este para el lado del viento, bien cómodo y tú de pendejita trabajando para él, no se me hace justo eso Blanca, estás mal". Llegué enojada, verdad, por la situación de cómo vivía Blanca; ella como que se molestó porque él le ha de haber dicho, también molesto, que por qué me metía yo y: "ay, amá –me dijo– no diga nada, cállese". Y le digo: "no, es que no me voy a callar, porque es un huevón mantenido, tus hijas qué van a comer. Si tú no trabajas se te van a morir de hambre, hasta tu; y no es justo que tú trabajando y él acostado".

Pues así pasó, siguió ella trabajando y él, en ocasiones, hasta que se enfadó ella. Entonces, conoció a este desdichado que le desgració su vida. La "terapeó" a su manera y cayó. Entonces llega un día y me dice: "ma', quiero que vayamos a la comandancia, quiero que vayamos allá, a "Palaco", para poner una demanda de que no quiero que Erasmo –así se llama el papá de las niñas– se acerque a mí, porque me golpeó, que porque anda usando drogas. Inventó, yo sé que inventó, porque yo conozco mucho a Blanca, yo sé que de ahí ya estaba inventando porque ella quería tener la relación con el otro. Ahí le puso hasta de más, yo la conozco a ella; entonces le digo: "oye, pero cómo están las cosas", y yo siempre, conociendo a Blanca tenía una forma de convencer a la gente... y a la vez decía yo: "me está mintiendo", pero a la vez me convencía, fácil, o sea, me convencía. Entonces le dije "vamos, pues" y la acompañé; y ahí le puso hasta lo que no, un montón de cosas. Yo sé que no era cierto tanta cosa y ya, le mandan un citatorio al papá de las niñas y le dijeron que tenía prohibido acercarse a no sé cuánta distancia de ella y las niñas.

De ahí, para no hacerla tan larga, esta muchacha lo quería poner en mal y luego, luego, se junta con esa persona. Nos lo lleva a presentar y yo me quedo así, sorprendida de cómo que tan pronto, ¿verdad? Pero anduve investigando, a uno como madre no se le "duerme" a uno, así que anduve investigando con sus conocidas dónde y desde cuándo conoció a esta persona. Y me dijeron, entonces dije: "ahhh, era lo que esta traía, por eso inventó tanta cosa".

Así duré tiempcito, sola, trabajando. Entonces conocí a un muchacho que se empezó a portar muy bien conmigo. Mis niñas le decían papá. Pues lo conocí, y sí, todo bien; pero al tiempo todo empezó a cambiar, a ser diferente. Yo decía: "bueno, lo voy a dejar, pero mis hijos van a sufrir lo que yo sufrí; mis hijos también van a pasar

por todo lo que yo pasé". Y así, seguí con él hasta que llegó un momento en que nos empezó a golpear a las tres. Porque a mi niño el más grandecito, fui y se lo llevé a su papá; le dije: "¿sabes qué?, quiero que te quedes un tiempcito con el niño porque pues ahorita no puedo, se me hace muy duro, muy difícil y ahorita no puedo", y lo dejé con su papá. Y las niñas no, porque pues como su papá andaba mal, no se las podía dejar.

De ahí empieza la relación y va y nos lo presenta; entonces Pedro, mi hijo el mayor, lo dejó con la mano extendida y le dijo a la Blanca: "a mí no me andes presentando a estas personas". No le cayó, dice que en cuanto lo miró sintió algo: un rechazo tremendo; dijo: "yo sentí que esa persona nomás no; no sé qué sentí amá, no sé explicarlo", dijo. Entonces, yo también sentí lo mismo, le dije a Pedro: "yo también sentí lo mismo, entonces esa persona no es bienvenida a la casa". Porque Blanca tenía intenciones de llevárselo a vivir ahí a la casa; entonces le dijo mi hijo: "sabes qué, para tus hijas y para ti, aquí tienes la casa, inclusive yo te voy a estar dando los vales de mi fábrica, pa' las niñas, pa' que te ayudes –dijo– pero para esa persona no hay lugar aquí, no hay cabida". Entonces se enoja Blanca y dice: "mmm, pues a mí no me gusta que dirijan mi vida –dijo– y yo me voy a otra parte". "Ah, pues como tú quieras", le dije.

A eso me refiero. Cuando vivía con él no podía ir a visitar a mi mamá, no podía visitar a mi familia; a veces me dejaba encerrada; a veces me golpeaba, porque yo me quería salir, me golpeaba. A veces –no una vez, sino varias veces– me agarró y me estaba ahorcando; me dijo que si yo me llegaba a ir pues...que no nada más a mí, sino también a mi mamá. Entonces, pues sí; muchas veces podemos estar afuera, libres, pero vivimos en una cárcel dentro de esa "libertad". A lo mejor, físicamente podemos estar libres pero en nuestro interior estamos encerrados; entonces así es como él me hacía sentir. ¿Por qué?, porque no podía visitar a mi mamá: a veces ni podía ir por el niño, para ir por él tenía que hacerlo a escondidas, sin que él se diera cuenta de que yo iba por mi hijo. Había veces que él se quedaba un día allá, por su trabajo, en el otro lado, y entonces podía. Trabajaba en la compañía de "La misión", la de las tostadas y tortillas. Entonces pues sí, era muy feo, la verdad, estar así. Entonces, pues yo ya estaba cansada y quería que todo esos se terminara.

El sacrificio de una madre

Al preguntarle a la mamá de Blanca estela dónde fue que la detuvieron junto con su pareja, me respondió dudando: "*pues... por la Baja ¿no?*". Me confirmó que "*fue en*

navidad”, pero que ella no estuvo presente, porque *“precisamente ese día me junté con todos mis hermanos y mi mamá, allá, en el ejido –porque cada año es cuando nos reunimos todos– y allá estaba yo cuando el judicial me habló”*, me dijo visiblemente afectada. El policía le habló para avisarle que ya los habían detenido. Definitivamente, este hecho no fue nada fácil para la señora Estela, pues se trataba de la detención de su hija, la que más le ayudaba.

Hay que recordar que fue la mamá de Blanca Estela la persona que realizó la denuncia en contra de su propia hija y la pareja de ésta. No obstante, le duró muy poco tiempo la encrucijada que le significaba denunciar a su hija, por una parte, pero por otra, no podía dejar pasar que sus nietas estuvieran sufriendo o en peligro, si es que no, como en realidad fue, fuera demasiado tarde y ya estuvieran muertas. Su relato es muy interesante con respecto a la manera que lo resolvió:

Yo sí quería que los detuvieran porque yo dije: “yo los denuncié”. Como me decía un amigo de la familia que es abogado: *“estás segura de lo que vas a hacer”* [U] “sí, estoy segura” [U] *“pero es tu hija”* [U] “sí, pero ellas eran mis nietas, son mis nietas y ellas no se sabían defender” [U] *“es algo duro. ¿Estás segura?”*. Pues sí, es que al no hablar yo, al no demandar yo, al no denunciarla yo, él iba a andar afuera y, a lo que me decía Blanca, él pensaba matarme a mí, que yo era la que le estorbaba para sus planes, porque él sabía que yo iba a hablar, iba a investigar dónde estaban. Él sabía que si entraba a la cárcel iba a ser por mí, él lo sabía; y dice que andaba buscando una pistola, que porque le decía a Blanca que seguía yo.

Mi mamá (la abuela) se agarró llorando y dijo: “por qué no entienden, una muchachita tan inteligente, tan bonita –porque siempre la han chuleado a Blanca, siempre la chulearon, decían que qué bonita estaba, que qué inteligente era– cómo terminó, pues; como acabó ella sola con su vida, su juventud, todo; por qué la inteligencia no la usó para bien de ella misma, no para mal”. Sí, mi mamá se agarró llorando y me dijo: “ay, hija, es algo bien difícil para ti, yo no lo hubiera hecho”. Mi suegra también me dijo: “qué valor el tuyo, yo no lo hubiera hecho”. Pues... a la mejor hice mal, pero era mi deber; me duele porque es mi hija, pero lo tenía que hacer, era mi deber hacerlo.

No era con la que más peleaba [risas] pero sí fue muy, muy dura. Ahora yo pienso que Dios y el tiempo sanan las heridas. Yo creo que fue la segunda que vino a visitarme,

o la tercera que vino a visitarme; fue mi mamá, mi hermanita la más chiquita y ella fue la tercera que vino a visitarme, entonces el tiempo y Dios ayudan a sanar todo eso y...pero si me dolieron mucho sus palabras. “Y mi mamá, cómo está mi mamá”, y me decía, demasiado muy dura: “ahora si te preocupa mi mamá, no”, como diciendo: “no es tu problema”; o sea palabras muy duras, palabras que me lastimaron mucho pero... fue con la primera que pude hablar por teléfono; y ya de ahí, le marqué por teléfono y pues con esas palabras ya no quise volver a marcar [risas]. Ya no le marcaba.

De hecho mi hermana... no sé si te comenté, ya tiene como unos... yo creo que como unos tres años que tengo que no la miro. Ella fue una de con las que más he peleado, la que ha sido más “rebelde”; con la que hablé por primera vez, me dijo: “ah, ahora si te preocupas”, y me dijo cosas muy fuertes, muy duras. Entonces –por lo que estabas diciendo ahorita– es difícil que, a veces, la gente... yo, en la situación en la que...por la que pasé, por la que viví, a lo mejor la demás gente no puede comprender.

Entonces pues ha sido muy difícil; la separación de mi hijo, de mi mamá; hablando de mi familia, sí ha sido muy difícil...ver crecer a mi hijo, de saber que mi hijo está creciendo y yo aquí [voz triste]. Entonces...con él hablé hasta que... a él lo dejé de diez años...así que con él hablé hasta que tenía como dieciséis años, más o menos.

Entonces la primera vez que hablé con él, él no sabía que yo estaba aquí; él pensaba que yo estaba al otro lado, trabajando. Entonces mi hijo, al no ver que, al no saber nada de mí, pues; él ya no vivía conmigo, tenía dos años que no vivía conmigo; entonces él al no ver que yo fuera y lo buscara; porque yo todos los días, aunque él ya no vivía conmigo, todos los días iba por él; lo visitaba. O si no podía le hablaba por teléfono; o sea, yo estaba la pendiente de él. Entonces, mi hijo, al ver que eran tantos años sin saber nada de mí, entonces le preguntó a su papá. Le dijo: “yo quiero saber algo, quiero saber la verdad, qué está pasando con mi mamá, por qué no viene, por qué no me habla. Aunque ya no viniera de perdida me hablaba por teléfono; quiero saber qué pasa”. Entonces le tuvieron que decir, pues ya no era un niño; ya era un adolescente de dieciséis años. Le tuvieron que decir la verdad.

Entonces pues la verdad mi hijo sufrió mucho. Cuando a mí me dijeron yo le dije a mi mamá: “que bueno, que para qué le decían, que mejor así, que él no supiera dónde estaba yo”, porque...pues para él prácticamente apenas estaba viviendo el proceso que yo viví cuando caí aquí. Para él, pues no sabía, era nuevo.

Las niñas están aquí, en Mexicali. La que va es mi mamá y, a veces, va mi hijo, su papá es el que lo lleva, pues. Ellas se llamaban Blanca Guadalupe y Arleth. Mi hijo es...con él platicamos de muchas cosas pero tampoco toca el tema. Él sabe por qué estoy aquí, sabe el tiempo que me dieron; pero él nunca me dice nada: “mamá por qué

esto, por qué lo otro”, o “por qué, cuándo vas a salir, por qué tanto tiempo”, no, nunca me comenta nada. Platicamos de su novia, de cómo está, de qué desayuna, de qué le gusta, qué hace, pero nunca me toca el tema.

Entonces ya, dice que como que la pensó y le dije: “bueno, te la voy a hacer”; y me dijo mi hermana: “pues no sé si los agarré de buenas, no sé qué pasó”, y ya la digo: “no, pues no lo mires así, míralo mejor por el lado de que fue Dios el que permitió que le hicieran la cita”, y ya me dijo: “no, pues no te preocupes, de todas maneras yo voy a pasar por él y nos vamos a ir los dos juntos, de hecho tenemos la cita a las diez de la mañana”.

Sí, sí me decía que quería estar conmigo. Al principio, como...te estaba diciendo ahorita, él duró tres años sin ver a su papá, y prácticamente cuando lo vio pues no lo reconocía. Al principio, como fue pasando el tiempo me decía: “*me quiero ir a vivir con mi papá*”, pero nunca había vivido con su papá, nomás que el año y feriecita, pero pues él, realmente, no recordaba. Pero sí me decía: “*me quiero ir a vivir con mi papá*”. Y ya cuando lo llevé, cuando yo traía todo esto, lo llevé y se quedó con su papá y yo ya nada más iba y me decía que se quería regresar conmigo. “*Mamá, me quiero quedar contigo*”. Pero por la situación que estaba pasando, no se podía ir a vivir conmigo; yo no quería que le pasara nada.

De hecho, mi familia está ahorita, como un poquito desunida; yo le digo a Dios: “Señor, ayuda a que mi familia se vuelva a unir nuevamente”. Por ejemplo, mi hermanita –la de dieciséis años– me dice que se siente muy triste, porque pues sus papás se separaron –mi mamá y su papá– y que yo aquí, y mi otra hermana al otro lado, que no puede venir, dice: “y todo eso me afecta a mí, quieras o no, me afecta a mí”, me dice. Entonces, son cositas que yo digo: “híjole”.

Y en el momento en que mi mamá y mi papá se separaron...y haz de cuenta que mis primos: “ahí vienen los Arias – ¿no?, porque nos apellidamos Arias– y que no sé qué”, y se separaron y ya fue así como que: “ash, los Arias”. Porque ya no teníamos nada, porque nos quedamos sin nada, porque ya no vivían mis papás juntos. Fue como un cambio completamente, totalmente diferente, ¿no?, entonces te das cuenta como que...

Porque sí hay familias que están bien constituidas, aunque sean primos lejanos pero están unidas. Como por ejemplo, yo, ahorita, de que digo: “¿si fuera al revés, no?; yo estoy aquí y no una de mis hermanas, pero ¿si hubiera sido al revés? Yo no hubiera dejado a mis hermanas, a quien estuviera, yo no lo hubiera dejado solo, y no es por el hecho de que estoy aquí. Sino porque siempre, aun cuando fuera cualquier cosa que ellos ocuparan o necesitaran o algo, si estaría en mis manos ayudarles, yo los ayudaba. Y si no, buscaba la manera en cómo hacerle.

De hecho, a veces, todos los días iba por él y Víctor (el papá) nunca me decía: “no” o “no se va a ir”; o sea, nunca quedamos de acuerdo: “ay, tantos días tu”. Porque, al principio, cuando él y yo nos separamos, cuando yo me separé de él, mi hijo tenía como un año, un año y feriecita. Entonces, dejó sin verlo hasta que mi hijo tenía como cuatro años, [*así que eso fue lo que*] él duró sin verlo; y ya cuando él lo quiso ver, nada más se lo prestaba yo los fines de semana. Y como nos habíamos casado, en el momento en que nos separamos llegamos al acuerdo de que nada más los fines de semana para él. Después de los cuatro años, cuando mi hijo cumplió cuatro años, que duró todo ese tiempo sin verlo, llegamos al acuerdo que él los fines de semana se lo iba a llevar. Entonces cuando yo voy y se lo llevo, nunca dijimos: “ay, tal día vas a poder venir por él”, “nada más fines de semana”, no, Yo podía ir por él cuando yo quisiera; entonces lo miraba cuando yo quería; nada más le decía: “voy a ir por ti”; “sí, está bien”. O llegaba así, nada más y: “vengo por el niño”.

J: *Y ¿el papá de Víctor tubo más hijos?* Sí, tuvo dos hijos, tiene otros dos hijos y pues mi hijo es el más grande porque pues él tenía como dieciocho años cuando lo tuvimos y yo dieciséis; así que pues es el más grande de sus hermanos. A veces platicamos y me dice pues que son muy traviosos, que no se aguantan; pero pues como su hermanita, la que sigue de él, ya ahorita está más grandecita, ya pues la cuida. Ya mi hijo va a cumplir diecinueve años, así que pues ya la cuida, como que la ceda, como que: “*no se le acerque nadie*”, ¿no? [Risas]. Ella tiene, yo creo que... como unos catorce va a cumplir, más o menos. Pero sí, o sea, pues me imagino que como todo ¿no?, como el otro niño es más chiquito y más travieso. Porque, a veces, él me dice: “*es que yo tengo mis cosas aquí y se meten a mí cuarto y me las agarran, y eso no me gusta*”. Pero se lleva bien con sus hermanos

J: *Y tu pareja, ¿sigues teniendo contacto con él?* No, desde que caí aquí. Yo pienso que ya, con todo lo que pasó, pienso que ya. Como te estaba diciendo hace rato, fue una manera de decir: “*sabes qué, hasta aquí y ponerle punto final*”, y terminar con todo lo que estaba pasando. Entonces ya, ¿ni una carta de él? Nada.

J: *¿Convivías con su familia, cuando eran pareja?* Sí, convivía con su familia. La verdad se portaban muy bien conmigo y con todos me llevaba muy bien. De hecho una hermana de él, al principio, me estuvo ayudando; ya después, pues con el tiempo... a cómo va pasando el tiempo —si a veces la familia se olvida de uno— dónde más alguien que no es nada de uno.

Tenía vecinos pero yo era así de: “hola”, y nada más. La casa era de tres cuartos y el baño, y tenía pues, no sé, su patio, pero no estaba cercado y pues... Había una señora que era con la que más platicaba y pues, a veces, así con ella de que: “cómo está”, y así, nada más. Miraba que la señora batallaba mucho, a veces por

comida, pues no tenía dinero. Entonces yo le daba tortillas, totopos, tostadas; le decía: “tenga doña Mary”, y ya; le daba tostadas, galletas, a lo que yo pudiera, le ayudaba. Tenía muchos hijos pero sus hijos andaban mal, algunos están aquí en la cárcel, entonces, pues a lo que yo podía, trataba de ayudarla. Enfrente había unos departamentos que rentaban, acá había una señora, acá otra.

Todo el tiempo fui de mi casa. Casi nunca anduve en grupitos. Tenía mi amiguita, mi vecina, y yo iba *pa’* su casa y ella iba *pa’* mi casa, y nada más. Pero nunca tuve un grupito, ni anduve en bandas, ni en la calle; nunca anduve así; siempre estuve más enfocada a la casa. Me acuerdo que una vez –en ese tiempo tenía una amiga en la primaria– ya estaba cansada de la escuela y de mi mamá, porque pues todo el tiempo que: “el trabajo”, “cuida a tus hermanas”, y todo eso. Me acuerdo que me fui con mi amiga y no llegué a dormir a la casa, y mi mamá –pues sí, trabajara en lo que trabajara pero se preocupaba por nosotras– llegó bien enojada a buscarme con la amiga. Mi amiga le dijo: “no, no está aquí”, y mi mamá pues se fue; pero al rato otra vez, porque ya le habían dicho que a mí me habían visto con ella. Y como dos días me quedé ahí con la amiga. Entonces, llegó mi mamá bien enojada: “*mija*”, le dijo; “pues más vale que si Blanca está ahí, que salga, porque si no, voy a ir poner una demanda, *pa’* que vengan y la saquen”; y no sé qué tanto [risas]. Y ya, me fui con mi mamá otra vez. Pero sí, se fue bien enojada, muy enojada. Pero esa vez, fue y me buscó. “El mundo vive en la actualidad una experiencia de dolores y desgarros: síntesis de una crisis de cultura” (Cajas, 1997: I).

Pues cuando nos trajeron para acá nada más. Cuando nos trajeron para acá, que nos trajeron en el mismo carro, cuando toman las declaraciones, pues ahí, nada más. Sólo lo vi en una ocasión, cuando fuimos a...notificación; y...me dijo que...me pidió perdón, me dijo que lo perdonara por todo lo que había hecho. Y...yo me acuerdo bien que le dije que con las palabras que me estaba diciendo no iba a cambiar nada, le dije: “con lo que me estás diciendo ahorita, eso de pedirme perdón, no puedes remediar todo lo que me hiciste”. Y ya no me dijo nada, se quedó callado; y ya, nunca más lo volví a ver. Fue la última vez.

Pues yo digo que yo no iba a ser igual, yo un día platiqué con Blanca cuando Blanca se hizo ilusiones de que a lo mejor salía, de cuando esa persona hizo esas llamadas. Le dije: “la solución, si llegaras a salir, es que tú te tendrías que irte de aquí, aquí yo creo que no podrías estar. “Si amá, yo estoy consciente de que si un día Dios me presta vida de que...me sacara de aquí Dios, yo estoy consciente de que aquí yo ya no iba a poder estar”. Pues a la mejor con el tiempo, ¿verdad? Pero yo ahorita las veo [*a sus hijas*] de que nadie quiere saber de ella, la única es la que está allá [*en los Estados Unidos*] la mayor. Dice: “pobrecita mi hermanita, nada más no la deje sola,

vaya a verla” [U] “Sí, voy a ir hija, no la voy a dejar porque es mi hija; si voy a ir pero...”

Porque hay veces que yo no comprendo. Pero imagínate, si hay veces que la demás gente no lo comprende, pero tampoco mi familia lo ha hecho; también mi familia me ha juzgado, mi familia no me ha comprendido. A la mejor, hasta la fecha... no... pueden perdonarme, porque... no están cerca de mí, están alejados; y aunque platico con ellos pero... están como más metidos, más entretenidos con su vida; como que no les importa, pues. O ponle que sí les importe pero a su manera, cada quien a su manera. Entonces, imagínate, sí voy a ser juzgada por mi familia, tanto más por la demás gente.

Uno de mis hermanos, el más grande, Pedro, hasta la fecha no ha querido venir a verme; dice que... hasta eso que sí me dice: “sí, sí te quiero”, pero dice que para él todavía es difícil. Dice que todavía no ha podido asimilar que... todavía no le ha caído “el veinte”, no puede asimilarlo, nada... del hecho, de lo que pasó y que yo esté aquí. Que se le hace muy duro, muy difícil venir a verme a aquí, a este lugar por el hecho de ser hombre, de hecho ni él ni mi hermano, el más chiquito, han venido a verme. Porque muchas veces, yo digo, yo pienso: a veces los hombres son más miedosos, más... “collones” de venir aquí, y pasar por toda una revisión y el hecho de venir y de verme aquí ¿es difícil... para él o... realmente no puede perdonarme, no quiere perdonarme? O sea, solamente él sabe, pero sí son cosas que como que te quedas: “tsss, híjole”.

De hecho ya lo borré, ya no está dado de alta, ya lo borré, porque un sobrino como que quería venir a verme, entonces pues dije: “ay, pues sí un día quiere venir pues voy ir borrando gente”. A mí, la manera que se me hace triste, se me hace difícil, no por el hecho de decir: “sabes qué, como yo te di me das”, no; sino simplemente el hecho de decir: “bueno, cuando más me necesitaron, yo siempre estuve ahí para ellos”, entonces a mí se me hace difícil porque digo, “ahora que para mí está difícil, que es cuando más los necesito, no están conmigo”, ni afuera, nunca lo estuvieron. Pero aún a pesar de que sí, por el hecho de que nunca estuve con ellos, ni aun estando afuera, de perdida estando aquí adentro, en este lugar [**voz triste**].

Ellos saben que... que no puedo hacer nada, ahora sí que estoy “atada de manos” y no puedo hacer nada; entonces eso es lo que más me duele, el hecho de que ellos... no tomen en cuenta nada, pues. El hecho de que dos de mis hermanos sí, la más chiquita; no sé si te platicué que cuando hacen algún comentario o algo: “no, no, no, la Blanca bien que les daba de comer y no decían nada, no estén diciendo nada de Blanca”, o sea ella sí. Y mi hermanito el más chiquito, él yo pienso que más por desidia, si no le gusta venir ni a “La cachanilla”, al centro, no le gusta ir a ningún lado. Él pienso que más por desidia, por el hecho de que no le gusta, pero a mi

hermano, el más grande, es por lo que te he dicho. Pero prefiero que me diga la verdad a que me mienta, a que me esté diciendo: "después y después y después" o que no me conteste. Ahorita ya tengo mucho que no hablo con él pero... si prefiero, mejor, que me diga las cosas como son.

Desigualdad Estructural

Que si ella miraba que yo...porque empecé a trabajar de noche para sacarlos adelante; entré a trabajar a fábricas, pues no me alcanzaba el dinero para mantenerlos, porque éramos muchos. Seguido...ya para el jueves no teníamos que comer, nos cortaban la luz. Entonces, pues no falta quien, ¿verdad? mire a uno y entonces una conocida me dice: "oye, Estela, por qué no....en tal parte, en un restaurant-bar están ocupando una persona, ve -dice- y verás, nada les va a hacer falta a tus hijos". Entonces, ya dije yo: "pues dirás bien, es que mi hija la más chiquita, a veces, en vez de leche le damos hasta agua de la llave, porque ni agua de garrafón tenemos y pues, yo por mis hijos, soy capaz de todo", le dije.

Pues con vergüenza y todo fui, y sí, luego, luego me contrataron, porque estaba joven, todavía y pues, ya, con mi manita de gato pues ya daba el gatazo y: "no, si – dijo– quédate a trabajar", era una señora la encargada y me dijo: "quédate a trabajar". Y pues sí, me quedé. Pero yo decía: "bueno, ¿este es un restaurant-bar?", porque se vendían comidas y bebidas, pero decía yo: "¿esto es un restaurant-bar?", porque no sabía yo hasta qué grado...las personas iban a embriagarse a emborracharse. Y lo tenían a uno ahí para... acompañar, también, a los hombres, no nada más para servir mesas. Y entonces cuando yo me doy cuenta de eso, me quedo yo así [*realiza una expresión de sorpresa*], y no quería yo salir a trabajar. Me quedé en la cocina y...empecé a llorar; entonces me dice la encargada: "si crees que con llanto vas a llenar el estómago de tus hijos, pues ahí quédate, sigue llorando muchacha; pero si no, allá, hay clientes que te están esperando que los atiendas".

Ay no, pero como quiera que sea, saqué ese día. Se llegaron las doce, porque a las doce era la hora de salida, entonces se llegaron las doce; se me hizo una eternidad. Pues ay no, llegó el otro día y todo el día llorando y pensando: "iré o no iré", pues como nos pagaban todos los días, pues ya con ese dinero pues ya mis hijos...les mandé comprar leche y comida. Y ya, los miraba bien contentas a mis hijas: "ay, mi mamá tiene trabajo, ya vamos a comer". Yo me ponía a llorar junto con ellas. No pues sí, al siguiente día yo decía: "no voy a ir a trabajar", porque eso yo no...me da vergüenza

estar con los borrachos, como iba yo a estar ahí, atendiendo borrachos. "No, no voy a ir", decía yo; pues no fui.

Al tercer día, manda la señora por mí; porque preguntaban por mí; como a mí siempre me ha gustado mucho cantar; o sea, ya ahorita ya no, pues ya estoy vieja. Entonces, yo ahí, me ponía a cantar y..."ay no, Dios"; y me dijeron: "que están preguntando por ti, que vayas, que te van a pagar más". Y ya me dice la que me invitó, me dice: "no estela, está bien, así tus hijas ya no van a sufrir hambre; mira, ya van a estar bien". Y yo le decía: "pues sí, pero a mi ese lugar me da vergüenza, no, yo no soy para ese lugar, a mí mi educación mi mamá nos la dio...diferente.

Entonces pues así pasó y pues ya, me quedo ahí; regreso a trabajar ahí. Ahí duré trabajando...más o menos como ocho meses, aha; entonces yo pues...cantaba pues, cantaba. Y sí se llenaba de gente porque les gustaba como yo cantaba, y ya.

Tomaba, fichaba y le pagaban por tomar con los clientes y bailar con ellos. Porque yo me acuerdo que cuando ella llegaba a la casa –porque cuando era tiempo de frío, se usaban unas ¡botas largas, largas!, hasta acá [*señala arriba de su rodilla*] – me decía: "cuenta el dinero, es tanto", y luego me decía: "traía tantas fichas". Siempre que ella llegaba, le ayudaba a quitarse su ropa y todo. ¡Porque la esperaba! Entonces, le quitaba sus ropas, le contaba el dinero, le contaba las fichas y le decía: "ah, sí *má*, es tanto". Era lo que ella hacía.

Y si, o sea...quedé sola y a trabajar. Blanca, inclusive, ella me ayudó mucho; chiquita, desde bien chiquita le gustaba mucho trabajar. A ella no le daba vergüenza; yo la mandaba a vender burritos en una hielera; iba a los talleres. Ella andaba vendiendo en la calle y andaba en bicicleta; no le daba vergüenza nada. Ella vendía...porque traíamos naranjas de allá, del ejido, del rancho y me decía: "mamá, hazme bolsitas de naranjas y acompáñame y yo llevo a las casas y las vendo". Y la acompañaba y ella llegaba a las casas a venderlas, en las colonias, aquí en Mexicali.

Y así, fue muy trabajadora desde niña, era muy inteligente nada más que fue muy mentirosa. Era muy inteligente y de tan inteligente que era, era muy mentirosa; ella como que tenía esa capacidad de...acomodar todas las cosas y hacerse víctima y hacerse de la que "yo no fui".

Pero, también, como ella me dice: "hay una parte de mí que está ahí, contigo; que hay una parte de mí que...". Como me dice mi mamá: "tú crees que yo no quisiera que estuvieras aquí conmigo"; y como yo era la que...mi mamá....Si mi mamá decía "esto", ahí estaba yo; por ejemplo, me decía mi mamá: "no tengo dinero, tengo –por decirlo así– tengo doscientos pesos, ¿compro una caja de nopales y vas y los vendes?" "Ah, sí mamá, usted cómprelos y encárguese de pelarlos; yo le ayudo a hacer las bolsitas y todo, y yo me voy y los vendo"; y mi mamá: "bueno". Y agarrábamos los

nopales y todo y... yo iba casa por casa a vender los nopales y les sacábamos el doble, al dinero que tenía mi mamá.

Llegué a trabajar en una planta de agua, a veces llegué a trabajar en un asadero...llegué a trabajar en un billar. Fueron así, en los últimos lugares donde yo trabajé. A veces trabajaba de día, a veces de noche, porque pues como estaba abierto las veinticuatro horas, pues igual, a veces de día, a veces de noche, dependía.

Espacios de ocio y placer

Después, cuando pasó todo eso, seguí trabajando en el billar. Luego me salí un tiempo pero después seguí trabajando. Ahí fue cuando empecé a usar drogas, empecé a tomar; todos los días tomaba. Prácticamente ya no me importaba nada, decía: “pues sí, tengo a mi hijo pero no tengo a mis hijas”. El patrón ese, el del billar, fue el que me ofreció drogas y así fue como las empecé a usar; tenía como veintitrés años, veinticuatro años, más o menos.

Por lo regular, a veces trabajaba, por temporadas trabajaba, a veces no, pues con mi mamá; de vez en cuando que iba a una fiesta. J: *Dices que fuiste a algunas fiestas, ¿eran familiares o de amigos?* No, pues, a veces, de familia; a veces de amigos míos; a veces con mi hermano...decía: “*vámonos a bailar*”, “*ah, pues vámonos*”, y me iba con mi hermano; a veces mi mamá, mi hermana y yo; y así. Casi no me gustaba bailar, casi no.

¿Sabes que tenía una amiguita de la secundaria que le gustaban? [*Se refiere a Guns and Roses*] me acuerdo que siempre iba a su casa y –acá con mi familia pues era más de otro tipo: que de “Ramón Ayala”, más tipos así, ¿no? Mi mamá: que “Maricela”, “Beatriz Adriana”, que “Los Bukis”. Era más como tipo así, y... pues como que crecí más como que con... cuando me compraron mi primer disco fue uno de Menudo– y cuando iba con mi amiga le decía: “ay, bájale, bájale a tu escándalo”, le decía yo. Y ella: “qué, pues a mí me gusta” y sí, ahí platicando pues si le bajaba poquito, pero no creas que tanto, pero sí le bajaba poquito. Siempre que escucho ese grupo me acuerdo de ella, porque le gustaban mucho, siempre los escuchaba.

Pues me gustaba en ese tiempo, creo que mi grupo favorito era... “Intocable”; llegué a ir a un concierto de “Intocable”. Música nortea, de banda.

A veces, nos la pasábamos coloreando, me lo llevaba al “Sol del Niño”; a veces, a “La Cachanilla”, a veces íbamos al cine; así. Jugábamos, a veces, futbol; o...pues

diferentes...depende...A veces nos íbamos a comer; y a veces le decía: *“qué quieres comer”*, y como a él le gustaba mucho la pizza, me decía: *“quiero pizza”*.

No estaba tan retirado de mi casa. En un tiempo viví ahí, en “San Bizcaíno”, y está en la cuarta, por “Palaco”, o sea que sí, yo vivía en “San Bizcaíno” y el asadero donde iba a trabajar estaba en “Palaco”. Está para el lado de donde está la colonia “Lázaro Cárdenas”, por donde está el puente del “Burguer King”, pero por abajo; es como si fueras a ir para la “SONY”, para aquel lado, por ahí está la entrada; y ahí iba al asadero.

O sea que es algo bien difícil, nada fácil. Le digo: solamente uno que lo vive, a la mejor lo sabe, pero... mucha gente juzga, juzga; ahí en la colonia: señalados por todos los vecinos. Un día una vecina de ahí de la colonia dijo: “mira, ese es hermano de la matona –señalando a Pedro– a lo mejor él es igual, es hermano de la matona”. Mi hijo, pobrecito, ese día lloró; y como dice: “mamá, usted cree, decir eso, la señora” (mamá de Blanca Estela).

Luego se fue a vivir para el ejido; allá había un camión que llevaba a la gente de San Luis a las fábricas, entonces ella se fue a trabajar a San Luis y ella vivía en la casa de mi mamá. Y ya de ahí, conoció al papá de las niñas, allá en las fábricas en San Luis y ya, vivió con él, salió embarazada y tuvo a sus dos niñas. Pues resulta que este muchacho era tan flojo que se acostaba a dormir y le valía el ir a trabajar y pues entonces ella se preocupaba por las niñas, que pues qué iban a comer. Como quiera que sea el niño ya la tenía echa, porque para el niño había porque su papá le ayudaba. Entonces ya decide irse a trabajar ella y él se quedaba en la casa; para eso ya se vinieron para acá, para Mexicali, porque vivían en un ejido cerquita de San Luis. Se vienen a vivir para acá y en ese entonces la casa estaba sola, porque yo me fui a vivir con mi pareja, el papá de mis niñas, el papá de las más chicas.

Y pues se quedó la casa sola; entonces, ya le digo: “pues ahí está la casa, para que no andes batallando con tus niños”. Y decide irse ahí, pues la casa esa tiene tres recamaras, la sala -pues la sala está grande- tiene un pasillo, tiene su baño, o sea está grande. Entonces ella agarra la sala de recamara y los cuartos los cerró y su cocina, y ahí vivían; entonces...yo...yo...no iba todos los días pero si les daba una vuelta. Porque tenía demasiadas plantas en todo el patío, me gustaban mucho las plantas, me gustaba tener en mi casa; ahorita ya no parece casa, está todo desordenado, porque ya no puedo, pues.

El “necro-presente”

El panóptico: disciplina y cotidianidad

Cuando Blanca Estela fue detenida, debido a una denuncia de su propia madre, la recluyeron dentro del CERESO de Mexicali, lugar al que ella reconoce como “*muy difícil, muy duro*”. Así fue como lo percibió al llegar ahí, al experimentar un sentimiento de malestar incontrolable. “*Cuando ingresé pues las preguntas: ¿cómo te llamas?, ¿de dónde eres?, ¿de qué colonia?*”. Esto es el otro interrogatorio, no el institucional sino el de ‘las pares’, el de otras mujeres en su misma situación. Sin duda debe de ser un tanto incómodo que además de hacer declaraciones ante las autoridades, una mujer que ingresa a la cárcel por el delito que Blanca Estela fue detenida y sentenciada, tenga que seguirlo haciendo al interior del grupo; es decir, responder los cuestionamientos de sus compañeras de celda, de pasillo.

Una mujer en esta situación, adquiere un estigma difícil de sustraer. Ella misma lo advierte al mencionar este relato: “*cuando me pasaron, duré un mes en sala de términos, pues me tenían como cuidada, pues*”. Sala de términos es una celda ubicada en el mismo pasillo que las demás, pero no es igual a estas. En ella se ubica a las internas recién ingresadas en lo que se les asigna (según un examen de su caso), la celda más adecuada para estar.

En ese ambiente, recuerda Blanca Estela, “*entraban y salían otras internas que pues venían por otros delitos. Unas se iban y a otras si las ingresaban a su celda y sí, fue muy difícil*”. Fue hasta después de un mes que a Blanca Estela la pasaron a una celda, su nuevo ‘hogar’, en el cual sigue ‘viviendo’ junto con todos sus miedos. Me contó que debido al temor de una agresión por parte de sus demás compañeras, no salió de su celda durante tres meses: “*ya empecé a salir –como a mí me agarraron el 25 de diciembre de 2005, y me pasaron para acá el 6 de enero 2006– empecé a salir como en abril, más o menos*”.

Agregó que, para ese entonces, “*aún no podía salir a agarrar mi comida; si daban agua caliente, no podía salir a agarrar agua caliente; a ninguna parte, nada más podía estar en mi celda*”, me contó aún sorprendida. Sin embargo, algo que nunca le causó sorpresa fue la golpiza en su contra por parte de las mismas oficiales de

seguridad. Golpes duros y contundentes, en el cuerpo, sin compasión, actos donde nuevamente aparece la violencia institucional como manifestación de la propia autoridad que un Estado se arroga para hacer cumplir el orden social. Su relato sobre este hecho no deja lugar a dudas:

Llegué y el mismo día que llegué, pues por el delito que vengo, fui como muy señalada, muy acusada porque las mismas oficiales querían que unas muchachas que estaban ahí, internas, me golpearan. Entonces pues una de las muchachas me dijo que no, que ella no quería brocas, que ya se iba a ir. Entonces como las muchachas no quisieron, las oficiales me golpearon. Entonces si fue muy duro, muy difícil porque pues, a pesar del delito que yo traía, a parte ser golpeada pues si fue muy difícil y muy duro para mí.

De alguna forma, una mujer en prisión acusada de “*Filicidio*”, es en gran medida para la sociedad, una rebelde. Así como algunas disidentes políticas encarceladas han sido doblemente castigadas; es decir, por el hecho de ser disidentes y mujeres; las mujeres que comparten las experiencias de Blanca Estela, son consideradas unas rebeldes que no se ajustan a las normas morales y jurídicas de una sociedad patriarcal. Son, en ese sentido, consideradas por la sociedad en general como mujeres que actuaron *contra natura*. Así, se puede observar cómo al interior de las cárceles

La misoginia atroz, que se patentiza en las torturas que le son reservadas, expresa la voluntad que tienen los verdugos de matar en ella el signo más puro de la rebelión en contra de la autoridad machista cuya forma máxima se plasma en el Estado totalitario de las dictaduras militares (Mattelart, 1982: 27).

Con respecto a la primera vez que la visitaron me comento lo siguiente:

Mi mamá vino como en... febrero, marzo más o menos...como en marzo porque no me dejaban salir a ninguna parte, pero como que me daban chance: “si quieres hacer una llamada hazla”; y yo salía nada más a hacer la llamada; en lo que hacía la llamada y colgaba y ya, me regresaba a la celda y ya, pero yo solita, ya en la tarde, ya cuando nadie estaba afuera.

Pero cuando me cambiaron, pues la verdad que le doy gracias a Dios en ese momento, porque me tocaron muy buenas compañeras. Me tocó Bertha, me tocó

Alicia. De las que tuvieron más tiempo aquí, dos de ellas son cristianas y pues, la verdad, muy agradecida con Dios porque me trataron muy bien, se portaron muy bien conmigo. Una de ellas me decía: “tú no te preocupes, tú no te preocupes, tú no tienes por qué sentirte mal, no tienes por qué darle cuentas a nadie”. Porque a veces entre las demás compañeras que pasaban por afuera de la celda me decían cosas, me ofendían. Entonces me decía: “tú no les hagas caso, la que va a pagar, si lo hiciste, no lo hiciste, la que va a pagar el delito eres tú y no ellas ni nosotras, solamente pues tú y Dios”.

Entonces me sentí muy bien, la verdad, porque sentía mucho miedo; no me quería ni siquiera meter a bañar, no quería ni bajar al baño; porque las celdas son de tres camas. Entonces me tocó dormir arriba y pues no quería bajarme a ningún lugar, ¿no? No quería ni siquiera ir al baño, no quería ni tomar agua ni nada porque la verdad si sentía mucho miedo.

Es que a veces la gente tiene ese mal concepto, que por el hecho –vamos a suponer, ¿no?– de entrevistar a alguien que mata, a alguien que secuestra, te dicen: “¿pero es que yo no sé cómo puedes?”, o sea, como si por el hecho de... “ay, no me veas porque te voy a matar, ¿no?”.

En cuanto me despierto, la verdad, le doy gracias a Dios, por permitirme otro día más de vida; porque aunque estoy en este lugar, pero hay personas que a lo mejor no pueden moverse, no pueden valerse por sí mismas. Entonces, primero que nada, le doy gracias a Dios por permitirme respirar y darme la bendición o tener misericordia de mí; por poder estar bien. Le doy gracias por cuidar a mi familia, cuidar a mi hijo, a mi madre.

Luego, primero pasa el desayuno, como a las cinco de la mañana; y luego el aseo, pasa el aseo también. Por ejemplo, hoy nos dieron papas con chorizo y frijoles, también nos dan té, té de limón, té caliente. Y pues ya de ahí la que quiere desayuna; yo por lo regular guardo mi comida para cuando me da hambre y, a veces, no me como las tortillas [risas], las pongo a secar en el ventilador y ya de ahí, pues si sé que voy a salir a una actividad pues trato de estar arreglada, porque si no, calculo más o menos la hora en que voy a salir, la hora de patio, de iglesia; depende de lo que me toque. Y si no voy a salir a ninguna parte pues me pongo a trabajar: hago cosas de chaquira, collares, anillos, pulseras, diademas, lo que sea y...de “foami” o lo que sea que quiera trabajar. Y eso me la paso haciendo todo el día; si me pongo a trabajar, todo el día me la paso trabajando para tratar como de matar el tiempo. A veces platico con mis compañeras o platicamos pues, pero sigo trabajando y pues ya casi se me va el día ahí. Esperar a ver unas series que pasan por televisión para ponerme a ver la televisión; eso como a las... ocho de la noche.

Igual, en la tarde, nos dan la comida como a la una y ya, esperamos la comida y si me gusta la comida como y si no, pues como frijoles de los que guardo en la mañana, y la cena llega como a las cuatro, más o menos, cuatro y media [de la tarde], pero no agarro porque casi no me gusta. O sea, el desayuno es a las cinco, la comida es como a la una y como a las cuatro y media es la cena. Pero por lo regular no agarro porque no me gusta; dan atole, o arroz; así, “Maisena”, virote. A veces el arroz lo agarro cuando me gusta, pero casi pura avena hacen aquí.

Es que depende, hay veces que me meto, como el miércoles que salimos a patio, pues para las siete tenemos que estar ya todas bañadas. Entonces tenemos que...lo más temprano que nos bañemos mejor; a veces a las cinco de la mañana, de repente se mete a bañar la primera, a veces yo, a veces otra. Cada quien se mete a bañar; primero una y luego la otra y así.

Ya cuando se llegan las ocho, me pongo a ver la serie; son dos series las que miro; veo la tele como de las ocho y media a las diez y media, y pues ya, se acabó el día. Ya me subo a mi cama porque voy abajo a ver la tele. Ya, me subo a mi cama y me pongo a leer la biblia o algo y ya, a dormir. Sí, hay veces que no me puedo dormir y, a veces, como que me pongo a estar pensando y digo: “no, ya, ya, ya me voy a dormir”. Pues ya, de repente me quedo dormida y ya, prácticamente se acabó el día

A veces se nos hacen muy cortitos los días; no nada más yo, porque todas decimos “híjole, ya estamos”...como ahorita, ¿no? “ya casi se acaba este mes de mayo” y “ay no, qué rápido” y “qué bueno que se nos esté yendo rápido”; pero de repente, hay días que “ahhh” son bien pesados, bien aburridos. Bien largos, bien difíciles. Como nosotras somos las que más tiempo tenemos en el pasillo donde estoy yo; somos puras sentenciadas; son cuatro pasillos, dos arriba y dos abajo; somos puras sentenciadas. Entonces es raro que salga una; si sale una, de volada entre nosotras “¿a dónde vas, a dónde vas?”, porque es raro, pues. Porque como ya la mayoría estamos sentenciadas, es raro que salgamos.

A lo mejor, otra de las cosas, también, buenas que me han pasado aquí, es que aquí terminé la prepa. Terminé mi preparatoria, terminé mi secundaria; la preparatoria que nunca en mi vida pensé [risas] que la iba a terminar. Sin embargo, terminé; te estaba diciendo que fui la primera mujer que terminó; a lo mejor sí me tardé un poquito, porque tardé como cinco años pero pues a fin de cuentas, ya terminé, batallando y todo. Porque pues está un poquito difícil pero pues la terminé.

Es que antes, cuando yo recién ingresé a la prepa, si queríamos ir, íbamos; si no, no. Entonces como que la dejé... a la desidia, porque si queríamos ir toda la semana podíamos ir, pero no era obligatorio. Había una lista pero si no queríamos ir, no íbamos; entonces de un tiempo para acá, se hizo obligatorio ir a la escuela y antes

si quería, por ejemplo yo, si no quería firmar como en ocho meses, porque no quería firmar, porque pensaba: “ay no, no estoy preparada” y no firmé.

Y luego pasó lo del temblor, cuando tembló bien fuerte, en el 2010; y se suspendió la escuela como un año. Entonces todo eso tardé, absolutamente sin hacer nada. Fue como... que no hice nada, pero ahora sí;

Pero sí, sí está un poquito difícil; a mí se me complicó. Yo creo que el más difícil de todos fue “Principios de Química”, porque lo reprobé; lo hice como cuatro veces; a la cuarta lo pasé, lo reprobé tres veces. Fue la más...también creo que “Matemáticas III”, me la aventé tres veces. De hecho, nadie la había podido pasar y fui la primera que lo pasó.

Venía... del radical, venía de la de... las ecuaciones de segundo grado...venían las sencillas, pero si está un poquito complicadito. Tiene uno que buscar el... la... cuánto vale X, cuánto vale Y, y... sí está un poquito complicadito. Pero sí me costó más “Matemáticas” que “Español” o que “Lectura” porque me gusta mucho, se me hace más fácil porque “Lectura”, por ejemplo, que son... “Textos Literarios”, lo leía y me quedaba dormida. El de “Inglés” pues estaba tomando clase, entonces por eso no se me hizo tan difícil, porque estaba tomando clase de inglés. No lo habló, sólo hay partes que las sé leer, pero no aprendí a hablarlo porque nada más era como...escribirlo, el significado, las reglas, de gramática y eso.

Los libros van por “Tronco Común”, unos van de amarillo con blanco, otros de azul, rojo, así. La de “Pintura” me gustó mucho, estaba muy “suave” esa materia, se llama... “Estética: apreciación de la pintura”, o algo así. Pues sí me gustó mucho, me saqué un ocho en esa. Sí me gustó mucho el libro de “Pintura”. Y pues así como de especial eran “Pintura” o los “Textos Filosóficos”, sí me gustaban y así. Por ejemplo, “Biología” también me gustaba mucho, pero está muy pesado, porque ese libro está muy grande, está muy pesado.

Pero sí, sí, dentro de lo que cabe, en su momento si tuve una asesoría, pues, una ayuda; no como afuera pero... y... a lo mejor hay más donde apoyarse, más apoyo que aquí, pero... a fin de cuentas todo lo logré [risas]. Depende...yo creo que también sí había mucho ruido en la celda, porque como tenía que estudiar en la celda, no me concentraba. Porque tampoco puedo decirle a la otra persona: “cállate porque estoy estudiando”, porque cada quien tiene su espacio y... total. A veces, dicen las muchachas: “ya pasó la lista, ya puedo hablar”.

Lo iban a dar, pero nomás me dieron, me agradecieron; la licenciada encargada; me reconocieron. Como en el patio se recibe la visita en fin de semana, pusieron mi foto y pusieron ahí que fui la primera en terminar la preparatoria y ya pues;

pusieron ahí como el reconocimiento de que había terminado la preparatoria. ¡Ay, no!, pues sentí mucha felicidad, la verdad; después de tanto batallar y todo, sentí mucha felicidad pero.... También, a veces, lo extraño porque me aburro, pues.

Pues qué quiero estudiar no sé todavía, ahorita; pero... pero sí quiero; yo creo que ya viendo ahí, a lo mejor qué es lo que nos van a dar, porque no creo que nos puedan dar tantas carreras. Entonces, a lo mejor ya viendo, ya decidiré ahí que estudiar. Es que yo creo que ahorita no sé [*Risa nerviosa*]. Por ejemplo: cuando yo estudiaba allá afuera, yo decía que me hubiera gustado darle clase a niños, pero pues ya ahorita ya cambió todo, pues. Ya cambió mi vida, ya cambió todo.

Este jueves nos hicieron esculque... en general, en todo, todo el edificio; entonces como nos regalaron colchones y los cortaron. Cuando nos los cambiaron nos dijeron que no los mocharamos y los mocharon, los hicieron chiquitos. Entonces... se dieron cuenta porque sacaron unos cojines y se dieron cuenta y... vino la comandante a la celda y se dio cuenta que los habían mochado. Tenemos que tener bien acomodado nuestro espacio, más que nada, por eso lo hicieron, no por maldad. Entonces... yo sólo espero que sea una llamada de atención y no las castiguen.

Estuvimos como cuatro horas afuera. Haz de cuenta que llegan y dicen: “todas para abajo, todas para abajo” y pues ya sabemos que tenemos que bajarnos de las camas y sentarnos en medio de la celda, una detrás de otra como en el juego de las cebollitas.

Ya cuando toca que revisen a la celda nos sacan y nos sientan en la misma posición pero afuera de la celda, o sea, como no traen una esposa para cada quien por lo regular nos esposan así ¿no? Pero entonces nos las ponen así: una aquí en mi mano y la otra en el brazo de la muchacha de a lado, así, una aquí y la otra acá, así. Y ya que revisan toda la celda nos pasan de una en una o de dos en dos y ya nos revisan a nosotras. Nos quitan completamente la ropa y nos revisan. “Quítate la ropa, quítate la camiseta, todo, todo, todo; y has sentadillas y cuando hagas las sentadillas y estés abajo, toses.

Espacios de ocio y placer en el encierro

De hecho cuando yo recién llegué aquí y que estaba en “Sala de Términos”, la señora que llegó y que me habló de Dios, entonces ahí teníamos el nuevo testamento y era lo que yo leía. Pero traía los salmos y es lo que yo me acuerdo que leía, y cuando los leía lloraba y lloraba, pero fue lo primero que yo empecé a leer: el nuevo testamento.

Lloraba porque, a lo mejor no podía platicar con nadie pero, tal vez, en ese momento yo encontraba las palabras de aliento que yo necesitaba para seguir adelante.

No, no está tan retirado porque está ahí mismo; está el patio y tiene así como un... como un cuarto, pues; y ahí está la iglesia. Pero no, está cerquita de ahí pues, no es mucho...no está tan retirado de mi celda. Vamos como veinte y tantas personas y pues en cuanto llegamos pues nos ponemos a orar, a darle gracias a Dios. Cantamos alabanzas y pues, cada quien, verdad; cada quien... yo, a veces, como me sienta, o a veces no necesito ni decirle nada. Sólo agradecerle a Dios por el hecho de, como te estaba diciendo hace rato, por el hecho de estar bien, que no me pase nada; por el hecho de la tranquilidad que me da el saber que cuida a mi familia; que mi familia está bien, que mi hijo está bien. Simplemente eso, el agradecerle por ser tan bueno conmigo; simplemente, no se necesita decir nada, sino simplemente el hecho de saber que estoy bien, que no pasó nada.

J: ¿Qué más pasa en el día, por ejemplo, cuando vas a la iglesia, a qué hora vas? Voy a las diez y regreso a la... una, y pues es así como un día especial, un día diferente; aunque pues yo sé que Dios está en todas partes, pero sí se necesita como... como...como eso que te da el estar cantando las alabanzas, escuchar la palabra de Dios. Es un día diferente, es un día especial.

A veces me pongo también a hacer ejercicio, ahí en la celda; nos ponemos ahí, mis compañeras y yo; a veces una, a veces dos, a veces tres o cuatro; ahí nos acomodamos para caber en el cuartito. Pero pues a veces nos ponemos también a hacer ejercicio. Y pues, a veces, también, no falta que...pues somos mujeres, imagínate, en un cuartito. A veces, no falta que el comentario “no, está esto, no está esto otro”, o “me hizo sentir mal por esto”, cosas insignificantes pero...a lo mejor no tenemos nada que hacer.

También voy al patio, voy los miércoles de siete a nueve, y los viernes de una a tres; y pues cuando salimos. Si tengo tarjeta, le marco pues a mi hijo y a mi mamá; por lo regular son con los que hablo; y pues cuando hablo con mi mamá nunca pierdo la oportunidad para decirle que la amo; igual a mi hijo. Nunca pierdo la oportunidad para decirle que la amo, que es lo más importante para mí; que quisiera estar con ella pero no puedo, que nunca se olvide que siempre está en mi mente y en mi corazón y que la amo; que la necesito [*su voz se entrecorta por el llanto que aparece apenas escondido*].

Igual a mi hijo, también; igual si le hablo, también, le digo lo mismo y pues con él hable y ya creo que lo que tenía que hablar: el hecho de pedirle perdón y todo eso, ya lo hablamos. Y también, decirle que lo amo que lo extraño, que tengo ganas de verlo. Y así, cuando no hablo se me pasan igual las dos horas jugando *volei bol*, que

es lo que me gusta, el deporte que me gusta más. Hay equipos; como ahorita, a lo mejor se hace un torneo; pues están los equipos pero, a veces, jugamos revueltas porque hay unas que casi no saben jugar y... si nos ponemos pues con las que sabemos jugar, pues ya no hay juego, pues. Pues las que no saben pues no, ya no hay juego pues; ya no se pone divertido.

Pues, a veces, hablamos de cosas de afuera, a veces hablamos de aquí, a veces de la televisión, a veces, yo creo, lo que se nos venga a la mente, lo que tengamos de tema de conversación en ese momento. A veces, pues cada quien: "fíjate que estoy triste, que hablé a mi casa y están pasando por esto, mi mamá está enferma, me duele no estar allá". O, a veces: "ya no aguanto estar aquí, ya me quiero ir; hay veces que no falta la que va y viene, ¿no?, porque todo el tiempo va y viene. Aquí seguimos nosotros y a veces nos decimos entre nosotros: "quisiéramos tan siquiera una oportunidad y mira ella, que tiene la oportunidad y no la aprovecha".

Ahorita estamos viendo "La Lista Negra" y "Recuerdos criminales", nada más. Son series de policías, de casos ficticios; pasan en el canal veinte, un canal local. Como seis las vemos, sólo como a dos no les gustan; porque... como es la novela, pues nos acomodamos con la televisión. A una, casi no le gusta ver la televisión y ve una novela; y la otra, ve como dos novelas, tres novelas en el día. Y ya, lo demás nosotras, las demás. Sí, pues como que nos acomodamos: de que, a veces miramos...deportes, y de ahí las películas que salen y de ahí ya ella ve una novela, y de ahí otra vez los videos de música. Y de ahí ya empieza otra novela, y de ahí la otra y luego ya, seguimos nosotros. A las once de la noche la tenemos que apagar.

Te quiero contar que el día de mi cumpleaños me la pasé bien, pues ahí las muchachas con lo de la comidita.

Pues bien, fue por el día de las madres, la pasamos bien; haz de cuenta que varias hicieron regalitos, yo le hice una pulsera, se la regalé y varias le dieron regalitos. Nos divertimos un ratito y como que nos olvidamos de lo de siempre.

A veces que las muchachas que me invitan galletas, que a veces si, por ejemplo, que una compró, por ejemplo pollo y... me ofrece: "gustas" y como mi mamá casi no viene a verme pues... y cuando viene que me trae cien pesos, ciento veinte, a veces cincuenta pesos, pues, entonces, es muy poquito. A veces, compro una soda y cuesta como veinticinco pesos, veinticuatro pesos, la soda, la grande. Me compro un papel, un papel pues para, para la visita; si compro vasos, platos y tenedores pues ya casi se me fueron como cincuenta pesos. Entonces, si me trae cien pesos, pues ya con lo que me queda que me compro papel, me compro jabón de polvo, y así. Tenemos tienda, ahí nos venden pues ahí... lo necesario; galletas, que papel, que jabón, crema.

Familia, exclusión y abandono

Hace como un mes o poquito más de un mes, mi hermana me regañó muy... muy duro, me dijo que yo era una ingrata; que qué pensaba; que no tenía voluntad de ir a visitar a mi hija; que qué me costaba perder un día, un rato, de ir a ver a mi hija; que tengo meses que no voy –porque Blanca se comunica con mi hermana. “Dí que no tienes voluntad de ir a verla”, y me hizo llorar por teléfono; me dijo un montón de cosas. Entonces, dije yo: “bueno, voy a ir un día de estos a la casa de mi mamá, allá, al Valle, y voy a hablar con mi hermana y le voy a decir, voy a platicar seriamente con ella”; porque mis hijas me dijeron: “por qué mi tía te habla así, mi tía no tiene por qué hablarte así, porque sólo tú sabes lo que estás viviendo” [U] “Voy a hablar con ella”, les dije.

Voy a hablar con ella y le voy a decir: “mira, Blanca, así y así están las cosas. Yo te quiero, eres mi hija. Si te quiero, pero date cuenta de esto, y esto, y esto, y esto, y esto”. Hablar con ella así, que ella trate de entenderme y si es que ella no lo entiende que trate de entenderlo, y que sea más humilde, que no exija nada. A la mejor hasta sus hermanas se van a compadecer y decir: “Blanca está ahí pagando lo que hizo y no exige nada, y es humilde”, y a la mejor van a y la miran. Pedro nunca la ha visto; dice que no es tiempo todavía, que él siente que todavía no es tiempo. Dice: “algún día si voy a ir amá, yo pienso que sí voy a ir, pero ahorita todavía no es tiempo; quiero más tiempo”, dijo. Porque él ha sufrido mucho, él se deprime mucho; va al panteón, llora y se está rato ahí en la tumba de las niñas y ya, como que se tranquiliza y sigue.

Una muchacha que cuando yo recién llegué trabajaba cosas de... chaquira o de lo que fuera, y ponían una mesita afuera, entonces la primerita que me enseñó fue Alicia. Precisamente, Alicia me enseñó a hacer un anillo y ya de ahí pues... fui aprendiendo; a veces, las mismas compañeras le enseñan a uno, pero Alicia fue la primera que me enseñó a hacer un anillo de Shakira. Luego aprendí que a hacer pulseritas, dibujos; ahorita pues el fommy; entre nosotras mismas nos enseñamos. Hay Algunas que sí dicen: “ay no, yo no le voy a enseñar a nadie lo que yo sé”, pero por lo regular sí enseñan. Hay veces que por ejemplo, si yo digo: “ay, eso que haces, ¿me lo haces?, y yo te hago otra cosa”, si no tengo el dinero para comprárselo, por ejemplo les digo: “hazme un florero y yo te hago un collar” y ya, pues con el tiempo pues ya...si quiero hacer un collar me lo imagino y ya, puedo hacerlo.

Pues a veces sí, porque somos muchas. No problemas pero si como... como “apúrate, ya salte porque ya falta tanto, o no te tardes tanto o no te vayas a tardar”, porque por lo regular también ahí lavamos en la celda, sólo lavamos cuando nos metemos a bañar. Entonces si hay veces que no podemos porque si vamos a salir, por

ejemplo: a las siete, que somos ocho, una para cada quien bañarse. Y si vamos a lavar pues no podemos y a veces si como “apúrate” o “yo sigo”, “no”, “yo,” “no”, “ya le dije que yo seguía de ella” y “no, no es así”, pues. No tanto como problemas pero...

Entonces...hay veces que se bañan y no le tiran el agua a las bolsas, entonces: “hey, tiren el agua”, o comentarios así como: “quién sabe quien dejó el agua, pero yo creo que nadie debe de haber sido”, porque a la hora de la hora nadie fue. Igual, como te estaba diciendo, cada quien tiene su carácter pero...yo me llevo mejor con algunas de mis compañeras que con otras; e igual, les hablo a todas pero me llevo mejor con unas que con otras. Tiene como cuarenta y dos, la más grande y la más chica tiene como veintiséis; las demás...hay otra de mis compañeras que tiene veintiocho y las demás estamos que en treinta y cinco, treinta y cuatro, treinta y seis, treinta y ocho, treinta y nueve, cuarenta. Nos llevamos bien, si vacilamos, hablamos.

Las otras (abandonadas también).

Pues algunas vienen de Tijuana, otras de Ensenada, de México; por allá de Veracruz, de diferentes partes. Hay de Sinaloa, de muchas partes. Sus familias no pueden venir a visitarlas porque como no tienen la manera, les sale demasiado caro venir hasta acá a visitarlas. Si a mí, mi mamá que vive aquí mismo, que está cerca, y a veces cuando le hablo me dice: “*mija* es que no tengo dinero”. Si yo, que estoy aquí; ahora ellas que están más lejos. [*En mi celda, por ejemplo*] unas son de Sinaloa, otras de Tijuana, de Ensenada, de aquí. Hay otra que es de Tijuana pero la agarraron aquí, pues.

J: En ese sentido, cuando hablas de tus compañeras, ¿cómo son, me las podrías describir? Pues cada quien tiene su carácter, pues; yo pienso que es difícil; somos ocho ahorita; entonces, a veces es difícil porque cada quien tiene su carácter. Unas más alegres, a lo mejor unas más amargadas, más enojonas; también por la situación. Cada quien aunque estamos en un mismo lugar, pero cada quien vive su... cada quien carga con sus problemas. Porque muchas veces dicen...o sea, de qué problemas podemos tener aquí, pero cada quien sabe lo que trae cada una. Entonces pues sí, unas contentas, otras alegres; diferentes cada una. Algunas no son de aquí, entonces también sufren al no poder estar cerca de su familia, no poder estar cerca de sus hijos. Y pues sí, hay momentos en que chocamos pero pues no podemos hacer otra cosa que: chocamos o nos enojamos, disgustamos pero vivimos donde mismo.

Aquí, por ejemplo hay compañeras que dicen: “sí, a mí me gustan las mujeres”; yo soy de la forma de pensar de que pues cada quien. A lo mejor para mí no está bien, pero si para ella está bien, pues es su decisión, es su vida. Cada quien...se respeta pues, cada quien. Yo no puedo hacer cambiar a ella o ella cambiarme a mí.

J: *¿A ti te gustan los hombres?* Si [risas]. Algunas desde afuera y algunas ya aquí. Como te digo, algunas desde afuera, me han comentado que ya desde afuera les gustan las mujeres y otras desde aquí, ya les empiezan a gustar. Yo pienso que tal vez la necesidad. Cada quien piensa diferente: a lo mejor la necesidad de tener a alguien que le diga algo bonito, unas palabras bonitas; pero pues cada quien.

Pero si me tocó hace poquito, como unos... tres meses más o menos; estaba con nosotros una señora y como que no está muy bien, pues. Ella como que de repente tiene sus ataques, pues. Tomó cloro y... pues empezó a vomitar el cloro [voz de asombro] y apestó bien feo a cloro. Ya creíamos que nos ahogábamos; y es que nos dijo: “es que tomé cloro”, y pues ya, les hablamos a las oficiales. Y ya, la sacaron y se la llevaron, la atendieron ahí en el hospital y todo. Compañera de mi celda. Ella tiene como cincuenta años. Es que no está bien; es que de repente tiene sus ataques. Ella creo que está aquí por... intento de homicidio, algo así; no sé muy bien, la verdad.

Pues sí saben, sí saben que tiene un problema mental pero pues la verdad no sé cómo lo manejen aquí, pues. Porque a otra muchacha se la llevaron pero su familia siempre estuvo ahí, pues; y ella no tiene visita, no tiene nada. A veces, a lo mejor... si saben, pero a lo mejor lo que importa es que cumpla, a lo mejor su... su pena. Ella toma su medicamento controlado, pero hasta ahí, pues; pero como no tiene visita, no tiene familia, no tiene a nadie, a lo mejor si le dan la ayuda dentro de lo que está en sus manos. A esa muchacha se la llevaron porque su familia sí estuvo al pendiente. Siempre estuvo ahí pues, y hasta que se la llevaron.

No pues...pues nada más recuerdo a ella. Ella habrá tenido...yo creo que, a lo mejor ha habido, verdad, pero pues a mí no me ha tocado, sólo ella que se quiso cortar aquí, se quiso cortar las venas y...nada más ella, pues. Sí, si me han tocado otras pero...pues ella me tocó especialmente a mí, pues me tocó vivirlo, me tocó verlo, me tocó...y hasta las oficiales tuvieron que abrir la ventana pues nos estábamos ahogando del cloro, el mismo cloro que... y pues la verdad si nos asustamos. El verla tirada y el verla vomitando sangre, con el cloro.

Es una de las personas que quiero y, a veces, la vacilo cuando le va a llegar su dinero y le digo: “amiga...” y me la vacilo [risas]. Es de las personas que digo: “qué bonito” porque de lo poco que tiene te lo comparten y pues eso es bonito.

Llegó un momento...que...como teníamos ahí ropa y todo, yo me quería poner a cortar las cobijas y me quería quitar la vida. Y antes de que yo intentara hacerlo veo a una persona, detenida; y empezó a platicar conmigo. Y ya, platicando y todo y este...la señora esta me empieza a hablar de Dios; y ya, me dijo pues que una persona, pues, que me amaba, que no le importaba cómo fuera yo, lo que había hecho, que... esa persona me amaba como yo era. Y pues en esos momentos yo necesitaba

esas palabras que ella me estaba diciendo; yo las necesitaba. Y desde ahí, pues quedó marcada mi vida porque desde ahí, desde ahí creo en el señor Jesucristo, y desde ahí me refugio en... los brazos de Dios.

En primer lugar, Dios es el que me ha dado la fuerza, me ha dado la fortaleza porque aun cuando mi mamá no venía, no se comunicaba conmigo, aun cuando no la había visto –como te estaba comentando– cuando la persona esta me hablo de Dios fue de quien me agarré para seguir adelante, para salir adelante, para no dejarme caer ante esta situación que pues... Sí me quería morir en ese momento pero...pues también mí mamá, mi hijo; han sido los que han complementado todo, pues; para que no me dé por vencida, para que salga adelante.

Pues...yo creo que las partes de la biblia que más leo es...pues trato de leerla toda, trato de llevar una secuencia, me gustan mucho las historias del Rey David, del Rey Salomón; de José, que era José soñador, que sus hermanos lo vendieron y ya después él se hizo el segundo del Rey. Hay historias muy bonitas, de cómo Dios que de ser un esclavo...vendido por sus hermanos –sus hermanos lo vendieron– pasó a ser el segundo del Rey y él al último salvó a sus hermanos y a su papá que murieran de hambre. Entonces hay historias muy bonitas. Del Rey David, de cómo mató a Goliat, de cómo sirvió a Saúl, cómo Saúl lo quería matar y luego David lo podía matar y no lo mató. O sea, hay historias muy bonitas, los Salmos, Juan.

Las palabras de mi madre, que me dice que aunque esté en este lugar, es un consuelo para ella; que si estuviera muerta no podría verme y aquí sabe que estoy bien, que no me pasa nada, que ella dice: “el sábado voy”, y aquí voy a estar. Entonces también eso, sus palabras. Mi hijo, el escuchar sus palabras: “te amo mamá, ya quiero verte, ya quiero abrazarte”; eso es también lo que me ayuda

Ya puedo hablar con él, ya puedo platicar con él. Yo soy su mamá pero ya somos amigos, ya me tiene confianza; hemos platicado muchas cosas, entonces pues... pues sí, ha sido como un poquito difícil. Pues dieciséis años, yo lo dejé de diez años y todavía sigo esperando.

Entonces, he estado lavando trastes, he estado haciendo “talacha”, he estado lavando ropa porque tengo que hacerlo. Porque no me van a llegar las cosas de mi familia, ya te he dicho, no me ayudan, es raro cuando mi mamá allá... a las quinientas viene. Ya te digo, vino en enero y el dinero que me puso ese día: cien pesos, y ya no me ha puesto nada. Entonces las cosas no me van a llegar del hecho de decir: “ay, aquí estoy cruzado de brazos esperando a que me llegue algo. Entonces, ahorita pues he estado lavando, he estado lavando trastes, he estado haciendo el aseo; digo, “bueno, pues ni modo, tengo que buscarle”.

Pues haz de cuenta que en la mañana –me levanto dos veces por semana y la hago, las dos veces, los días, en la mañana y en la tarde. Y luego, a otra compañera, se la hago dos veces en la tarde, o sea que en total hago... o sea, dos días completos y dos días en la tarde, junto con la mía. Entonces tengo que...y ahora que estoy enferma, a una de las muchachitas no le lavé, porque le lavo a dos, y ella se estuvo lavando su ropa. Ella llegó ese día y me dijo: “no’ más porque estás enferma te la voy a perdonar, que no sé qué...” Igual, no es mucho, que hay veces que digo, “ay, cómprame una bolsa de jabón y dos rollos”. De perdida para lo que necesito, de repente le digo: “cómprame una crema y papel”, casi, por lo regular, algo y papel: “cómprame una pasta y papel”. Entonces. Digo: “pues ni modo, tengo que ver la manera

Ya ves que me llegó lo que me mandaste, muchas gracias; y pues, más que nada, en vez de comprarme algo que se me antojara, la verdad, me compré cosas que necesitaba. Como jabón, papel, shampoo y pues, más que nada fue eso y pues... te lo agradezco con todo mi corazón que tengas ese detalle.

Necropolítica: el biopoder en exceso y estrategias de supervivencia

Entonces no podemos hacer otra cosa que hacer corajes, hacer enojo y tratar de seguir porque estamos en un cuarto todas juntas; pues es difícil. Desayunamos, comemos, cenamos vamos al baño, nos bañamos; ahí es nuestra sala, cocina, comedor, cama y... [Su pausa me hace pensar en varias cosas]

Pues a veces que caídas, que pleitos, pero en la celda nunca he visto que se peleen; a donde yo he estado, nunca me ha tocado. A veces si me ha tocado pero en otras celdas así de que “hey, se están peleando”, a veces se golpean, pero a veces son sólo palabras no más, que se dicen. Pero son contadas, como te digo, como somos las que tenemos más tiempo, somos así, como más calmaditas; es más diferente.

J: ¿Cómo se siente o se re-siente un cambio de estos aquí? Pues... está tranquilo; por ejemplo, como la otra comandante sí tenía sus cosas “malas”, pero también tenía su lado “bueno”. Pero... pues está tranquilo. Una de las cosas que tenía es que gritaba mucho, y ahora ya no; ya no se escuchan tanto los gritos, más que una oficial, creo. Hay una que grita pero cae bien, no grita mal, pero hay otra que grita y sí grita muy... y ya, nada más ella. Eso dicen las muchachas: “ay, yo pensé que la

comandante ya se había ido” *[Risas, debido a que junto a nosotros está la oficial Becky]*.

J: ¿Y cómo va el tema de la comida?

Pues bien, ya mejor.

J: Es que el otro día me estaba acordando de ustedes, de que sólo tienen quince minutos para comer.

C. Becky: Pues es por quejas de ellas eh...porque querían salir a comer, que al sol, pero es que como son muchas y hay otras actividades. Como por ejemplo, después de ellas sigue otro patio: “pues querían salir, órale, les van a medir con tiempo”.

BE: Y como dice: “unas o todas”. Pero... pues a mí sí me gusta salir y creo que ya fuimos agarrando como el ritmito porque a veces aunque la comida venga caliente, porque sí es difícil empezar a comer cuando está muy caliente. Pero... a veces, con ese tiempo, cuando volteo ya casi todas terminamos de comer. Por ejemplo, yo casi no me acabo la comida que nos dan, a menos que diga: “ay, me gustó mucho”. Pero es raro que me acabe toda la comida, casi nunca; entonces, pues termino antes de los quince minutos, mucho antes de los quince minutos. Me como que dos o tres tortillas; ¡es raro! que me coma todas las tortillas. Así que...aunque como muy despacito a veces termino rápido.

Es diferente del lado donde están ellas que de donde nosotras estamos; como dice ella [la comandante Becky]: “no sólo está la comandante, sino que hay otras autoridades arriba de ella”. Y por ejemplo, si alguien se enferma y dice: “es que ella no me quiso sacar” es que no depende de ella [de la oficial] sino de quien está más arriba. Entonces, igual hay personas que dicen: “ay, me siento mal” y son mentiras; de todo hay. Hay personas que mienten para que la saquen, a veces aunque les tengan que dar una pastilla, pero muchas lo hacen.

Emociones encerradas: sentimientos, reflexiones y motivaciones

Te estaba comentando [U] “¿estás triste?” [U] “sí, sí estoy triste” [U] “¿por qué estás triste, qué tienes?” [U] y no quería llorar, me estaba aguantando. Pero como se me acercó y es mi amiguita y más porque yo soy como... no me gusta andar hablando, mucho menos de mis cosas, delante de las demás personas. ¿Por qué?, porque pues sí, hay personas que te pueden escuchar bien, de buena manera, pero hay personas

que lo hacen nada más como para criticarte o simplemente por el hecho de escuchar y luego ir a decir: “sabes qué, que así y así”, y no me gusta. Pero pues mi amiguita le tengo mucha confianza y sé que lo que le platique se lo puedo platicar y me puede dar un consejo, me puede dar una palabra de aliento y ahí queda.

En la celda pues la verdad si tenía mucho miedo, pensaba en “qué me van a hacer las demás muchachas que están ahí”. Yo pensaba “pues si las oficiales me golpearon, ahora con las muchachas qué pasará”

Entonces me sentí muy bien, la verdad, porque sentía mucho miedo; no me quería ni siquiera meter a bañar, no quería ni bajar al baño; porque las celdas son de tres camas. Entonces me tocó dormir arriba y pues no quería bajarme a ningún lugar, ¿no? No quería ni siquiera ir al baño, no quería ni tomar agua ni nada porque la verdad si sentía mucho miedo.

Entonces si fue muy duro, muy difícil. Recuerdo que la primera vez que hablé por teléfono fue con una de mis hermanas, y me dijo: “para qué hablas, no hables aquí”; o sea fue muy dura conmigo, demasiado muy dura. Entonces yo pensé que a lo mejor no iban a querer saber nada de mí, pues por las palabras tan duras de mi hermana. A lo mejor...ya estando aquí, en este lugar, a lo mejor no dolieron tanto los golpes si lo comparo, porque a lo mejor no me dolieron tanto los golpes que me dieron las oficiales; me dolieron más las palabras de mi hermana.

Pero a lo mejor, a la vez ella no... no hallaba qué decirme; a lo mejor yo; pero... pues es un momento que le agradezco a Dios porque yo sé que Dios fue el que tocó el corazón de mi mamá para que ella viniera a verme. Pensé que nunca jamás en mi vida la iba volver a ver.

Entonces sí, yo creo que una parte de mí nunca hubiera querido que mi hijo supiera que yo estaba aquí, para no dañarlo, para no lastimarlo. Pero pues...siempre todo pasa por algo, porque pues ahora ya puedo hablar con él, platicar con él. Aunque yo quería cuidarlo de eso, él tenía que saber la verdad.

Pues un poquito como que sí sentí feo, como que...pero... también... dije: “bueno, ya”; porque también pues yo no vivía bien, yo no me sentía agusto, no dormía bien, como que ya; pues a lo mejor “la cárcel” donde estaba, ¡ya pues!, ¡ya!, ya había terminado. Entonces sí sentí feo, pero a la vez dije: “¡ya, ya no puedo más!” [pasan unos segundos].

Lo que sí recuerdo mucho; pues yo afuera, decía que...era católica, ¿verdad?, pero nunca iba a la Iglesia; y ya estando aquí, en “sala de términos”, recuerdo bien: me sentía mal, por lo que estaba pasando y, la verdad, sinceramente, decía yo que me quería quitar la vida.

Para mí ha sido como más fácil sobrellevar todo esto; porque no fue fácil para mí el decir: "¿sabes qué, cincuenta años de tu vida te vas a quedar aquí?". Llegué de veintiséis años y a ver... [*Alarga la palabra*] aún, si algún día voy a salir de este lugar [*tono triste*]. Es muy difícil. Es muy difícil vivir con eso, estar con eso y decir: "¡a lo mejor toda mi vida!". Sólo dios sabe. Entonces, sí es muy difícil.

J: Y, ¿cómo estás? ¿Cómo te sientes aquí? Pues...bien pero quisiera irme, ¿verdad?, no quisiera estar aquí. Pero de entre lo que cabe bien. Pues sí, un poquito triste porque ya quisiera ver a mi hijo, aunque platico con él, yo ya quisiera que fuera sábado, que ya viniera porque pues una de las cosas que más he deseado desde que llegué a este lugar es poder volver a ver a mi hijo. Y, a veces, aunque no quiera o, a veces, aunque no quiera pensar, o sea pienso, pues, en ese momento: de poderlo ver, poderlo abrazar, poder estar con él.

Yo creo que es una de las cosas que más quisiera, aparte de ver a mi hijo, el poder ver a todos mis hermanos, no nada más a él. Tengo ahorita a dos... a una hermana que vive en San Luis, pues a ella sí la vi cuando recién caí aquí. Pero a mis dos hermanos los hombres nunca los he visto; ni a mi hijo, ni mis dos hermanos los hombres, ni al papá de mi hijo. A veces, na' más, he hablado con él por teléfono, pero no lo he visto.

Pues fue un dolor bien tremendo, decía yo: "por qué, si era su hija y...por qué y por qué", decía yo. Yo me preguntaba: "bueno, a lo mejor a mis demás hijas también", póngale que no me las haya violado pero si manoseado y eso está todavía en duda. Le doy vueltas a mi cabeza, de hasta dónde llegó esa persona de hacernos daño; que todavía, a la mejor, yo digo: "bueno, a la mejor a mis hijas las más chiquitas también las manoseaba", y de ahí tantas cosas que mis hijas hayan vivido; tan chiquitas y yo sin darme cuenta.

Y...resulta que este muchacho... a mí me daba tanto coraje -a la mejor hice mal en meterme- que mi hija se iba a trabajar y todavía llegaba a la casa a bañar a las niñas, a hacer "qué hacer". A veces ni a hacer "qué hacer" sino a descansar; vivían en el cochinerito porque él no iba ni a trabajar ni quería limpiar la casa. Entonces yo...yo...soy muy grosera cuando me enoja y pues, llegaba yo enojada y le dije un día a Blanca: "mira nomás -le dije- este para el lado del viento, bien cómodo y tu de pendejita trabajando para él, no se me hace justo eso Blanca, estás mal". Llegué enojada, verdad, por la situación de cómo vivía Blanca; ella como que se molestó porque él le ha de haber dicho también molesto que por qué me metía yo y: "ay, amá -me dijo- no diga nada, cálese". Y le digo: "no, es que no me voy a callar, porque es un huevón mantenido, tus hijas qué van a comer. Si tú no trabajas se te van a morir de hambre, hasta tu; y no es justo que tú trabajando y él acostado".

De ahí empieza la relación y va y nos lo presenta; entonces Pedro, mi hijo el mayor, lo dejó con la mano extendida y le dijo a la Blanca: "a mí no me andes presentando a estas personas". No le cayó, dice que en cuanto lo miró sintió algo: un rechazo tremendo; dijo: "yo sentí que esa persona nomás no; no sé qué sentí amá, no sé explicarlo", dijo. Entonces, yo también sentí lo mismo, le dije a Pedro: "yo también sentí lo mismo, entonces esa persona no es bienvenida a la casa". Porque Blanca tenía intenciones de llevárselo a vivir ahí a la casa; entonces le dijo mi hijo: "sabes qué, para tus hijas y para ti, aquí tienes la casa, inclusive yo te voy a estar dando los vales de mi fábrica, pa' las niñas, pa' que te ayudes -dijo- pero para esa persona no hay lugar aquí, no hay cabida". Entonces se enoja Blanca y dice: "mmm, pues a mí no me gusta que dirijan mi vida -dijo- y yo me voy a otra parte". "Ah, pues como tú quieras", le dije.

La impotencia, que mal se siente uno, ¡eh! Impotente de no poder hacer nada y para eso pues yo...vivía todo el tiempo con el alma en un hilo. Por eso me quedaba pensando: "¿dónde están mis hijas? -ya no, Blanca- ¿dónde están mis nietas?"; me dormía y sentía yo como que mis niñas estaban al lado de la cama; y yo abría los ojos y decía....porque las miraba yo, las miraba, no sé si era mi imaginación o no sé qué sería. Es algo inexplicable que no sé lo que era, ¿verdad? Yo las miraba y abría los ojos y estaba segura de que mis niñas están aquí conmigo: "pero ¿qué pasó?, ¿por qué?". Y me daba un escalofrío y mi mente caminaba muy rápido "o está muerta y me está pidiendo ayuda o qué está pasando".

Y ya fui y le dije: "hermana, ¿tú sabes lo que yo he vivido cuando voy y veo a Blanca?", [U] "No, pues no, sólo tú que lo estás viviendo sabes" [U] "¿Por qué me llamas la atención como tú lo hiciste? ¿Tú sabes que cada que voy me enfermo más? ¿Tú sabes que cada que voy me deprimó mucho? [*Llanto*] ¿Tú sabes lo que es tres horas estar en el sol haciendo fila y salir enferma, y salir con depresión de ahí, de ver a Blanca? ¿Sentir la impotencia de que todavía no he asumido lo que pasó? [*Voz apenas distinguible por el llanto*]. ¿El dolor de ver a mi hija y de haber perdido a mis hijas? ¿El dolor de saber que nació de mí y es una persona desconocida para mí?".

Para mí, fue bien doloroso –el expediente está así [*señala el grosor del texto*] – ver el cadáver de mis nietas; ver como los animales se las estuvieron comiendo de una parte de su cuerpecito. Ver, pensar en que yo ese periódico lo tuve en mis manos y no reconocí a mi nieta; la agonía de día tras día preguntándome ¿dónde están esas niñas?, cuando ella sabía todo. Sabía dónde estaban y no haber podido defender a una, cuando ese hombre mató a la primer niña no haber podido defender a la otra. A mi pareja le decían: "tata, no dejes que mi mamá me lleve –la más grade– no quiero irme con mi mamita".

Como le dije a mi hermana: “tú no sabes lo que yo he pasado –le dije– ni sabes lo que he sufrido, ni sabes cómo anduve año tras año, en el transcurso de esos cuatro años tocando puertas [*llanto*] en tiempo de calor, sufriendo, días de desvelos ¿dónde están? Haciéndome esa pregunta, cuando me dicen: “no hay nada que hacer, a sus nietas las mataron señora”. Cómo me cayó cuando yo tenía una esperanza: “cuando encontremos a las muñecas las vamos a llevar al kínder, las vamos a llevar a la escuela”, “mira, esos vestiditos, que bonitos para vestirlas”, “¡ay! que bonitos se les van a ver a las niñas”. Cuando ella confesó eso [*llanto y voz quebrada*] no defender a sus hijas... [*Dificultad para hablar por el llanto*] y o sea, es lo que yo he hablado con mis hijas, y todavía me dicen: “no nos cae “el veinte”, ma”, no nos ha caído y creemos que, hasta ahora, estamos asimilando lo que pasó; y Blanca que no espere ahorita que vamos ir a verla, que no espere que vamos a ir porque no vamos a ir”. Y yo le he dicho a Blanca: “Blanca, no las presiones, déjalas... [*Continúa el llanto*] ellas también están sufriendo, a lo mejor todavía más que tú.

Como le dije el otro día a Blanca: “bórrame si quieres de la lista, pero ten en cuenta que los cuatro años o tres y medio que duraste sin verme, créeme, estos cuatro meses no son nada para ese tiempo. ¿Tú crees que en ese tiempo que no te miré, yo era feliz? ¿Tú crees que yo dormía tranquila? No Blanca, no es así. A lo mejor tú estás mejor ahí que yo acá fuera; yo que estoy afuera no tengo, a veces, ni para unas cortinas, escúchalo bien. Y tú estás ahí porque tú lo quisiste, tú decidiste tu destino, tu quisiste eso para ti, por eso ahí estás”. Ya cuando yo le dije eso a ella, ya, como que le bajó un poquito, pero le baja y al rato le vuelve a subir y empieza que: “yo no tengo a nadie, parece que soy sola”, a reprocharme a mí.

Entonces cuando yo me siento con mucha presión y me siento enferma, hago esto: apago el celular; los días que yo sé que ella me va a hablar lo apago, porque para mí es una tortura, es un sufrimiento. Entonces, dijo mi hija: “amá, dele el número de teléfono, el mío, a Blanca, porque yo voy a hablar con ella”. Yo le dije: “no, no hombre, no hables con ella”; un día de estos iba a ir, precisamente un sábado...no me quedó dinero, tuve unos gastos que hacer. Entonces yo pienso que para el otro sábado si voy a poder ir y le voy a pedir a Dios para ese día hablar y sincerarme y decirle, aunque me duela a mí, decírselo.

Cuando ellos me dijeron que estaban muertas yo me solté como loca gritando ahí, dice mi hijo, yo no me acuerdo. Sí me acuerdo que me agarré diciendo cosas, pero no sé qué; entonces, mi hijo dice que me agarré grite y grite: que no hacían las cosas como debían de ser, que nada más faltó que yo los agarrara, que todo lo querían en las manos, que qué modo de trabajar, que no servían para nada, que ahora ya estaban muertas, que ahora ellos me iban a regresar a mis nietas: “cuando yo les pedí

ayuda no me la prestaron, ahora me van a regresar a mis nietas vivas”, que yo les gritaba. Y que la gente oyendo ahí; que dijo una señora, en la sala de ahí: “ay, hay una señora gritando como loca y echándoles hasta para tamales a la autoridad y todos aquí –dijo– sabe por qué”, que le dijo a mi hijo Pedro, y que él le dijo: “sí, ya sé quién es: es mi mamá”, que le dijo Pedro a la señora.

No me siento mal, me siento bien, porque yo sé que tenía que hacerlo ¿por qué? Por las niñas, por mis niñas. Ya no había nada que hacer, ya estaban muertas, pero quién nos asegura que si a él no lo hubieran detenido, no lo seguiría haciendo.

Y bueno, al bajar de mi cama me dijeron felicidades y así, pero yo traía el cepillo de dientes, entonces me fui a terminar de lavar y una de mis compañeras me dijo: “es que tú eres muy dura, no sacas el llanto”, y le dije: “es que si no quiero llorar yo sé mis motivos, pero yo no quiero llorar; por qué a fuerzas quieren que yo llore”, les digo. “ustedes no saben y yo no quiero llorar no voy a llorar”. Y mis compañeras: “no, es que siempre has sido así, que no sé qué tanto...”, y yo: “nadie sabe lo que yo puedo sentir y me lo estoy reservando”, y como casi no lloro entonces dicen que soy muy dura.

Entonces son cosas que decidí cambiarlas [*voz con furia*] y como le dije a una compañera: “es que si no quiero llorar no voy a llorar, yo sé por qué no quiero llorar”, le dije a Paulina, y se me empezaron a poner los ojos llorosos y me subí a mi cama. Entonces dijo otra de mis compañeras: “ya, déjenla”, y ya, le dije a Paulina: “no, sí me gustó, gracias”; pero, o sea, es lo que yo digo: si hubiera llorado pero no quise llorar y más porque andaba así como... traía mucho sentimiento, y andaba así... como sensible, por el hecho de que mi mamá no vino y no iba a venir –yo ya sabía que no iba a venir– de que mi hijo no ha venido y como que si hubo unos días que sí anduve muy triste y anduve muy mal.

¿No sé si te he platicado que yo me la paso trabajando y se me va el tiempo rápido? Pues duré como dos semanas y media sin hacer nada, nada más me la pasaba acostada, me la pasaba dormida. Me acostaba y me dormía; dije: “no, no quiero llorar” y así estaba ¿no? Entonces, como andaba muy sensible dije: “no, es que no voy a llorar” Me puse en eso de decir, de que no voy a llorar porque el año pasado sí, de que me cantaron las mañanitas me solté llorando. Pero no era por el hecho de que me estén cantando las mañanitas, sino es por el hecho de lo que yo traigo, pues entonces dije: “no, no quiero llorar”. Me puse en eso de que dije: “que no y no”; y andaba muy triste y muy “agüitada” por lo que traigo.

Y haz de cuenta que mi mamá se enfermó y había quedado –no sé si te platiqué– que mi mamá iba a venir antes si venían por mi abuelita, para el día que vinieran por mi abuelita no viniera para acá. Entonces no vino y el día que dijo: “ay hija, pues todavía hay tiempo, puedo ir y de ahí, saliendo, me voy para con tus tíos, para el

cincuenta y siete". Pero se enfermó y haz de cuenta, no vino; entonces pues más, ¿no? Le dije: "para que me dice que va a venir si no va a venir", le dije. Pues ándale, resulta que se enfermó en la semana y no pudo venir; entonces yo traía todo eso; entonces les dije: "no tengo porque andar dando explicaciones, no más no voy a llorar y no voy a llorar, y piensen lo que quieran", les dije.

Y aquí es lo que más necesitamos, como le dije a una compañera, porque sí me sentía triste: "definitivamente yo si ya ocupo que venga mi mamá, de perdida mi mamá; si mi hijo no quiere venir, ya me quedó el gusto, de perdida –aunque me duele y todo– pero ya me quedó el gusto de poderlo ver, porque con él sigo platicando de todas maneras por teléfono, pero ya necesito que venga mi mamá –le digo– ya ahora sí, realmente lo necesito". Y es que me puse mala, ya ves que te dije.

J: Quiero seguir retomando los temas...no le he hablado a tu mamá. Creo que ahorita no trae el teléfono, no me acuerdo porque me dijo mi hermana que no lo traía –como operaron a mi sobrinita– entonces...porque también he tenido ganas de hablar con ella y ya tengo ¡como dos semanas! *[tono de voz con angustia]* Con la que he estado hablando es con mi hermana; que de hecho también tiene mucho que no he hablado con ella. Me dio su número de teléfono y es con la que he estado hablando, con Mónica, ya tenía mucho que no hablaba y pues ya. De hecho, al parecer, va a venir mi hijo, tienen la cita para el diecisiete, mi hermana y mi hijo; cita porque tienen que tramitar la credencial y posiblemente el dieciocho vengan.

J: ¿Y qué sientes? Pues me siento desesperada, se me ha ido... porque me dijo desde el... viernes pasado y se me ha hecho largo. Pues ya me siento desesperada porque ya lo quiero ver, ya van a ser ¡nueve años!; y hablo con él y le digo: "ya, hijo, ya te quiero ver" [U] "Yo también amá, ya nos falta poquito".

A lo mejor no tanto lo que me pueda preguntar porque... yo siempre le he dicho: "¿quieres decirme algo, quieres preguntarme algo?" [U] "no, no, no", me dice. Entonces, no es tanto mi miedo eso porque, igual, lo que a mí me llegue a preguntar se lo voy a contestar como es. O sea, no es tanto eso sino... más como en el momento, pues.

Con mi mamá...duré meses sin verla –la primera vez que llegué a aquí– así que cuando la abracé lloré mucho. Y con mi hermana duré como... un año [sin verla] y también cuando la vi lloré mucho; con otra de mis hermanas duré cinco años sin verla –a Karla– y no lloré [lo dice sorprendida] no pude llorar. La abracé y sentí mucha emoción, mucha alegría pero ya no pude llorar. Lloré cuando se fue; no sé, fue en ese momento cuando me solté llorando, cuando ya todo como que ya... lo asimilé. Porque no lo podía creer que en ese momento mi hermana estuviera ahí, porque la verdad ella fue muy dura. Nos llevábamos bien afuera y cuando caí aquí fue muy duro el hecho

de que no te quería contestar una llamada. Y en ese momento no podía asimilar que estuviera ahí conmigo, ya hasta cuando se fue ya como que dije: “ay” y me solté llorando.

No he hecho un plan pero sí me hace como mucha alegría, y cuando mi hijo me dijo estaba llorando y pues yo también me solté llorando. Y la verdad, se lo agradecí a mi hermana, le dije: “gracias, te lo agradezco con todo mi corazón y estando en este lugar, es el mejor regalo”. Y ya, me dijo mi hermana: “no te preocupes –ella es un año más chica que yo– y lo que esté en mi manos, yo lo voy a hacer”.

Y me dijo: [U] “¿por qué estás triste?” y ya no aguanté, no aguanté y me solté llorando, le dije: “ya mi hija estaría cumpliendo quince años”, le dije. Y me dijo: “pero por qué no lo hablas, por qué te quedas callada, si ya la gente ya habló, ya dijo lo que quiso decir, tú sácalo, no te quedes callada” [U] “porque no me gusta”, le dije. No me gusta que la gente esté diciendo, que la gente esté hablando, porque no lo hacen de buena manera sino con el afán de, a veces, estarlo hostigando a uno [su tono de voz es de angustia y molestia] Le dije: “me duele mucho, aunque han pasado muchos años, pero todavía me sigue doliendo, es algo que... [Voz entrecortada, llanto] no es que yo diga: ya no me duele, sí me duele”.

Porque es algo que todavía me duele; mi compañera me dice: “sácalo, habla las cosas, no te quedes callada, que no te importe lo que diga la gente, déjalos que sigan hablando, que la gente hable, mientras tú te sientas bien. Si tú viviste momentos felices con tus hijas, no los olvides, no entierres esos momentos felices, plátalo, disfrútalo”. Pero no me gusta, no me gusta decirlo, a veces no por decir: “ay, no quiero hablar de mis hijas”, no, sino simplemente porque nada más quieren estar escuchando a uno para estarlo criticando. Pero sí, la verdad, muchas palabras bonitas me dijo mi amiga y ya, me solté llorando un rato con ella, me dio un abrazo y yo le di la mano y me dijo: “Blanquita...que no sé qué”. La verdad me hizo bien platicarlo con ella, y sí me sentí un poquito mejor pero... si para mí, para uno que vivió las cosas es difícil, ahora imagínate para la persona que está detrás de.

Me siento toda nerviosa porque te dije que mi hijo iba a venir hoy, así que puede ser que por ahí anden mi hermana y mi hijo. No sé si estén los dos o nada más haya venido mi hermana; como ya ves que te dije que mi hijo estaba trabajando en la noche. Entonces, pues sale noche y pues no sé si se haya levantado, porque tenían la cita a las diez; además quien sabe si sea rápido, si haya gente, si trajeron todos los papeles.

Aquí me he hecho como más fuerte, la verdad, pero cuando platico con mi hijo es totalmente diferente, totalmente otra cosa. Le digo: “ya te quiero ver, ya te extraño, pues te amo” [U] “yo también –me dice– te amo”. El hecho que él me diga “te amo” pues... eso me hace sentir bien; de que a veces le digo: “te mando un beso”, y me

devuelve el beso [sorprendida]. Entonces eso me hace sentir bien, aunque tengo mucho tiempo sin verlo, tengo como... no sé si te acuerdas que como a los dieciséis años, quince –no me acuerdo bien– comencé a hablar con él por teléfono. Entonces, a través del tiempo y como hemos ido hablando y teniendo una relación, aunque sea por teléfono, es totalmente diferente que al principio.

En ese cuaderno, a veces, yo le decía que lo quería mucho, o sea, para que él no pensara que yo me iba a ir, pues, que yo me estaba alejando. Entonces, pues yo le decía: “no, pues te quiero mucho”; pero también le decía ahí que me sentía culpable por todo lo que había pasado. Que yo sabía que él lo había hecho pero que yo me sentía culpable, porque yo decía: “pues a la mejor pude evitar todo esto”, y por miedo no lo evité. ¿Por qué? porque pudo más el miedo en ese momento, a lo mejor por todo lo que estaba pasando. Pudo más que el valor de decir: “¿sabes qué?, pues me voy, agarro a mis niñas y me voy”. No sé, pudo más el miedo que una reacción mía.

CAPÍTULO 3

DEL INSTINTO MATERNO AL AMOR MATERNA MUJER, MATERNIDAD Y SUBJETIVIDAD FEMENINA

El filicidio: aniquilación del miembro más débil de la familia

¿Por qué dos pequeñas niñas menores de cinco años y miembros de una amplia red familiar, terminan muertas a causa de violencia intrafamiliar? ¿Qué provoca que una violencia de este tipo, culmine con la muerte del miembro más débil de la familia; es decir, los hijos menores, sobre todo mujeres? ¿Por qué investigar un tema relacionado con el filicidio? Cuando se leen los diarios, cuando se ven los noticieros por televisión, o se escuchan por la radio, o al navegar en internet, observamos que ocurren actos violentos ejecutados contra niñas y niños. Hechos que se encargan de dar cuenta de una realidad que se presenta a menudo y que hace pensar en la idea de “locura” y “monstruosidad” representada por los padres: el filicidio²⁴. Existe el filicidio causado por el padre y el filicidio causado por la madre. En algunos casos, es llevado a cabo por los dos progenitores. No obstante, el filicidio materno es el que llama más la atención debido a las implicaciones morales que operan o pueden operar en cada cultura, como es en el caso de la mexicana.

Como manifestación de la violencia, el filicidio es un fenómeno que ha ocurrido en todas las culturas y en todos los tiempos²⁵. En el mundo actual, esto no es la

²⁴ Algunas notas muestran este fenómeno: “Madre mató a menor reportada como desaparecida”, disponible en: <http://www.lacronica.com/EdicionEnLinea/Notas/Nacional/04012016/1041073-Madre-mato-a-menor-reportada-como-desaparecida.html>; “Le dan 241 años de cárcel por homicidio y abuso de menores en DF”, disponible en: <http://noticieros.televisa.com/mexico-df/1505/le-dan-241-anos-carcel-homicidio-abuso-menores-df/>; “Juicio de mujer por homicidio de recién nacido”, disponible en: <http://zetatijuana.com/2015/10/29/juicio-de-mujer-por-homicidio-de-recien-nacido/>; “Encuentran culpable a madre por homicidio de su bebé”, disponible en: <http://www.zonalider.com/local/encuentran-culpable-madre-homicidio-su-bebe>; “Este chacal es el asesino de Karina”, disponible en: http://enlaceinformativo.net/nota.php?id_not=7199; “Padres acusados de matar a golpes a su hija”, disponible en: <https://www.cadenanoticias.mx/nota.php?cont=notas¬a=8775>; y el más reciente caso aquí, en la ciudad de Mexicali: Haro, S. (2016, 1 de julio). *La muerte anunciada de Diana Mía*. En Zeta, 16A-19A.

²⁵ Ya desde el año 431 a.C., Eurípides (1993) trató el tema en una de sus tragedias: Medea, donde humaniza a sus personajes, traídos de leyendas y mitos de un tiempo muy lejano al suyo, haciéndolos parecer tan actuales como los actores de algunos episodios de nuestro tiempo. Tal es uno de los casos más famosos de

excepción. Ocurre en todos los estratos sociales; tanto en ciudades como en zonas rurales del país, afectando la dinámica propia de éstas, pues “la violencia transforma el mapa psicológico de las urbes” (Monsiváis, 2003: 418). Sin embargo, aunque la violencia y todos sus tipos de manifestación no distinguen clase social de pertenencia para ocurrir, no es imposible pensar en que todos aquellos que no pertenecen a una clase social acomodada, tienen menos probabilidades de evadir los sistemas judiciales y punitivos.

Las diferencias y conflictos al interior de la familia de Blanca Estela, sin duda, contribuyeron a que dos de sus miembros, las dos pequeñas niñas, fueran desatendidas por todos los sujetos de ésta. Llama a la atención el hecho de que la violencia de la que fueron objeto estas niñas, no inició con ellas, sino que se mantuvo reproduciendo a lo largo de dos generaciones anteriores, por lo menos. Me refiero a su propia madre (Blanca Estela) y a su abuela quien, en el papel de ‘cabeza de familia’, fue la única que atendió –tardíamente– la ausencia de sus nietas. Un ejemplo de esto se ve reflejado en las discusiones, cada vez más fuertes y constantes entre Blanca Estela y su mamá, por lo que la primera de ellas:

“Buscó otro lugar dónde irse, se llevó a las niñitas para allá; al niño [su hijo mayor] también se lo llevó y, entonces, empezaron los golpes. Empezaron a aparecer las niñas con golpes, con moretes y...: “Blanca, ¿por qué esto?”; “Blanca, ¿por qué aquello?”. Y me decía: “amá, es que se echó la televisión”, para todo encontraba solución, mentiras; pero las niñas no se miraban normales, pues. Todo el tiempo se miraban tristes, todo el tiempo; ya no se reían, su semblante no era normal de unas niña sanas. Entonces ya de ahí, como miraron que nosotros estábamos al pendiente de las niñas, haciendo preguntas, se desaparecen [Blanca Estela y su pareja]. Y yo preguntando dónde están y salía en el carro a ver si las miraba, iba al centro a ver si las miraba. Es cuando le digo que se perdió por tres años.

¿Por qué una mujer, sometida a una variedad de violencias a lo largo de su trayectoria de vida, desaparece de la cercanía de su familia? Según Blanca Estela, cuando ella dejó de ver a su mamá y, por lo tanto, a toda su familia, fue debido a que el asesino de sus hijas, su pareja, no le permitía verla. Le impedía a punta de patadas y golpes

filicidio: el de Susan Leigh Vaughan Smith, una mujer estadounidense condenada a cadena perpetua por el asesinato de sus hijos en octubre de 1994 (Amara, 1998).

que visitara a su familia, por lo que con mucho miedo, ella obedeció la orden de este hombre.

Pero antes de eso, antes de que se perdiera tres años, me voy yo para la catedral y fui y: "ay virgencita santa, dame una señal de que mi hija está viva, qué tal si está por allá, como muchas que las matan y uno ni cuenta se da". **FEMINICIDIO** Entonces me agarro llorando y pidiéndole a la virgen de Guadalupe. Salí de ahí, distraída, yo iba caminando cuando me voy para –no sé qué andaba buscando– donde hay cobijas, colchas y todo eso; cosas de allá del sur, ¿verdad?, que hay gabanes, sombreros y todo eso. Cuando de repente levanto la vista y voy viendo que era Blanca la que iba caminando; no sé... mi este...de madre ¿no? [*Se refería al instinto materno*] cuando sentí mi corazón. "¡Blanca!", le digo yo, y ella, también, me mira de frente: "¡mamá!", me dice, y se agarra llore y llore, y le digo: "ay, hija, dónde estabas tanto tiempo, dime dónde estabas".

En ese momento ya nada más venía con una niña, ya no traía a las dos:

Entonces [*carraspea*], le digo yo: "dónde está Arlette, dónde está Arlette hija" [U] "ay, amá –dijo– está en San Diego. Mi cuñada se la llevó para allá y después se van a llevar a la Lupita y después nos vamos a ir nosotros, estamos tramitando el pasaporte para irme para allá", dijo. "Ah, bueno", dije yo, ahí todavía no me entraba duda, "pues ha de ser cierto", ¿verdad? Y al tiempo, me la vuelvo a encontrar [*Hace un esfuerzo por aclarar su memoria*] o ya iba de vez en cuando a la casa, se me hace. Sí, ya iba de vez en cuando a la casa. Y llega otra vez con una sola niña; ahí fue donde empecé a pensar: "ay, ¿tanto tiempo y no trae a la niña?, ya ha de estar bien grande mi niña". Ya para eso yo ya tenía mi pasaporte, y le digo: "dime dónde vive para ir a verla, yo voy a San Diego, a donde sea, yo quiero ver a la niña", le decía yo. [U] "Ay no, amá, es que yo no me sé bien la dirección, pero la voy a conseguir y luego se la traigo", me respondía.

Así pasó ¿verdad?, y ya; en una ocasión de esas, vinieron mis hermanas. Íbamos por la Plaza de Toros cuando [de repente] nos encontramos a Blanca, iba con la niña; yo abracé a la niña y se quejó. Luego, una hermana mía que es bien desconfiada también la abrazó y la niña hizo lo mismo; por eso, en cuanto Blanca se descuidó, le subió la blusita. ¿No le va viendo las llagas, así, grandotas? Pero mi hermana no me dijo en ese momento, sino hasta que [Blanca Estela] se despidió: "ya me voy, porque si él no me ve, pues me va estar esperando, se va a enojar, porque ya

me tardé mucho", y se despidió de nosotras. Y ya, me dice mi hermana: "¿no te diste cuenta, no miraste lo que yo miré?"; le dije yo: "¿qué?" [U] "pues le alcé la blusa a la Lupita y traía unas llagas así de grandes, de lo que las golpea" [U] "ay, no me digas eso", le dije; "sí", me dijo.

Entonces yo, luego-luego, me fui al ministerio público, me fui a la defensoría del menor, al DIF; anduve tocando puertas. ¿Cree que me ayudaron?, nadie. Fui a la defensoría del menor y las personas de ahí fueron conmigo –porque investigamos dónde vivía Blanca con él. Vivía bien ‘cerquitas’ de dónde yo vivía y no sabía, porque cuando nosotros la mirábamos... o sea, ella nos tenía engañados. Como que ella iba para otra parte, rodeaba para que nosotros no supiéramos que vivía cerca de ‘conmigo’. Para eso, el papá de mi hija, mi pareja, mandó a un sobrino de él a que la siguiera; cuando se fue Blanca de la casa, le dijo: "mira, de lejos, vela siguiendo". Y la fue a seguir el sobrinito y ya, luego me llevó a mí, pa’ decirme dónde vivía, y yo, luego-luego me fui ese día para allá, a esa defensoría del menor.

Ahí, les dije a estas personas: "ahí están las niñas, si no están las dos, está una y está siendo golpeada por la pareja de mi hija y quiero que la saquen de ahí, por favor". Y me dicen: "no señora, no podemos entrar porque hay niños y dónde hay niños no podemos entrar" [U] "Pero son la defensoría del menor, se supone que pueden entrar donde haya niños, pa’ rescatarlos", ¿no? Yo en mi ignorancia, porque yo pienso que sí debían de entrar y sacar a mis hijas; yo les suplicaba y no hicieron nada.

Me voy al ministerio público y les digo: "así y así con mis nietas y las ando buscando; las está golpeando la pareja de mi hija", y ya, les expliqué todo. "Traiga una acta de nacimiento de sus nietas, donde consta que es usted su abuela". Entonces, me fui hasta allá, por el [Ejido] Benito Juárez, para allá, del lado de Algodones; pues me voy hasta allá. No tenía dinero. Y me fui y empeñé unas joyas que tenía y saqué pa’ la gasolina, y entonces me fui hasta allá. Saqué las actas de nacimiento de mis nietas y me regresé al ministerio público y les dije: "me pidieron esto y aquí está, donde dice que yo soy la abuela de las niñas". Me dijeron: "no señora, no le corresponde a usted –ya no estaba la misma, estaba otra persona– la indicada no es usted, que venga el papá de las niñas", así. "Ay, ¿pues qué hago entonces?" Me fui al DIF y así y así; nadie me ayudó, nadie.

Ella, doña Estela, intentó ayudar a su hija, intentó hacer algo para que las instituciones encargadas de cuidar y proteger a ‘la familia’, intervinieran. Necesitaban hacer algo para que su hija, si por ella misma no era capaz de enfrentar la violencia a la que era sometida, pudiera percatarse de que estaba frente a un gran peligro. Pero como ella

misma dice: “no hicieron nada”; así que no le quedó de otra opción más que la de denunciar a su hija:

Entonces, voy y pongo la demanda: "bueno, vengo a demandar a mi hija porque quiero ver a mis nietas, porque hace mucho que no las veo y están siendo golpeadas por la pareja de mi hija y quiero verlas. Yo como abuela, tengo derecho a ver a mis nietas y quiero verlas, porque no sé en dónde están.

La respuesta fue:

"Tiene que traer [la información de]: si traen carro, número de las placas del carro, qué color es; tiene que traer el domicilio; tiene que traer nombres; tiene que traer todo para poderla ayudar señora" [U] "Pero eso es trabajo de ustedes, yo no puedo hacer todo eso que me piden, es trabajo de ustedes". La impotencia, que mal se siente uno, eh; impotente de no poder hacer nada; yo vivía todo el tiempo con el alma en un hilo. Por eso me quedaba pensando: "¿dónde están mis hijas? –ya no, Blanca– ¿dónde están mis nietas?" Me dormía y sentía como que mis niñas estaban al lado de la cama; y yo habría los ojos y las miraba; porque las miraba yo, las miraba, no sé si era mi imaginación o no sé qué sería; es algo inexplicable que no sé lo que era, ¿verdad? Yo las miraba y abría los ojos y estaba segura de que mis niñas estaban ahí conmigo: "pero ¿qué pasó?, ¿por qué?". Y me daba un escalofrío y mi mente caminaba muy rápido "o están muertas y me están pidiendo ayuda o ¿qué está pasando?".

Doña Estela en su afán por saber qué pasaba con sus nietas siguió indagando.

Yo no podía detenerme, pues; seguía y seguía escarbando hasta que a Karla, mi hija, va Blanca y le lava el cerebro, y le dice: "vete a vivir conmigo, mi mamá te está dando obligaciones que tú no tienes –porque yo me dedicaba a vender ropa en los tianguis, en el “sobre ruedas”; iba a Las Palmas [En E.U] y traía ropa de allá para vender; me iba todo el día para allá y Karla se quedaba a cuidarme a la niña, a la más chiquita– porque tú no tienes que cuidar a Liz, la obligación es de mi mamá. Así que vete a vivir conmigo, te voy a buscar un departamento cerca de donde vivo, allá vas a estar bien agusto mija, vete para allá”.

Estando allá la hizo pasar como amiga de ella, ante su pareja no la hizo pasar como su hermana, le dijo que era su amiga. [Él] ya estaba por quererla poner a trabajar en un billar dónde Blanca trabajaba para estarlo manteniendo. Ella lo estaba

manteniendo cuando él mató a la primera niña. Él no salía a ningún lado, se la pasaba encerrado y ella era la que trabajaba para él y, entonces, ya quería que Karla también trabajara para él. Entonces, ésta respingó, pues; dijo: “¿y por qué?”

Entonces, dijo mi hija Karla que había cosas que ellos se decían para que ella no entendiera, por lo que se quedaba con la duda. Y un día –dice ella– Blanca agarró su pasaporte y le dijo: “hija, voy a ir a Calxico, al rato vengo, eh”, y quién sabe qué tanto. Blanca se fue con el ‘fulano’ a Calxico y ésta [Karla] aprovechó para esculcar todo. Y va encontrando un diario blanco abajo del colchón de Blanca; ahí decía todo. O sea, ¿no sé si ella le ha comentado de ese diario? Ahí se descubría todo. Ahí decía que si algún día llegaban a agarrarlo –la policía– ella se iba a echar toda la culpa, porque lo quería mucho; y ella se iba a declarar culpable de lo que él había hecho con sus hijas.

Pues eso miró Karla y salió ‘como loca’ corriendo de ahí, de esa casa; y vino y me dijo: “mamá, encontré esto y esto y esto. Ahí hay señas de que las niñas, yo creo, ya están muertas”, me dijo Karla, llorando. Y ya, todas [se refiere a sus hijas]: “*mija*, tu hazte como que no sabes nada y tráete el diario. Tráete recibos del domicilio y apunta los números de las placas de la camioneta que traen”. Pues esa tarea la hizo Karla, con miedo y todo. Si a ella [a Karla] le pregunta usted sobre eso, se agarra temblando, vuelve a recordar todo eso y se pone así. Dice ella que aparte de eso, tenía unos [videocasetes] de los que había antes, de esos grandes donde grababan; como las películas. Dice que miró que a las niñas las desnudaba y las golpeaba, y gozaba; las grababa pa’ golpearlas.

[A su regreso] no los encontró porque Karla se regresó para traernos el diario y todo lo demás y pues ya no los encontró, ya no estaban. Entonces, Karla se vino con miedo y todo, y yo le dije: “tú, ya no vas a poder estar aquí, porque se van dar cuenta que agarraste el diario y ese señor es un enfermo, te va a querer matar”. Ese mismo día la mandé para Guanajuato; me fui hasta San Luis y la eché en el autobús directamente a Guanajuato; se fueron ella y Javier. Javier estaba muy niño todavía, pero para que la acompañara, para que no fuera ella sola, así que se fueron los dos.

Cuando Blanca Estela se dio cuenta de que no estaba el diario preguntó por su hermana; no hay que olvidar que para esas fechas, Blanca Estela estaba visitando nuevamente su casa, a su familia. “Y Karla, ¿dónde está?”, le preguntó a su mamá, nerviosa. Blanca Estela pensaba que su hermana estaba con su novio, un muchacho al que le decían ‘El Chapo’. La mamá le respondió que no sabía su paradero haciéndose la enojada, no sin antes advertirle: “*tú me vas a responder por ella, porque*

tú te la llevaste, Blanca". Así pasó, hasta el momento en que tuvo que ir a entregar 'el diario' al Ministerio Público para que, sólo así, le hicieran caso. Porque sus solicitudes de ayuda no estaban siendo atendidas: *"ya cuando miraron el diario y todo, y que yo aferrada y aferrada, ya fue cuando me ayudaron. ¿Ayudarme a qué? ya nada más a agarrarlos"*, lo dice molesta aún.

Para entonces, ya la andaban siguiendo. Ella ya iba para la casa. Todavía en esos días que la detuvieron, ella fue a la casa; o sea, no entiendo a Blanca: era buena hija. Pero como yo les digo, hubiera preferido que hubiera sido buena madre, no buena hija: no quería que nada me hiciera falta a mí.

Iba a la casa y si hacía falta agua, agarraba los garrafones, los echaba a su camioneta e iba y me los traía. Me decía: "mamá, vamos a la frutería a que compre su mandado, sus frutas; le voy a comprar poquito mandado, vamos". En esos días, antes de que la detuvieran –porque los andaban siguiendo, la andaban siguiendo a ella– en cuanto Blanca se fue de la casa, me habló el judicial: "señora, estaba con Blanca, ¿verdad?" [U] "Sí" [U] "ah, señora, las andamos siguiendo". Nos andaban siguiendo.

Cuando la agresión termina con la muerte

"Ya las niñas estaban muertas, ya las había matado él a las dos". Para cuando las autoridades decidieron intervenir, ya era demasiado tarde, las dos pequeñas hijas de Blanca Estela habían muerto de manera brutal y cruel a la vez. Según su mamá, en el expediente del caso consta que Blanca Estela declaró que él, su pareja, la *"agarró de las greñas"*, la subió a la camioneta y agarró a la niña, quién estaba agonizante. Luego fue y escarbó un hoyo dentro de un cuarto en un terreno de su familia en la colonia Hidalgo:

Pero miró que la niña se movía y le dijo: "no la puedo enterrar así porque está viva, pero sabes qué" –que la maltrató a la Blanca– "sabes qué hija de tu..." –pa' acá y pa' allá verdad– "la voy a dejar aquí", y la dejó arriba de unas tarimas y la agarró otra vez de las greñas, a Blanca, y la subió a la camioneta... "aquí la voy a dejar arriba de las tarimas y en la madrugada vengo, antes de que amanezca y ya, vengo y ya va estar muerta y la voy a enterrar"; y así lo hizo. Ya cuando más o menos tanteó que la niña

ya se había muerto, regresó él solo, y en el hoyo que ya tenía listo, la echó a la bolsa negra y la enterró ahí. Todavía no tenía dos años.

Entonces *“ya le quedó nomás la otra; era cuando vivían cerquita de mi casa”*, me contó la abuela de las niñas. Así que *“cuando yo les dije que entraran y sacaran a la niña [se refiere a la PGJE] ya nada más estaba una”*, continuó diciéndome. Para ese entonces, Blanca Estela trabajaba en una taquería. Ella estaba trabajando cuando su pareja le llamó por teléfono para decirle que regresara a su casa porque Lupita, su hija mayor, estaba enferma. La abuela continuó con el relato casi de terror: *“No era de que estuviera enferma, era de que él, a golpes, la tenía ya casi muerta a la niña”*. De repente, la abuela describió con detalles la muerte de su nieta:

En un banquito de esos de baba, la subió y que le daba así, con la mano en la cabeza, golpes y golpes y le retacaba la comida [en la boca]. Y que la niña lloraba y mientras más lloraba la niña, más la golpeaba en la cabeza, con la mano empuñada. Ahí en el expediente dice que él declaró: *“con la mano empuñada”*.

Para cuando Blanca Estela llegó su hija *“ya se estaba muriendo”*, estaba agonizando. El modo de deshacerse del cuerpo fue idéntico al de la pequeña Arlette, la hija más pequeña que estaba por cumplir los dos años de edad. Consiguió un auto, –prestado porque en ese tiempo no tenía carro– y se la llevó al canal *Tulichek*, el mismo canal en el que ahora, muy recientemente, casi quince años después, volvió a ocurrir el mismo hecho²⁶. Pero para esto, dejó a Blanca Estela con su suegra, mamá de él, y fue el solo: *“la amarró en un gato hidráulico –de esos de carro– y la aventó”*.

Fue un seis de mayo cuando creyó deshacerse del cuerpo y la aventó a dicho canal, *“y el puro diez de mayo, flotó la niña...y...no, fue un escándalo aquí, en Mexicali, cuando todo eso”*. Hubo gente de todo el mundo que vino a identificar el cuerpo para saber si era su hija o su familiar. Las autoridades judiciales que llevaron el caso, creen que Blanca Estela y su pareja acudieron al SEMEFO a cerciorarse si era Lupita, de apenas tres años de edad. Porque una pareja acudió a preguntar sobre el pequeño cuerpo sin vida, pero poco tiempo después desapareció sin dejar rastro.

²⁶ Semanario “Z” (2016) *La muerte anunciada de Diana Mía*. Versión en línea del 4 de julio de 2016, consultado en: <http://zetatijuana.com/2016/07/04/la-muerte-anunciada-de-diana-mia-2/>

Dieron las señas de ellos; entonces cuando muere mi papá [*Dice doña Estela*], fuimos al panteón y todo –ya para eso ya estaban muertas las niñas– y ella [Blanca Estela], llorando en la tumba de mi papá. Haga de cuenta que... ¡normal todo, pues!, ella andaba aquí como si nada hubiera pasado. Digo yo, qué capacidad para andar así; yo me vuelvo loca sin mis hijos, en su lugar de ella yo ya me hubiera vuelto loca. O, a la mejor, hasta me hubiera matado, a como yo soy con mis hijos. Como yo le digo, yo, por mis hijos, que Dios me perdone, pero sí soy capaz de matar; yo, por mis hijos sí lo hago. ¿Por qué ella no lo hizo por sus hijos? Y luego, todavía decir en el “diario” que lo que ella hizo, lo hizo por amor. De verdad que yo quiero llegar a ese tema con Blanca, para que me conteste eso. Las veces que he querido llegar a ese tema, saca otra plática o me dice: “pues yo ya estoy pagando aquí”.

Doña Estela continuó su narración diciéndome que para ella *“fue bien doloroso”* saber sobre el cadáver de su nieta; ver cómo los animales se la estuvieron comiendo *“de una parte de su cuerpecito”*. Toda esta información la leyó del expediente que, según afirma, tiene un grosor considerable. Para ella es inconcebible que su hija haya permitido todo esto; le es difícil pensar en que llegó a tener en sus propias manos el periódico que daba la noticia de lo sucedido y no logró reconocer a su nieta. Se refiere a lo difícil que le significó *“la agonía”* de preguntarse a cada instante: *“¿dónde están esas niñas?, cuando ella sabía todo; sabía dónde estaban y no haber podido defender a una cuando ese hombre mató a la primera niña”*. Para Doña Estela es difícil de comprender por qué no pudo defender a su hija mayor, cuando sabía ya lo que había hecho con la otra niña, la menor.

A mi pareja le decían: “tata, no dejes que mi mamá me lleve –la más grade– no quiero irme con mi mamita”. “Nana”, me decía a mí y se agarraba de mi pantalón, no me quería ni soltar. ¡Pedía ayuda, pedía ayuda! ¿Qué tanto sufrieron? Blanca no tiene conciencia de lo que sus niñas sufrieron; no le dolía lo que sufrían por culpa de ella. O sea, son muchas las preguntas que yo me hago y ella no me las va a contestar, si yo le pregunto no me las va a contestar. Porque me dijo: “usted nunca me va a entender”; ¿qué no le voy a entender, que quiso más a esas personas que a sus propias hijas?, ¿o qué es lo que ella dice que no la voy a entender? Claro que no la voy a entender; o es difícil o no quiero entenderla. Es difícil de entender eso para mí.

Ella dice que estuvo amenazada, pero yo digo que ella tuvo “chansa”, tenía “chansa” de hacer algo, porque él la dejaba salir sola. Ella si hubiera querido hacer

algo, lo hubiera hecho; por más amenazada que hubiera estado tuvo “chansa” de denunciarlo, de hacer algo. Pero no sé hasta que límite, ¿verdad?

Fue difícil pero lo tenía que hacer porque al no denunciarla yo a ella, era como no denunciarlo a él e iba a quedar eso oculto. Porque ya eran cuatro años que habían pasado y no había razón de esas niñas. Nadie sabía de ellas más que ellos dos; creo que el cuñado también sabía, un hermano de él. Yo les dije [*se refiere a la policía*] que ellos también sabían algo; no entiendo, no trabajan como deberían de trabajar, porque ahí tuvieron que haber investigado todo eso.

Cuando ellos me dijeron que estaban muertas yo me solté como loca gritando ahí –dice mi hijo, yo no me acuerdo. Sí me acuerdo que me agarré diciendo cosas, pero no sé qué; entonces, mi hijo dice que me agarré grite y grite: que “no hacían las cosas como debían de ser”, que “nada más faltó que yo los agarrara”, que “todo lo querían en las manos”, que “qué modo de trabajar”, que “no servían para nada”, que ahora ya estaban muertas, que ahora ellos me iban a regresar a mis nietas: “cuando yo les pedí ayuda no me la prestaron, ahora me van a regresar a mis nietas vivas”, que yo les gritaba. Y que la gente oyendo ahí; que dijo una señora, en la sala de ahí: “ay, hay una señora gritando como loca y echándoles hasta para tamales a la autoridad y todos aquí –dijo– ¿sabe por qué?”, que le dijo a mi hijo Pedro, y que él le dijo: “sí, ya sé quién es: es mi mamá”, que le dijo Pedro a la señora.

Yo siempre he pensado: “a la gente humilde, la gente que no tenemos... palancas, conocidos allí mismo, que no tenemos dinero, que económicamente no estamos bien, no nos prestan igual la ayuda que a la gente que tiene, eso es lógico. Porque se ha visto y lo viví; pero sí nos cambió la vida. Todo estaba bien. Como dice mi hijo Javier, él llora mucho: “nos cambió la vida en segundos; ¿cómo son las cosas, verdad?, uno está bien, de repente todo está bien y de repente todo estuvo mal. Todo está mal, porque hasta que se muera uno, vamos a seguir llevando eso” [U] “Desgraciadamente –le digo– hasta que esté muerta voy a seguir cargando con esa cruz”.

Es lo que digo yo: “¿qué pasó con Blanca?, o sea, me hago yo sola la pregunta y he llegado a esto: “bueno, esta persona es muy hábil y Blanca es tan débil que se dejó llevar por él y se fue... la fue envolviendo, la fue trabajando hasta que se apoderó de ella y le valieron sus hijas. Eso a uno le pudo haber pasado pero, como digo yo: si quisiera hacerle muchas preguntas a Blanca, pero que no creo que me conteste. Se va agarrar llorando y me va a decir, como muchas veces me lo ha dicho: “yo ya estoy pagando aquí lo que hice; yo ya estoy con Dios y me va a perdonar o ya me perdono”, equis.

Y como dicen mis hijas: “ella cree, así de fácil, que ya con entrar a su religión, ya con eso todo está perdonado, ya todo está olvidado para ella. ¿Y nosotros qué?, para nosotros no. Nosotros vemos a nuestros hijos –Mónica, su niño es de la misma edad del de Blanca; la edad de la hija de Pedro es de la misma edad de la otra hija de Blanca. Entonces, qué hubiera pasado si el niño más grande de Blanca no hubiera tenido ese padre que ahorita tiene; porque siempre le dijo a él [al homicida de las niñas], le dijo: “a mi hijo nunca te vayas a atrever a tocármelo, porque entonces sí vas a conocer quién soy yo; a mi hijo, así como lo dejo –porque se lo llevaba a su casa, se lo prestaba Blanca– así quiero encontrarlo”. O sea, qué tal si ese muchacho, papá de mi nieto, hubiera sido igual que el otro, hace lo mismo que el otro, también. Entonces, imagínese el daño para este chamaco cuando era niño, que miró la cajita donde estaban los restos de las dos niñas, y que él se imaginaba que se habían muerto de otra cosa. Ahora que ya está grande, se le dijo. Vino llorando cuando su papá le dijo y me dijo: “¿por qué nana?, ¿por qué?, cuando yo creía que mis hermanitas habían muerto por otra cosa. Cuando le contaron tenía como dieciséis o diecisiete años. ¿Nana, por qué no me dijeron?, me decía.

Mujer, género y violencia

¿Qué significa ser mujer para Blanca Estela? ¿Estaría pasando por lo mismo de ser hombre? Al cuestionarle sobre este tema, sobre si recordaba la etapa, el momento, en que ella se reconoció como una mujer me dijo con cara tímida: *“por ejemplo, cuando fui creciendo, ya me quería ver más peinadita, porque ya no me quería ver con las colitas, con las trencitas, ya me quería peinar de diferente manera”*. También habló sobre lo que ella cree que es la principal misión de una mujer. Ella cree que *“el privilegio y el anhelo más grande de ser mujer, es ser madre”*; la maternidad, entonces, se presenta como una de las características o esencias fundamentales del ser mujer. Es decir, para ella, lo más significativo *“por el hecho de ser mujer, es el ser madre”*.

A diferencia de otras mujeres jóvenes de las mismas condiciones socioeconómicas de Blanca Estela, ella contó con un referente femenino que le mostró en qué acontecía el hecho de dejar de ser niña y convertirse en una mujer. Su mamá –me comentó ella– *“siempre fue como muy abierta, de decir: ‘sabes qué, pues que en tal momento, a lo mejor, les va a llegar su menstruación’. Mi mamá siempre fue más*

así, pues más abierta con nosotras”. Les explicó “las cosas” que vive una mujer en el inicio de su adolescencia, pero no sabe si fue así porque eran puras mujeres; “entonces, mi mamá si fue así, como ‘muy así’”, mencionó.

Casi todas las personas tuvimos en nuestra adolescencia un súper héroe, un ídolo, una heroína o un modelo que seguir. Blanca Estela también debió contar con uno, lo cual no es nada raro durante esta etapa. Al preguntarle sobre cuál podría ser o haber sido el modelo de mujer que la conformó desde niña, tardó tiempo en contestar, mientras le ‘ganaba’ la risa. Después de pensar su respuesta por un tiempo breve, se atrevió a decir: *“en mi casa nada más son dos hombres, las demás somos puras mujeres, seis mujeres y mi hermano [mayor]. El otro estaba más chiquito, nació cuando yo tenía trece años; entonces, siempre fui como muy apegada como a mi mamá”, afirmó.*

Entonces no fue tan difícil porque, a veces, he escuchado a compañeras que dicen: ‘pues para mí si fue muy difícil porque pues a mí nunca me dijeron nada, ni como peinarme, yo sola me peinaba, mi mamá siempre esto’. Nosotras si fuimos muy apegadas a mi mamá desde chiquitas.

En cuanto a las prácticas de femineidad que realizaba, me dijo que le gustaba andar desde chiquita “bien cambiadita, con mi vestidito, mis zapatitos, con mis colitas. Y yo decía: ‘ay, me veo bonita por el hecho de ser mujer y usar vestido’. Luego decía: “ah, pues el hombre no puede arreglarse como me arreglo yo”, pero sí, sí hay una diferencia muy grande.

Maternidad, feminidad y poder

Hace como un mes o poquito más de un mes, mi hermana me regañó muy, muy duro, me dijo que yo era una ingrata. Me dijo que qué pensaba; que no tenía voluntad de ir a visitar a mi hija; que qué me costaba perder un día, un rato, de ir a ver a mi hija; que tengo meses que no voy –porque Blanca se comunica con mi hermana. “Dí que no tienes voluntad de ir a verla”, me dijo y me hizo llorar por teléfono; me dijo un montón de cosas. Entonces, dije yo: “bueno, voy a ir un día de estos a la casa de mi mamá, allá, al Valle, y voy a hablar con mi hermana y le voy a decir, voy a platicar seriamente con ella”; porque mis hijas me dijeron: “por qué mi tía te habla así, mi tía no tiene por

qué hablarte así, porque sólo tú sabes lo que estás viviendo” [U] “Voy a hablar con ella”, les dije.

Y ya, fui y le dije: “hermana, ¿tú sabes lo que yo he vivido cuando voy y veo a Blanca?”, [U] “No, pues no, sólo tú que lo estás viviendo sabes” [U] “¿Por qué me llamas la atención como tú lo hiciste? ¿Tú sabes que cada que voy me enfermo más? ¿Tú sabes que cada que voy me deprimó mucho? [*Llanto*] ¿Tú sabes lo que es tres horas estar en el sol haciendo fila y salir enferma, y salir con depresión de ahí, de ver a Blanca? ¿Sentir la impotencia de que todavía no he asumido lo que pasó? [*Su voz es apenas perceptible debido al llanto*]. ¿El dolor de ver a mi hija y de haber perdido a mis nietas? ¿El dolor de saber que [Blanca Estela] nació de mí y es una persona desconocida para mí?”.

Porque la desconozco, porque no actuó en la forma que debió, como madre. Como al principio, que dijo usted que tal vez yo soy dura, que la juzgo por no ser una madre como yo quisiera, ¿verdad? Para mí, como madre, la obligación mía, mi deber mío es primero ser madre y luego mujer, porque yo siempre he defendido primero a mis hijos. Y yo todo el tiempo –yo he tenido tres parejas en mi vida– le decía a Blanca: “Blanca, no dejes que nadie te toque a tus hijos; yo no dejaba ni que tu papá las golpeará a ustedes, menos un padrastro; no Blanca, nunca vayas a dejar que toquen a tus hijos, que los golpeen, eso no lo hagas”. O sea que, le hubiera dicho mejor que al revés para que me hubiera hecho caso, hubiera entendido.

Javier fue maltratado dos veces por mi pareja, entonces, en una ocasión, la primera ocasión le jaló su oreja, le agrietó esto [Se refiere al lóbulo de la oreja] y le sangró. Entonces empezó a llorar y se arrimó conmigo el niño y me dice: “Raúl me hizo esto mami”; no me hubiera dicho. Que me le dejó ir, me le subí hasta arriba, lo tumbé al suelo y me le subí hasta arriba, golpeándolo. Le dije: “vuelves a tocar a mi hijo otra vez, y vas a saber de qué soy capaz” [U] “Entonces te voy a dejar a tu chingado chamaco” [U] “claro que sí, déjemelo a mí, a mí me dolió, es mío y nadie me lo va a tocar, que quede bien claro”. No, yo no puedo admitir que mis hijas golpeen a mis hijos delante de mí.

¿Quién o dónde nos enseñan a ser padres o madres? Blanca Estela fue aprendiendo sobre la marcha, copiando y reproduciendo muchas de las formas de su madre.

Entonces ya, como fui creciendo –cuando me fui a vivir con el papá de mi hijo tenía quince años– me fui a vivir con él en julio y en noviembre salí embarazada. Yo no sabía todavía que estaba embarazada, pero cuando supe me puse muy contenta, me dio mucha alegría. Yo ni sabía, mi suegra fue la que me dijo: “a lo mejor estás embarazada;

no pues vamos al doctor para que te hagas los análisis”, y sí, muy contenta y pues también él se puso muy contento. Fue una alegría muy grande pues aunque tenía quince años, pues yo quería ser madre, quería vivir como esa experiencia de ser madre. Y pues muy contenta y ya después que: “quiero que sea niño, en vez de que sea niña, quiero que sea niño”, también porque pues como en mi casa éramos puras mujeres: “pues quiero que sea niño, pero si es niña pues también, ¿no?”

Al cuestionarle a Blanca Estela sobre si el sentimiento de felicidad fue antes, durante o después de saber si estaba embarazada, me respondió que desde antes. Aunque estaba muy chica, pensaba “si no salgo embarazada pronto pues no importa porque pues la verdad sí me casé muy chica, de quince años, creo que tenía quince años. Salí embarazada como en noviembre y del siguiente año me casé en mayo, ya tenía como seis meses de embarazada cuando nos casamos, porque ya vivíamos juntos. Pero sí, sí era algo que yo anhelaba desde antes, yo creo desde chica.

Porque vivíamos apenas, al día; ya cuando le dije a mi mamá que estaba embarazada tenía siete meses, no se me notaba y no creas que me fajaba porque jamás hubiera hecho eso. Nada más pues usaba ropa más grande, las camisetas más aguadas, los pantalones igual, pero las camisetas las usaba aguaditas. Ya cuando le dije a mi mamá que estaba embarazada era cuando tenía como seis, siete meses, porque nadie sabía.

Pues más difícil porque sí, pues ya eran tres, ya no era nada más uno o dos, sino que eran tres; y salí embarazada. Ahí sí ya no fue de que: “quiero salir embarazada”, ya fue diferente; con mi hijo sí, con Lupita sí y con la otra niña no. Y sí, también estaba ilusionada con el hecho de decir: “ay, qué bonito, voy a tener a mí otra hija”. Y también cuando nació fue la misma emoción como con mi hijo y mi otra hija pero sí ni fue así como de decir: “ay, estaba dentro de los planes el salir embarazada”, no.

Pero la verdad que ni siquiera por mi mente, dije: “pues algo me cayó mal”, así fue lo que pensé. Ya me di cuenta hasta que ya había vuelto con el papá de mis hijas –porque vivíamos en el Benito Juárez [el ejido]; él se vino a vivir para acá, conmigo. Entonces, ya hasta cuando se vino a vivir conmigo y todo, de repente sentí como que algo y le dije a él: “sentí que algo se me movió”, acababa de volver con él, tenía poquito, pero así quedó. Ya como anduve movida con mis hijos, de que me tenía que ir a trabajar, recuerdo que mi mamá me hacía tacos para vender y ya, iba y los vendía. Era como trabajaba yo, iba y los vendía en una “hielerita”, me iba y los vendía por la Lázaro Cárdenas, a veces me llevaba la bicicleta y la “hielerita en la bicicleta o me iba caminando. Porque ahí vivía mi mamá, en la “18 de Marzo”.

Yo también, por el hecho de decir: “ay, mi mamá me va a regañar”, porque yo sabía que en cuanto supiera me iba a regañar porque me iba a decir: “te acabas de aliviar y otra vez estás embarazada”. Y también, por el otro lado de decir: “ya no es uno, ya son tres”, y con un trabajo de fábrica pues mucho más complicado. Ya cuando le dije a mi mamá que estaba embarazada me dijo: “ay, pero qué te pasa –lo que yo había dicho que iba a suceder sucedió– cómo te pones a salir embarazada”. Pero en ese momento que ya les dije que estaba embarazada se me notó.

Por ejemplo, una de las cosas que yo decía que iba a cambiar cuando fuera mamá era, pensando en mis hijos, que no estuvieran tanto tiempo solos. Con mi mamá la mayoría del tiempo estábamos solos; un tiempo sí pagó para que nos cuidaran, pero después de un tiempo ya no pudo pagar, porque éramos muchos. Entonces pensaba en cambiar esa manera o la manera de que mi mamá, también, siempre nos pegaba, para todo, cambiar todo eso. Pero uno piensa una cosa y... pasa otra.

Entonces, no supe hasta el momento en que ya me iba a aliviar. Recuerdo que el papá de mi hijo estaba trabajando, se iba ir a trabajar y me dijeron –como yo vivía en una casita, así, enfrente de la casa de mi suegra– me dijo mi mamá: “sabes qué, ya te miro la cara muy...como si ya te fueras a aliviar, que se vaya Moni a dormir contigo”. Y sí, se fue Moni conmigo– y ya mi esposo se fue a trabajar y que me empieza a doler; le dije a mi hermana: “sabes qué, yo creo que ya me voy a aliviar porque me están dando dolores, me voy a meter a bañar en caso de que sí, porque a lo mejor fue un dolorcito, no más así”. Pero no, sí me siguieron los dolores y ya, cuando ya más o menos, le dije: “sabes qué, ahora sí ve y háblale a mi cuñada porque yo creo que ya me voy a aliviar” y pues el papá de mi hijo estaba en el trabajo. Mi suegro fue el que me llevó, y ya, me llevó al seguro; iba mi hermana mi suegro y yo, íbamos los tres, luego mi suegro fue para la casa y vino y trajo a mi suegra. Mi hermana se quedó ahí conmigo, allá afuera y ya.

Yo creo nos fuimos como a las tres de la mañana y me alivie como a las... seis, seis y media de la mañana y ya. Me acuerdo que en ese momento pues me estaban dando los dolores y pues ¡ay!, si son unos dolores muy fuertes. Me acuerdo que entonces ya me pasaron porque ya me iba a aliviar; y nunca se me olvida que apenas el doctor le miró la cabeza y dijo: “es un niño, es un güero”. Con la pura cabeza supo que mi hijo era un niño, y pues ya; recuerdo que me lo acercaron y sentí algo muy bonito, algo hermoso, la verdad. Algo que yo más deseaba, anhelaba, y tenerlo aquí [se refiere a sus brazos].

Ya cuando me alivie y me dieron de alta, pues ya ahí lo tenía; fue mi suegra, fue mi mamá, todos fueron a ver al niño. Era el primer nieto, también, de mi suegra; de mi mamá no porque pues ya tenía a los de mi hermana, mi hermana la del otro lado.

Aunque cuide a mis hermanitos y la mayoría del tiempo yo estaba con ellos porque mi mamá siempre trabajaba, aunque, no era lo mismo. Aunque si es cierto, la mayoría del tiempo estaba con ellos porque los cuidaba y si tenía que salir ¿con quién se quedaban? Pero fue diferente porque como que ya nada más es mío, ya era mi hijo, ya nada más era mi responsabilidad. Entonces, a lo mejor no me lo imaginaba... desde ese punto de vista, tan así; yo pensaba que a lo mejor iba a ser igual, pero no, es totalmente diferente. Es diferente porque ya era mi hijo, ya era lo que yo, sí cuidaba mucho a mis hermanos, de que si tenían hambre, de que el pañal o de que nada les pasara pero pues sí es diferente.

Me acuerdo que el primer día, para bañarlo; o sea, lo curioso fue que yo bañaba a mi hermanito o a mi hermanita cuando estaban chiquitos y me dio miedo bañar a mi hijo [Risas]. Me decía mi suegra: “ándale, para que lo bañes”, y yo le decía: “ay, no, me da miedo”. No pude bañarlo, y ya, mi suegra la primera vez me ayudó a bañarlo, pero sí, me dio miedo, como que: “ay, no”. Me dio mucho miedo de que lo fuera a lastimar, pero a mis hermanitos los bañaba, de recién nacidos, pero con mi hijo me dio miedo. Pero si, fue algo muy bonito.

Cuando tuve a mi hija [la primera] mi hijo tenía tres años, casi cuatro, y pues también, ya estaba más grande, porque a mi hija la tuve a los diecinueve años. Ya había tenido la experiencia de ser madre pero...ya era una niña, pero fue igual, con mi hijo igual. Cuando tuve la otra –dejé pasar once meses– la decisión fue bien rápida, fue igual; para mí fue igual en los tres, fue lo mismo. Igual, en el embarazo, pues para el papá de mi hija pues era su primera hija, para mí era mi primer niña, pero ya tenía a mi hijo.

Haz de cuenta que salí embarazada y yo ni siquiera sabía que estaba embarazada; ya supe que estaba embarazada...yo creo que hasta lo que había se me murió. No sabía que estaba embarazada. Yo pensaba que no me bajaba porque como le estaba dando pecho a la niña, yo decía: “ah pues es por eso”, y como me había separado del papá de las niñas, entonces yo ni por la mente de que estuviera embarazada.

Yo estaba más preocupada porque pues trabajaba, y por el hecho de sacar a delante a mis dos hijos. No me acuerdo a dónde fui, pero los niños se quedaron con mi mamá; iba en el camión y me bajé del camión bien mareada y con ganas de vomitar, como revuelto el estómago. Entonces, me empecé a sentir mal y me acuerdo que me bajé del camión porque no aguanté, me bajé y ya, cuando ya más o menos me sentí bien, me fui para la casa de mi mamá y así quedó. Pero por mi mente nunca pasó que estaba embarazada, nunca pasó que... y ya, en otra ocasión también, estaba en casa

de mi mamá, no había nadie, nada más estaba yo y también traía revuelto el estómago y estaba vomitando.

Entonces era a lo que me dedicaba, a vender tacos; entonces yo digo que estaba más preocupada... no le ponía atención, estaba más preocupada por mis hijos, para que estén bien, que no les haga falta nada. Ya cuando me tranquilicé y todo le dije: "no me ha bajado" y me dijo: "desde cuándo" y yo: "pues ya tiene, desde que nos separamos que no me baja" Y pues que estoy embarazada. Me acuerdo que fui al centro de salud y me hicieron análisis y todo y pues sí, sí estaba embarazada. Ya me di cuenta hasta que se movió la bebé; y nadie sabía que estaba embarazada, nada más pues el papá de mi hija y yo; porque así, cuando íbamos decía: "ah, me va a regañar mi mamá"

Y de mi hijo me alivié normal, de la primera niña me hicieron "cesaria", de la segunda pues como estaba el rollo también me hicieron "cesaria".

Y ya, le marqué a mi hijo y me dijo, ya me saludó y me dijo: "¿cómo estás?" [U] "no, pues bien" [U] "has hablado con mi tía", y le digo: "sí, acabo de hablar con ella" [U] "¿y no te dijo nada?" [Risas] como que quería saber si me iban a decir o iba a ser sorpresa o qué. Y le dije: "de qué" y ya, me dijo: "de nada", y le dije: "¿de qué?, ¿de que ya hicieron la cita?" [U] "sí", me dijo.

Entonces, a veces pienso: "¿Cuál va a ser la relación con mi hijo?, ¿voy a llorar o no voy a llorar?", son muchas cosas; a lo mejor me estoy anticipando por no dejar que todo salga como tenga que salir pero... No porque puedo decir: "ay, le voy a decir esto y le voy a decir esto" y en el momento no... como dicen: "uno pone y Dios dispone", así que no puedo saber.

Mi miedo a ese momento no es... eso, sino lo que te dije ahorita: el hecho de que me haga una pregunta y que yo no le sepa contestar. Jamás le mentiría porque no le mentiría, las cosas que él me pregunte, se las voy a contestar como son, pero jamás le mentiría. O le dijera: "no, sabes qué, ahorita no te puedo contestar", pero jamás le mentiría; es difícil. Ya lo quiero ver, se me ha hecho eterno; anoche me estuve despertando y decía: "ay, Dios mío, que sí venga, y que traigan todos los papeles y que mi hijo sí se levante". El hecho de nada más estar pensando, sí me quita el sueño.

Ya la quiero ver, como que se me hace largo [*Arrastra la palabra simulando el paso del tiempo*], como que estoy desesperada porque llegue ese día. Luego, también pienso que no lo conozco, que ya son nueve años; así... es más mi miedo de si no lo conozco, como que pienso cómo voy a reaccionar cuando lo mire, si lo voy a conocer, ¡no sé!, son muchas cosas.

Él se había juntado con otra persona y...sí, pues me decía que no era igual, que no era lo mismo, que... Como yo nunca fui... o sea, nunca lo golpee, nunca le

gritaba, nada más le decía –se llama Víctor mi hijo, y yo todo el tiempo le decía: “*Víctor, pero mira, así y así y así*”, y él me decía: “*está bien mamá*”, y no había necesidad de nada. A veces, sí me decía que allá le gritaban, que no era lo mismo, pues la persona esta no era su mamá. Entonces, pues no era lo mismo. Y hubo un tiempo que me dijo mi hijo eso, y yo me lo iba a llevar; y le dije: [*al papá*] “*sabes qué, pues me voy a llevar al niño*”, pero de hecho yo sabía que el niño no podía vivir conmigo. Entonces le decía: “*pues que viva con tus papás*”, yo le dije a él, “*pues que viva con tus papás o me lo llevo; como a ti se te haga más fácil*”; pero nunca peleando, todo el tiempo, o sea, hablamos. Pero pues él no quería que yo me lo llevara; decía: “*bueno, pues entonces que se quede con mis papás*”, y sí, se quedó unos días con su papás pero ya, otra vez regresó con él.

Pero tantos años, pues; mi hijo ya tiene diecinueve, desde el año pasado ya cumplió dieciocho años; o sea, tanto tiempo y hasta ahorita. Pero yo también lo miro por este lado: no era el momento. A lo mejor yo no estaba preparada, él no estaba preparado para venir a este lugar; porque yo también pienso que no debe ser nada fácil para él verme en este lugar. Si cuando supo que yo estaba aquí pues fue muy difícil para él.

Al principio era como calladito, como tímido; ahora ya hay más confianza, hay más... el hecho de que diga: “yo también te amo”. Al principio no lo hacía. Por ejemplo a mí no me lo decía pero a mi mamá sí se lo decía: “cómo estará mi mamá, quiero ir a verla; papá llévame a ver a mi mamá, ya tengo ganas de verla”. Y al principio, que no sabía nada él; decía: “por qué, debe haber un motivo por el cual mi mamá no venga y me visite, o de que venga por mí, que ni siquiera me hable por teléfono”. Él sabía que algo estaba pasando...o que yo ya no estaba ahí, porque yo ya no le hablaba por teléfono, porque cuando no podía ir, de perdida le hablaba y le decía: “cómo estás, haz tu tarea, pórtate bien”. Y, a veces, sí podía ir todos los días por él, e veces no; ya, me iba un rato con él, nos íbamos a comer, íbamos a casa de mi mamá. El hecho que, de repente, ya no hubiera nadie, para él fue como un cambio, totalmente, de que: algo pasa.

Yo siempre he sido de la idea de buscar la manera de que estudien, como por ejemplo, mi hijo, ahorita ¿verdad?; igual, cuando estaban chiquitos yo decía: “que estudien lo que ellos decidan ser pero que estudien”. O sea, no fue así como de que estudie esto, no; nada más yo decía: “pues lo que quieran ser, pero que estudien” No fue así como que yo quisiera que estudien esto. A mi hijo, también, le decía: “lo que tú quieras”; él me decía que se quería meter a la marina y yo le decía: “ay, no, cómo que a la marina, te vas a perder o algo así, por mucho tiempo [U] “Pues es que me gusta”

[U] “bueno, lo que tú quieras pero estudia”. Nunca fue así como que lo que yo quisiera, que fuera así como dices: bailarina o doctor, no.

El viernes hablé, precisamente con mi hijo, estuve platicando con él y...me preguntó mi hijo: “¿cómo estás amá?”, siempre me habla de tu, no me habla de usted; y yo: “bien, hijo”; porque si te he platicado que yo a mi mamá le hablo de usted, hasta ahorita. Mis hermanos más chicos le hablan de tu, mi hijo también de tu. Me dice: “¿cómo te la pasas ahí?” [U] y le digo: “mejor no hay que hablar de eso, mejor vamos a platicar de que ya falta poquito para verte y pues estoy contenta porque por fin ya se me va a hacer verte. Ya te voy a poder mirar a los ojos y te voy a poder decir que te amo”. Y se quedó así: como en silencio: “hey, ¿me estás escuchando? –le digo– ¿hay alguien ahí?”, y estaba llorando; entonces así como que me hace sentirme... pues triste y a la vez bien.

A pesar de que tengo casi nueve años sin estar con él, me ama mi hijo, aún a pesar de lo que haya pasado, nunca indaga, nunca pregunta. Él sabe por qué estoy aquí, sí sabe, pero nunca me ha dicho: “a ver mamá, por qué esto, por qué lo otro”. Que a lo mejor es uno de mis miedos, no por el hecho de que me vaya a preguntar por qué estoy aquí, sino por las preguntas que él me pueda hacer correctamente, y que hasta ahorita no lo ha hecho. Yo le he dicho: “¿tienes algo que preguntarme, algo que decirme, que quieras saber?” y me dice: “no mamá”. Yo creo que él también anhela pues el hecho de verme; me decía: “sí, mamá, ya te quiero ver, ya te extraño”, pero llorando [asombrada]. Luego me dice: “ay, amá, tú eres como yo, bien sentimental”, me dice.

Que ahora mi hijo exprese lo que siente hacia mí pues... la verdad, me hace sentir bien. Fíjate que he estado pensando en cómo será ese momento. A veces me dicen mis compañeras: “¿qué piensas Blanca, de cómo va a ser tu encuentro con tu hijo?”, y pues...les digo: “no sé, no sé”; o sea, no sé si voy a llorar, no sé, no sé. A lo mejor en mi mente todavía está el niño de diez años, porque no lo he visto; tengo una foto de mi hijo cuando él tiene catorce años, pero no está muy clarita, casi no se ve. Entonces, en mi mente está el niño de diez años, a lo mejor en el momento que lo vea voy a decir: “ay”.

REFLEXIONES FINALES

En este apartado, retomo los principales ejes de análisis elaborados para cada capítulo y presento algunas conclusiones generales. Además, muestro algunas propuestas muy generales con respecto a la urgencia de atención a las mujeres dentro del sistema penitenciario en México.

En primer lugar, la historia de vida de Blanca Estela, escrita en este texto, es un ejemplo de entre tantas otras historias de mujeres que están en prisión. Son, sobre todo, historias de mujeres que están atravesando por un amargo capítulo en sus vidas. De inicio, las historias de mujeres en esta situación son: historias fuertes, historias pasionales, de injusticia y culpabilidad. Son historias de mucha indiferencia social. Esta investigación, conformada por varios ejes de análisis, y enmarcados desde un enfoque sociocultural, está atravesado en cada momento por la perspectiva de género. Con la ayuda de la teoría de género es posible visibilizar y estudiar de qué forma, las estructuras y las relaciones de poder desiguales de la sociedad patriarcal, conducen a algunas mujeres a escenarios donde se asoma lo ilícito o delictivo.

De ahí la importancia de una atinada legislación dentro del sistema penitenciario y, sobre todo, al interior de las prisiones en México, las cuales permiten ver que ahí adentro, también existen inequidades entre las mujeres y los hombres. Lo que pasa en un reclusorio o lo se puede percibir de un reclusorio, es que es un espejo de lo que pasa en la sociedad: de lo que se está fallando afuera. La discriminación estructural y la violencia de la cual son víctimas por ser mujeres son analizadas en su mutua relación con otros factores: la pobreza y el proceso de feminización de la pobreza, la exclusión social, etc. Así, desde estas historias se puede observar la relación que existe entre la exclusión social y el impacto que tiene la sentencia y la privación de la libertad sobre sus vidas.

En el Capítulo 1 presento las “narrativas de violencia” inmersas en un sistema patriarcal caracterizado por relaciones desiguales de poder. Estas narrativas brindan la posibilidad de reflexionar en torno al machismo, al abuso (en el que siempre está presente la desigualdad de género) y al poder patriarcal, fenómenos que distinguen a nuestra sociedad actual, los cuales, reforzados por la pobreza y la desigualdad social,

influyeron de manera significativa en la cadena de violencias, injusticias y exclusiones que terminaron por privar a mujeres como Blanca Estela de su libertad.

Estas historias son “narrativas de violencia”, historias de violencia física, sexual, psicológica, económica, simbólica; de racismo, discriminación y violencia de Estado que comparten muchas de las mujeres (más de dieciséis mil) que se encuentran presas en los distintos centros de reclusión en México. Pero también son historias que nos hablan de otros problemas que se entrecruzan con todos estos, como lo es la pobreza, el alcoholismo, el juego, las apuestas, los embarazos mal atendidos, la ignorancia y renuencia por parte de los hombres a la utilización de métodos anticonceptivos y de planificación familiar. Sin olvidar el tema del mito de la familia. Los relatos de estas mujeres nos hacen pensar y reflexionar a la familia y la violencia tan terrible ejercida al interior de esta.

Estos relatos nos presentan en todo su esplendor el tema de la dominación masculina: “forma paradigmática de la violencia simbólica” (Valenzuela, 2012: 62), la cual se ejerce sobre un igual con su consentimiento. Esto implica una mirada naturalizada que se forma de esta manera debido a la interiorización de las relaciones de poder entendidas como naturales. Un poder patriarcal, el cual es definido por Valenzuela Arce como: “estructura estructurante de desigualdad entre hombres y mujeres, sistema de clasificación social, y sistema sexo-género, reproductor de inequidad, de poder y de condiciones sociales, económicas y culturales” (2012: 58).

El Capítulo 2 está conformado por dos partes. La primera parte de este capítulo permite observar la vida en libertad de Blanca Estela, la cual, sin más, se muestra como una historia familiar violenta. Su mundo de vida, entendido como el entorno vital donde se comprende la relación con lo heredado, con los otros y con la naturaleza, revela como mujeres como Blanca Estela, repiten generacionalmente violencias, abusos, carencias y experiencias vitales. Sus experiencias deambulan entre familias rotas, marginadas, ignoradas por la socialidad. La violencia aparece como la constante en un ciclo inacabado de desintegración.

En la segunda parte, se muestra la historia de mi informante-colaboradora dentro del CERESO. Ahí, aparecen algunos momentos del contexto penitenciario que la rodea, un lugar caracterizado por el encierro, la soledad, el frío, el hambre, el aburrimiento, la rutina. La prisión vista como una institución, es un sitio de castigo (Foucault, 2009). Caracterizado por las carencias, vicios y olvidos, es un lugar donde

se ubican a *los anormales*: “el monstruo, el correccionario, el onanista” (Foucault, 2010: 66). Y como en el ejemplo del caso de “*Aviñón*”, de lo que se trata no es tanto:

“el castigo mismo del culpable, la expiación del crimen, como la manifestación ritual del poder infinito de castigar: la ceremonia del poder punitivo, que se despliega a partir de sí mismo y en el momento en que su objeto ya ha desaparecido para encarnizarse, por lo tanto, en un cadáver” (Foucault, 2010: 86)

Blanca Estela está condenada a cincuenta años de cárcel, a “*cinco veces*” lo que le habían dicho que podía ser. Debido al análisis e interpretación de su historia de vida, pienso que el castigo dirigido hacia ella, es excesivo. Lo cual me recuerda a la “economía desequilibrada de los castigos” a la que se refiere Foucault, y que se caracteriza por basar su ley principal en el principio de la “manifestación excesiva”, representada por “*lo atroz*”. “Por el lado del crimen, lo atroz era la forma o, mejor, la intensidad que asumía cuando alcanzaba cierto grado de rareza, violencia o escándalo. Un crimen llegado a cierto nivel de intensidad se consideraba atroz, y al crimen atroz tenía que responder la atrocidad de la pena” (2010: 85).

Para el sistema de justicia los delitos como el homicidio, son castigados con sentencias más largas; sin embargo, una mujer acusada de homicidio y sobre todo en contra de sus propios hijos, recibe condenas mucho más severas que las que por el mismo delito recibe un hombre. Esto permite visibilizar, al menos, una forma de desigualdad ante la ley desfavoreciendo al género femenino. De esta forma, el castigo de Blanca Estela, la pena de cincuenta años de cárcel se la ha “*ganado*” no por ser realmente la victimaria de sus hijas, no por la omisión de cuidados de las pequeñas; tampoco por ser una cómplice. A Blanca Estela la acusan y la castigan, de manera atroz, por el sólo hecho de “ser mujer”, aunado al hecho de “ser la madre”.

Por eso, en el Capítulo 4: Del *instinto materno* al *amor maternal*: mujer, maternidad y subjetividad femenina, presento los aspectos culturales y morales de nuestra sociedad que hacen que los hombres y las mujeres reciban sentencias distintas, ya que se les asume desigualmente. A diferencia del hombre, la mujer obtiene sentencias más altas porque sus víctimas son casi siempre sus propios familiares, lo cual cuestiona el lugar cardinal que la sociedad le otorga a la maternidad. Alrededor del 90 por ciento de las mujeres en prisión son mamás. Esto conduce a preguntar sobre ¿qué es la maternidad en prisión?, ¿cómo le llamas la atención a tu

hijo o cómo se le da las buenas noches por teléfono? (cuando pueden marcar y si tienen el dinero para hacerlo).

La intención de este trabajo es reflexionar sobre la manera en que el racismo, el sexismo y la discriminación marcan el sistema de justicia mexicano. Un sistema de justicia que despolitiza y entierra en vida a las mujeres en reclusión. ¿Quiénes son estas mujeres? ¿Cuál es la situación actual de las mujeres y hombres indígenas, campesinos, pobres en reclusión? ¿Qué pasa con nuestro sistema de justicia? De entrada, los números de los datos y las estadísticas los ponen las personas más pobres de la sociedad mexicana. Lamentablemente vemos que la realidad de las mujeres en un sistema patriarcal, capitalista, explotador y opresor de muchas maneras, está atravesada por la desigualdad social y de género.

Los relatos de esta historia de vida encierran una dualidad; por una parte contienen una gran fuerza creadora pero, a su vez, también, nos muestran un contexto de destrucción de vida. Nos evidencian un contexto de muerte que tienen que afrontar las mujeres de nuestro país. Un concepto que nos permite reflexionar y analizar esta problemática en la que se encuentran inmersas estas mujeres, es un concepto radical y transgresor de la relación entre el Estado y la ciudadanía: la *necropolítica*. Esta es entendida como el poder de dar vida o muerte del que disponen los gobernantes de un país, y el cual lo ejercen sobre todo hacia los ciudadanos del tercer y cuarto mundo: personas que viven en el primer mundo pero en precariedad extrema: parias.

Los actores que ocupan los márgenes, seres invisibles que habitan los “*no lugares*”, y cuya vida se halla en manos del *necropoder*. Es decir, la autoridad ejercida por los dirigentes de facto quienes hacen uso de la violencia, y se arrogan el derecho a decidir sobre la vida de los gobernados. El concepto de *necropolítica* nos permite estudiar de qué manera el ser humano se convierte en mercancía, susceptible de ser desechada, contribuyendo así, a destruir la integridad moral de las poblaciones (las personas dejan de ser irremplazables, inimitables e indivisibles; son reducidas a un conjunto de fuerzas de producción fácilmente sustituibles) (Mbembe, 2006).

Propuestas Generales

En el aspecto político, pienso que las entrevistas realizadas, grabadas y transcritas de las informantes-colaboradoras, pueden utilizarse como un material inmejorable para la elaboración de propuestas legislativas en beneficio de las propias mujeres. Pues cabe destacar que las condiciones de las mujeres en prisión deben ser mejores si de lo que se trata, al menos en el discurso oficial, es que logren su reinserción a la sociedad. En ese sentido, las condiciones en las que viven reclusas estas mujeres deben atenderse, para mejorar, desde el contexto del Sistema Estatal Penitenciario pero, a su vez, también, desde el nivel Federal.

Sin embargo, no se debe dejar de lado la desigualdad de género existente en el posicionamiento de hombres y mujeres en la sociedad. La combinación de estos dos factores crea una condición de discriminación acumulada que afecta a las mujeres privadas de su libertad. Por ejemplo, hoy se sabe que las mujeres en prisión representan tan sólo el 10 por ciento de las personas reclusas en prisión, y no obstante, aún no cuentan con políticas específicas para su trato al interior de los penales y de su reinserción a la sociedad. Por último, para el caso de las mujeres, la perspectiva de género debe penetrar todos los ámbitos del Estado e impactar en el diseño legislativo y de políticas públicas. De esta manera, las instituciones encargadas de legislar y ejecutar sentencias, deben tener una sensibilización con respecto al género. Deben de realizarse todas las medidas posibles para reconocer y asumir las diferencias entre hombres y mujeres.

Puesto que coincido en que “las narrativas como género de acción y representación verbal en la vida cotidiana, deben ser consideradas como instancias de la acción social, como actos de habla o sucesos con propiedades comunes, estructuras recurrentes, convenciones culturales y géneros reconocibles” (Vasilachis, 2007: 31), pienso en la necesidad apremiante de unas narrativas de la no-violencia, donde sea la familia la encargada de generarlas y reproducirlas de generación en generación. Se vuelve necesario, casi vital, que hoy en día, en un mundo convulso como en el que vivimos: “en el umbral mismo de la aniquilación total, urgida por un tiempo de asombrosa premura, acosada por cambios vertiginosos, herida por múltiples agresiones” (Bifani-Richard, 2004: 25), las narrativas familiares nos hablen más sobre lo humano y trascendental, que sobre la tecnología y el estado del tiempo;

más sobre las distintas formas de inteligencia e identidad, que sobre la violencia en los deportes y el ser celebridad.

BIBLIOGRAFÍA

- Alexander, J. C. (1990). "Las teorías sociológicas desde la segunda guerra mundial". [En línea]. México, disponible en: <http://201.147.150.252:8080/jspui/bitstream/123456789/1170/1/alexander1.pdf> [Accesado el día 21 de agosto de 2013).
- Amara, G. (1998). *Cómo acercarse a... La violencia*. México, CONACULTA.
- Arendt, H. (1970). *Sobre la violencia*. México, Joaquín Mortiz.
- Arfuch, L. (2010). "Espacio, tiempo y afecto en la configuración narrativa de la identidad" en Dalmasso, M.T. et al., (Coord.), *Tiempo, espacio e identidades*. Núm. 15, Buenos Aires, La crujía.
- Azaola, E., (1997). "Mujeres sentenciadas por homicidio en la ciudad de México" en *Papers* [En Línea] No. 51, CIESAS Ciudad de México, disponible en: <http://www.raco.cat/index.php/papers/article/viewFile/25436/61209> [Accesado el 15 de noviembre de 2013).
- Bachelard, G. (1997). "La noción del obstáculo epistemológico. Plan de obra", en *La formación del espíritu científico. Contribución a un psicoanálisis del conocimiento objetivo*. México, Siglo XXI, pp. 15-26.
- Barthes, R. et al. (2008). *Análisis estructural del relato*. Octava reimpresión, México, Ediciones Coyoacán.
- Bauman, Z. (2007). *Miedo líquido. La sociedad contemporánea y sus temores*. Traducido por Albino Santos Mosquera. España: Paidós.

- Bastik, M. y L. Townhead (2008). *Mujeres en la cárcel: Comentario a las Reglas Mínimas de las Naciones Unidas para el trato de reclusos*. Ginebra: Quaker United Nations Office (QUNO). Disponible en: <http://www.agapepenitenciaria.org/wp-content/uploads/mujeres-preventivas-reglas-minimas.pdf>
- Berger, P. y T. Luckmann (2005). *La construcción social de la realidad*. Buenos Aires, Amorrortu.
- Blas, M. (s / f). *Madres filicidas*. México, UAM.
- Boscán, R. y A. Reyes (2011). *Dos estudios de casos de mujeres filicidas recluidas en instituciones del Estado*. Tesis de Licenciatura. Venezuela, Facultad de Ciencias Económicas y Sociales, UCV.
- Bourdieu, P. (2005). *Capital cultural, escuela y espacio social*. México, Siglo XXI Editores.
- Bourdieu, P.; Chamboredon, J.C. y J.C. Paseron (2002). *El oficio de sociólogo*. Argentina, Siglo XXI.
- Bremond, C. (2008). “La lógica de los posibles narrativos” en Barthes, R. (Comp.), *Análisis estructural del relato*. Octava reimpresión, México, Ediciones Coyoacán.
- Cámara de diputados del H. Congreso de la Unión (2013). “Art. 323, Capítulo IV Homicidio en relación del parentesco o relación” en *Código Penal Federal*. [En línea], última reforma DOF 30-10-2013, México, disponible en: <http://www.diputados.gob.mx/LeyesBiblio/pdf/9.pdf> [Accesado el día 10 de noviembre de 2013].
- Ceballos, M. (s/f). “Consideraciones histórica sobre la conformación de la frontera norte mexicana”, en Valenzuela, J. M. (Coord.) *Por las fronteras del norte. Una*

aproximación cultural a la frontera México-Estados Unidos". México: CONACULTA-FCE.

Chárriez, M. (2012). "Historias de vida: Una metodología de investigación cualitativa" en *Revista Griot*. [En Línea] Vol. 5, núm 1, Puerto rico, UPR disponible en: <http://revistagriot.uprrp.edu/archivos/2012050104.pdf> [Accesado el 20 de mayo de 2014].

Cravero, C. (2012.). *Mujeres, encierro carcelario y educación: el caso de los talleres universitarios en una cárcel de máxima seguridad para mujeres*. Informe final de Tesis de Maestría. Argentina, Centro de Estudios Avanzados, Universidad Nacional de Córdoba.

De Barbieri, T., E. Malvido y A. Torres (1987). "El filicidio: tema que horroriza" en *Revista Interamericana de Sociología*. Año 1, núm. 3, segunda época, sept-dic, 1987, pp. 237-250.

De la Espriella, R. (2006). "Filicidio: una revisión" en *Revista Colombiana de Psiquiatría*. Vol. 35, núm 1, 2006, pp. 71-84.

Elster, J. (1991). *Tuercas y tornillos. Una introducción a los conceptos básicos de las ciencias sociales*. Barcelona, Gedisa.

Eurípides, (1993). *Las diecinueve tragedias*. Versión de Ángel Ma. Garibay, México, Porrúa.

Flick, U. (2004). *Introducción a la investigación cualitativa*. Madrid, Morata – Paideia Galiza Fundación.

Follari, R. (2007). "Sobre los Estudios Culturales" en *Revista F@ro - Estudios*. [En línea], Año 4, núm. 6, Chile, Revista teórica del Departamento de Ciencias de la Comunicación y de la Información, Universidad de Playa Ancha – Valparaíso, disponible en: http://web.upla.cl/revistafaro/02_monografico/06_follari.htm#tema1

Foucault, M., (1999) *Estrategias de poder*. Barcelona, Paidós.

_____ (2009) *Vigilar y Castigar. Nacimiento de la prisión*. México. Siglo XXI.

_____ (2010) *Los anormales*. Argentina: FCE.

García, M.I. (2006) *Espacio y poder. El espacio en la reflexión de Michel Foucault*. México, UAM-X.

Gennette, G. (2008). "Fronteras del relato" en Barthes, R. (Comp.), *Análisis estructural del relato*. Octava reimpresión, México, Ediciones Coyoacán.

Giddens, A. (2006). *La constitución de la sociedad. Bases para la teoría de la estructuración*. Buenos Aires, Amorrortu.

_____ (2000). *Un mundo desbocado. Los efectos de la globalización en nuestras vidas*. España, Taurus.

_____ (2000b). *Sociología*. Tercera edición, Madrid, Alianza.

Giménez, G., (2006) "Para una teoría del actor en las ciencias sociales. Problemática de la relación entre estructura y 'agency'" en *Cultura y representaciones sociales*. [En línea], Año 1, núm. 1, México, UNAM, disponible en: <http://www.culturayrs.org.mx/revista/num1/gimenez1.pdf> [Accesado el 25 de agosto de 2013].

Guber, R. (2015). *La etnografía. Método, campo y reflexividad*. México: Siglo XXI.

Hessen, J. (1989). "Teoría del conocimiento. Investigación fenomenológica preliminar", en *Teoría del Conocimiento*. México, Quinto Sol, pp. 21-29.

Huacuz, M. G. (Coord.) (2011). *La bifurcación del caos. Reflexiones interdisciplinarias sobre violencia falocéntrica*. México, UAM-X, pp. 9-29.

INACIPE (s / f) *ABC del nuevo sistema de justicia penal en México*. México: INACIPE
[En línea] Disponible en: http://www.justiciabc.gob.mx/doctos/ABC_nsjp.pdf

Jarquín, M. (1998). “Una propuesta epistemológica: la transubjetividad”, en *La verdad desde sí mismo: tres paradigmas de la investigación cualitativa*. México, Euterpe, pp. 40-45.

Lamas, M. (2003). “Cultura, género y epistemología” en Valenzuela, J.M. (Coord.), *Los estudios culturales en México*. México, FCE, CONACULTA.

Langellier, K. M. y E. E. Peterson (1997). “Las historias de la familia como estrategia de control social” en: Mumby, D. (Comp.), *Narrativa y control social. Perspectivas críticas*. Buenos Aires, Amorrortu.

Lagunas, C. y E. Lencina (2010). “El registro periodístico y los paradigmas culturales aceptados. La violencia sobre la mujer” en *La Aljaba, Segunda época*. Volumen XIV, 2010, pp. 121-134.

Lowy, M. (2002) *Walter Benjamin: Aviso de incendio. Una lectura de las tesis “sobre el concepto de Historia”*. Argentina, Fondo de Cultura Económica.

Luhmann, N. (2009). *¿Cómo es posible el orden social?* México, Herder/Universidad Iberoamericana.

Mallimaci, F. y V. Giménez (2007). “Historia de vida y métodos biográficos”, en Vasilachis de Gialdino, Irene (Coord.) *Estrategias de investigación cualitativa*. Argentina: Gedisa.

Márquez, H. (2012). *El mundo al revés. La migración como fuente de desarrollo*. México: UAZ – Miguel Ángel Porrúa.

Mattelart, M. (1982). *La cultura de la opresión femenina*. México: Era.

Monsiváis, C., (2003). “De cómo vinieron los estudios culturales y a lo mejor se quedan” en *Revista Iberoamericana*. Vol. LXIX, núm. 203, Los estudios culturales latinoamericanos hacia el siglo XXI. Abril-Junio de 2003, pp. 417-424.

Meeks, J., (2006). “La violencia y el niño: Intervenciones en la casa y la escuela” en: Irene Rizzini, et al. (Coord.), *Niños, adolescentes, pobreza, marginalidad y violencia en América Latina y el Caribe: ¿relaciones indisociables?* Rio de Janeiro, Centro Internacional de Estudios e Investigaciones sobre Infancia CIESPI, 2006.

Mumby, D. (Comp.) (1997). *Narrativa y control social. Perspectivas críticas*. Buenos Aires, Amorrortu.

Olivera, J., (2012). *De entre lo malo, lo justo. Narrativas de violencia, sicarios y trayectorias de vida*. Tesis de maestría. México, Instituto de Investigaciones Culturales-Museo, UABC.

Ons, S. (2009). *Violencia/s*. Argentina: Paidós.

Oriol, A. (1975). *La mujer. Aspectos antropológicos*. México: Trillas.

Reguillo, R., (2004). “Los estudios culturales. El mapa incomodo de un relato inconcluso” [En línea]. Barcelona, disponible en http://www.portalcomunicacion.com/cat/pdf/aab_lec/reguillo.pdf [Accesado el día 22 de febrero de 2013].

Restrepo, L. C., (2005). *Viaje al fondo del mal*. Bogotá, Taurus.

- Rosemberg, F., (2011). "Cultura y violencia de género en la familia: el caso de Ana" en: *La bifurcación del caos. Reflexiones interdisciplinarias sobre violencia falocéntrica*. México, UAM-X, pp. 349-374.
- Sánchez, A., (2004). "La ideología de la neutralidad ideológica en las ciencias sociales" en *A tiempo y Destiempo*. Cuba, Ciencias Sociales, pp. 485- 510.
- Silva, A., (2006). "La cultura de la violencia: la transgresión y el miedo de los adolescentes" en *Fermentum*. Año 16, núm. 47, 2006, pp. 664-674.
- Sofsky, W., (2004). *Tiempos de horror. Amok, violencia, guerra*. Madrid: Siglo XXI.
- Schutz, A. y T. Luckmann, (2003). *Las estructuras del mundo de la vida*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Schutz, A., (2003). *El problema de la realidad social*. Segunda Edición. Buenos Aires, Amorrortu.
- _____ (1993). *La construcción significativa del mundo social. Introducción a la sociología comprensiva*. España, Paidós.
- Valenzuela, J. (2005). Juventudes Latinoamericanas. En M. Barbero, G. Sinkel, M. Bello, N. Pacari y J. Valenzuela. *América Latina. Otras visiones desde la cultura* (pp. 115-169). México: Convenio Andrés Bello.
- Valenzuela, J.M., (2012). *Sed de mal: Feminicidio, jóvenes y exclusión social*. México, El Colegio de la Frontera Norte – Universidad Autónoma de Nuevo León.
- Vasilachis, I. (2007). "La investigación cualitativa", en Vasilachis de Gialdino, Irene (Coord.) *Estrategias de investigación cualitativa*. Argentina: Gedisa.
- Villaseñor, B y Moreno, J. A. (2006). "Mujeres migrantes en la frontera norte" en Villaseñor, Blanca y José Asención Moreno *Las mujeres en la migración*.

Testimonios, realidades y denuncias. México: Albergue del Desierto-SEDESOL-SEDESOE. (pp. 115-157).

Wacquant, L. (2000). *Las cárceles de la miseria.* Traducido por Horacio Pons. España: Manantial.

Woo, O. (2006). “Origen y destino de las mujeres migrantes mexicanas”, en Villaseñor, Blanca y José Asención Moreno *Las mujeres en la migración. Testimonios, realidades y denuncias.* México: Albergue del Desierto-SEDESOL-SEDESOE. (pp. 11 – 40).

Weber, M. (2007). *Sociología del poder: Los tipos de dominación.* Madrid, Alianza Editorial.

_____ (1964). *Economía y sociedad.* Segunda edición, México, FCE.